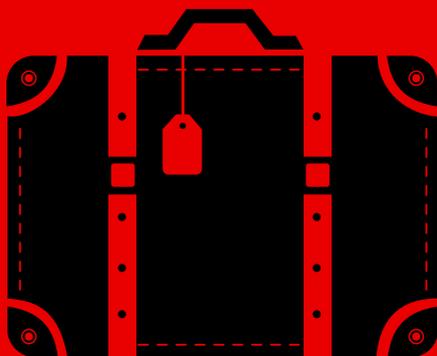


CARLOS BORRI

LUISES

CRÓNICAS DE EXILIOS




EduLP

crónica

LUISES

LUISES
CRÓNICAS DE EXILIOS

CARLOS BORRI



Borri, Carlos

Luces : crónicas de exilios / Carlos Borri. - 1a ed. - La Plata :
EDULP, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8475-57-8

1. Crónicas. 2. Exilio. I. Título.

CDD 306.09

LUISES
CRÓNICAS DE EXILIOS
CARLOS BORRI



48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2022

ISBN 978-987-8475-57-8

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2022 - Edulp

*A mis nietos Víctor, Elisa y Leila.
Herederos de mi pasado.*

Agradecimientos

A Malú, mi mujer y compañera de toda la vida y a Luis, mi hermano. Sin ellos, protagonistas y lectores atentos, esta aventura literaria, no habría visto la luz. Sus consejos, evaluaciones y verificaciones fueron inestimables.

A Carlos León y Pedro Gillone, amigos de siempre, quienes leyeron atentamente mis originales y propusieron cambios para mejorar la calidad ortográfica y gramatical del texto.

Finalmente, a mi amigo Carlos "Chango" La Serna quien, desde una perspectiva sociohistórica, aportó en el prólogo esclarecidas observaciones.

A todos ellos, mil gracias.

Montreal, enero de 2022

Contenido

Prólogo.....	8
A modo de prefacio.....	12
El jardín del exilio	13
Gigio.....	15
Luigi.....	35
Gigio y Marie	53
Luigi y Mercedes.....	64
Mario y Renata.....	74
Luis.....	88
Luis y Silvia.....	101
Luis y Carlos.....	116
Luis y Sofía	126
Luis y Sara.....	137
A modo de epílogo	146
Algunos pasos en el exilio.....	151

Prólogo

El texto que hilvana Carlos Borri a propósito de los exilios familiares, en particular de lo que llama los tres Luises- dos de ellos sus abuelos, el tercero su único hermano- constituye un relato conmovedor que conduce a una reflexión a la luz de ese pasado que nos provee de significaciones sobre este presente donde el exilio constituye una práctica tan injusta como instituida.

Puede decirse que el trabajo comentado se inscribe en lo que constituyó la masiva inmigración italiana que se desarrolló de modo paralelo a la construcción de la sociedad moderna argentina. Desde el último cuarto del siglo XIX, estos exilios venían a satisfacer las crecientes necesidades de la mano de obra calificada de una economía en crecimiento. Su inserción, sin embargo, fue mucho más allá de lo económico. Junto a contingentes de otros países europeos, transformaría a la sociedad argentina al dotarla de una diversidad de origen y cultura que viene siendo reconocida y valorada solo recientemente. Excluidos de tal valoración están los pueblos originarios, aún en lucha por sus derechos, como también los migrantes latinoamericanos aportantes de mano de obra estacional.

Otro indispensable contexto al que alude el autor constituye, entre fines del mencionado siglo y el período de entre guerras, la impudosa marcha del capitalismo europeo, la cual escindió a Italia entre un norte y un sur atravesados por diferencias culturales, políticas y económicas que han sido muy estudiadas. Caracteriza dicho período la exportación de capitales desde los países centrales hacia la periferia, a la búsqueda de una rentabilidad que (re)valorizara los beneficios ya obtenidos en sus mercados de origen.

Como parecen hacerlo ahora, el libre cambio y el libre mercado dominaban por aquellos tiempos la dinámica de la economía y de la política, haciendo de las desprotegidas poblaciones objetos de dominación política. Tuvieron que pasar la Primera Guerra Mundial y la crisis de los años 1929/1930 para que tales “libertades” perdieran predominancia frente al avance de una modalidad de reproducción del capital que se basaría en el proteccionismo económico y en los derechos laborales y sociales. Pero ello llegaría tardía y parcialmente a una Italia que bajo el Fascismo sometía toda forma de vida a su ortodoxia política a riesgo de la persecución, la cárcel, la deportación y/o el aislamiento, cuando no la eliminación física.

Es en tal complejo contexto que se inscriben los primeros exilios que se relatan. Los dos abuelos, con distinta posición socio-económica, y procedentes de poblaciones que también diferían en su economía, debieron emigrar. Gigio de Cortemilia, pequeño pueblo del Piamonte, siguió la suerte de Giuanin y Santino, dos de sus hermanos que habían emigrado años antes a Argentina. Borri describe el angustiante clima de partida de quien con sus 14 años era poco más que un niño, al que su familia de magros ingresos no podía sostener. Gigio irá a Argentina, regresará años más tarde en busca del afecto de su madre, para volver luego a partir.

Luigi, su otro abuelo, procedía de Trieste, ciudad mediana del nordeste con un importante desarrollo del comercio y la industria naval. Su familia “a la que nada le faltaba”, le había permitido proyectar su vida como un profesional de clase media, llegando a oficiar como conductor en la Società Triestina Tramway. Apegado a ideas y proceder democráticos, Luigi es despedido por ser sospechado junto a otros compañeros “de no ser fervientes fascistas”. Se inicia así otro exilio esta vez, no por imperio de la pobreza, sino de la posición política de Luigi.

El tercer exilio, el de su hermano Luis, desde Argentina, donde había nacido, hacia Italia; ocurre en uno de los períodos más negros de la historia de nuestro país, aquel que comienza con la radicalización de las luchas sociales y continúa con la Dictadura Militar en el mar-

co del conocido Plan Cóndor. Militante político, Luis debió, a riesgo de su propia vida y contra su voluntad, salir del país. La maquinaria montada para eliminar toda actividad tachada de subversiva, había prohibido el universo de organizaciones sindicales y políticas y estrechado cualquier espacio de movimiento. Vía Brasil y Suecia, se exilió finalmente en el país natal de sus abuelos.

Paradoja ésta de los Luises que obedece sin embargo a una lógica política estricta. La de un capitalismo que apela para reproducirse, unas veces a las condiciones -léase desempleo, trabajo a destajo, trabajo infantil, salarios de hambre- del liberalismo económico, otras a la imposición de regímenes de terror sistemático contra todo aquello que difiera del ocasional *dictum* doctrinario. En ambos casos, no existe otra alternativa que la del doloroso itinerario de dejar atrás todo afecto y obra y extraer de la incertidumbre las posibilidades de una vida mejor más allá de la propia tierra.

No obstante, el cuidadoso trabajo de Borri constituye un relato que pone por delante la inmensa capacidad de supervivencia de los Luises y sus familias, y su coraje para decidir frente a situaciones de riesgo extremo. Un relato que ubica en el mismo plano el desgarramiento familiar -a veces sucesivo y así interminable- con las costumbres de época, con las relaciones afectivas que constituyen a esas familias, con los momentos amorosos de sus protagonistas, con sus proyectos de vida. Es un relato del drama de la existencia en un contexto excepcional, pero, como todo drama, está hecho de sufrimientos y alegrías, de pasiones y razones.

Un relato que finalmente clama por la democracia, la justicia, los derechos, clamor éste que, aunque no se exprese literalmente, asalta nuestra comprensión como asaltan a la humanidad inmensos desastres que en su alocada continuidad parecieran querer despojarnos de todo futuro. Pero ello no es sino la ambición obscena del poder, ambición que las sociedades resisten con la esperanza entre los dientes (como diría John Berger), esperanza que no está hecha de dogmas o

utopías sino de concretas experiencias emancipatorias, esas que se multiplican por doquier.

*Carlos La Serna*¹

¹ Carlos La Serna es profesor titular e investigador de la Universidad Nacional de Córdoba, Postdoctorado de la Université de Montréal (Canadá) y Director de Investigación invitado del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), en París.

A modo de prefacio

Estas crónicas relatan tres exilios. Las de mis dos abuelos, Gigio, nacido en Cortemilia en 1893; Luigi, nacido en Trieste en 1899; y el de mi único hermano Luis, nacido en Berisso en 1950. Ellos, como tantos otros a lo largo de la historia, se vieron obligados a abandonar la tierra que los vio nacer, a sus padres, hermanos y amigos, huyendo de regímenes totalitarios y represivos que ponían en peligro sus sueños, su propia seguridad y la de los suyos. Sus vivencias y recuerdos han marcado mi vida y la de mi familia, a la que los avatares del destino empujaron también al exilio.

Hasta donde he podido constatar, las cosas han pasado tal cual se describen o como debieron haber ocurrido. Las fechas son exactas y los acontecimientos contextuales, reales. Las situaciones y diálogos que no me fueron reportados directamente o por terceros, han sido recreados en función del carácter supuesto de los actores envueltos y de la situación relatada. Algunos personajes secundarios han sido inventados para complementar y dar más realismo a un relato que, espero, *se non è vero, è ben trovato*. Los comentarios al margen, los juicios de valor e interpretaciones que no están claramente asignados a familiares o personajes reales o ficticios, me pertenecen.

EL JARDÍN DEL EXILIO



Berlín, 1999

El Jardín del Exilio, obra de alto contenido simbólico del Arq. Daniel Libenskind forma parte del Museo Judío de Berlín.

Este consta de 49 enormes macetones rectangulares de hormigón, dispuestos en damero y coronados con vegetación. El suelo está inclinado en diagonal y pavimentado toscamente con adoquines de granito. Un muro, con una sola puerta, lo aísla del exterior.

Los visitantes de este jardín, como los exiliados, no tienen ningún punto de referencia o indicación que les sirva de guía en su trayecto. Deben bajar la vista al suelo para poder transitar el desparejo y des-

equilibrante camino. La vegetación, símbolo de los frutos del jardín/país de exilio, es inalcanzable.

Que los recuerdos aquí evocados, testimonios de las luchas, sacrificios y logros que mis queridos Luises han vivido en sus forzados exilios, como los de tantos otros que han recorrido este jardín, constituyan un ejercicio de memoria de historias que no pueden repetirse.

GIGIO

Cortemilia, 1893

Gigio fue el último de los 15 hijos que tuvieron Giovanni y Lucía mientras fueron propietarios del Albergo del Teatro, un modesto hotel de Cortemilia, al sur del Piamonte. *Mamma* Lucía los llamaba a todos por sus diminutivos, cerrando la pronunciación final con ese acento francés que tienen los piamonteses. A Luigi -Gigio, cariñosamente- le caía bien que lo llamen Gigin pues con apenas 1,67 era el más bajo de los varones, mientras que a sus hermanos, enormes montañeses de pelo castaño rojizo les quedaban ridículos esos cariñosos apelativos. Además de bajo, era robusto y había heredado de su madre unos ojos grises, de mirada triste; y de su padre una boca fina como un tajo, de la cual no se escapaba jamás una sonrisa.

La infancia de Gigio fue un rudo aprendizaje para sobrevivir en un ambiente donde cada comida había que arrancarla a una naturaleza inhóspita y dura. Desde chico trabajó ayudando a sus padres en la huerta del *albergo*, dando de comer a las gallinas u ocupándose de algunos mandados y pequeños quehaceres. Gigio era el preferido de su madre, quien le enseñó a leer, a escribir, y que incluso le pagó a un viejo fabricante de barriles para que lo aceptara como aprendiz y le enseñara el oficio. Sus hermanos lo recelaban siempre por su condición de benjamín y consentido de *mamma* Lucía.

El Piamonte de aquellos años era la muestra de una Italia que no acababa de nacer ni de enterrar su pasado, un *paese* inmerso en una Europa dividida y desigual, donde convivían una nobleza decadente, una voraz burguesía propietaria y un tercer estado rural pobre, ex-

plotado y sin alternativas políticas. Vittorio Emanuele III reinaba sobre un estado frágil y endeudado, nacido de una amalgama de reinos, ducados y territorios arrancados al papado, ocupando la cabeza de una monarquía constitucional censitaria y elitista. Para muchos campesinos y obreros poco calificados, la única salida era emigrar a cielos tan inclementes como los propios, pero donde al menos el esfuerzo y el trabajo permitían no pasar hambre y sostener a sus familias. Gigio no pudo escapar a tal destino y poco tiempo después de cumplir los catorce años, sus padres consintieron en enviarlo a la Argentina para que se uniera a Giuanin y Santino, dos de sus hermanos que habían emigrado años antes a las tierras del Plata.

Una madrugada de octubre lo despertó el canto de un gallo. Gigio se dio vuelta en la cama y miró de reojo la ventana cerrada. Serían cerca de las cuatro de la mañana de ese otoño boreal que se anunciaba lleno de promesas, pero no se levantó, cerró los ojos para poder concentrarse en lo que le había dicho su padre cuando habló la noche anterior desde la cabecera de la rústica mesa de roble de la cocina familiar.

— Gigio— dijo parcamente Giovanni con voz ronca sin usar el diminutivo de Gigin como era su costumbre — Mañana te vas a América a encontrarte con tus hermanos Giuanin y Santino. Les llevarás esta carta — y le alcanzó un sobre cerrado que Gigio recibió con solemnidad. Tenía escrito el nombre de su hermano Giuanin y una dirección de una ignota ciudad de la lejana Argentina: Berisso.

— No te olvides de nosotros. Tu madre te extrañará.

— Si, padre — dijo Gigio bajando la vista.

En casa quedaban sólo tres de sus hermanas, pues las otras tres ya se habían casado y habían partido. Pantaleone —Pantalin, para la familia— era el mayor, secundaba a su padre en el *albergo*. Angelino y Carlo trabajaban como peones en Alba, ubicada a 40 kilómetros al norte de allí. Gino, que había emigrado hacía algunos años para trabajar en las minas de carbón de Canadá, no daba noticias. Otros dos, Luca y Franco, habían fallecido años antes.

Gigio no podía sacarse de la cabeza las dos últimas frases que su padre había pronunciado lentamente y con un dejo de tristeza: “No te olvides de nosotros. Tu madre te extrañará”. No, no podría olvidarlos ni dejar de extrañar a su madre. Iba a trabajar en la Argentina para ayudarlos y dejar de ser una carga para la familia. Cuando despuntó el alba, se deslizó por la puerta trasera del *albergo*, con botines limpios y un magro macuto al hombro. Bajó los escalones y, sin mirar atrás, caminó con paso firme hacia la esquina donde lo esperaba el carruaje de *signor* Franzí. Su padre había hablado con él para que lo condujera hasta la estación de tren de Spigno Monferrato, a 20 kilómetros de distancia, desde donde tomaría el tren que lo llevaría a Génova, el puerto de partida para Buenos Aires. El sol todavía estaba velado por los Alpes.

— ¡Gigin! ¡Gigin! — Gigio reconoció la voz de su madre y se paró en seco, levantó la cabeza y se volvió lentamente. *Mamma* Lucía, chal negro, pañuelo y delantal blanco, avanzaba a su encuentro con un paquete entre sus manos, disimulando unas lágrimas imposibles de contener. Llegó hasta él y lo abrazó.

— Para el viaje — y le entregó el paquete.

— Lo vas a necesitar — agregó, mirándolo a los ojos.

Gigio la miró detenidamente y no le contestó. Sabía que en ese paquete había *salame di fassona* -que tanto le gustaba-, pan casero y un puñado de castañas del huerto del *albergo*. Se sumaban al contenido unas pocas liras que su padre le había dado para pagar los pasajes de tren desde Spigno Monferrato a Génova, el de Buenos Aires a La Plata -ciudad cercana a Berisso- y un poco más para no llegar a casa de su hermano con las manos vacías. Tomó el paquete que le ofrecía su madre, bajó la vista y la abrazó, se encasquetó bien la gorra para que no se le notaran las ganas de llorar, dio media vuelta y se alejó corriendo hasta el carruaje que lo esperaba. *Signor* Franzí iba a la feria de Spigno Monferrato y no quería llegar tarde. Cuando doblaron el recodo para cruzar el puente sobre el torrente Uzzone, Gigio entrevió entre los árboles un pañuelo y un delantal blancos que escondían una

cara sollozante. Pensó entonces que quizá nunca más volvería a Italia, que nunca más vería a su madre, ni a su padre, ni al Albergo del Teatro, ni a su Cortemilia natal. Entonces sí, lloró como el chico de catorce años que era.

Horas más tarde, con el billete en mano y acurrucado en un banco de la estación de Spingo Monferrato, abrió el paquete que le había dado *mamma* Lucía. Cortó una generosa rodaja de salame y un pedazo de pan que al llevarlos a la boca le trajeron los olores de la casa que había dejado horas antes. Prometió no olvidarse jamás del *salame di fassona* ni del pan horneado por su madre; y volver lo antes posible a Cortemilia. Se acordó entonces de algo que le llamó la atención al abrir el paquete: un sobre con su nombre, con la letra de *mamma* Lucía. Lo abrió y -atónito- descubrió varios billetes de 10 liras. Conociendo la proverbial tacañería piamontesa imaginó los artilugios que su madre debía haber realizado para poder sustraer de la caja del *albergo* ese dinero que ahora temblaba entre sus manos. Objetivamente no era mucho, pero en su imaginación era una fortuna que le permitiría llegar a Berisso con la frente alta y una cierta independencia. Imaginaba que los primeros tiempos serían duros y ese dinero le daría seguridad y aplomo. Dobló el sobre y lo guardó junto al billete de tercera clase a Buenos Aires y la carta destinada a su hermano, de la cual no se animó a fisgonear el contenido. Cuando por fin embarcó en el tren nocturno que lo llevaría a Génova, se ubicó al fondo del vagón de segunda contra una ventanilla algo descalabrada, hizo una almohada con su macuto y se durmió soñando con El Dorado americano, donde había trabajo para todos y nadie pasaba hambre.

En Génova lo esperaba una tía lejana que le había prometido a *mamma* Lucía albergarlo mientras completaba sus trámites consulares y esperaba la salida del barco que lo llevaría al Plata en una travesía de cinco semanas. Los trámites fueron rápidos y sin mucho protocolo. No quedan muchos registros de aquellos años, donde sólo contaban los pasajeros de primera y segunda clase, como si la tercera fuese ganado o carga consignada a puertos lejanos. La tercera clase eran los

pobres, los trabajadores golondrinas, una masa empobrecida que se expatriaba a lejanas latitudes para ser explotada, sobrevivir y ayudar a sobrevivir a aquellos que quedaban presos de la gleba.

No se sabe el día que viajó Gigio ni con qué documentación lo hizo. En los registros del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) figura el ingreso a Buenos Aires, el 4 de noviembre de 1907, de una persona cuya identidad coincide con la de Gigio, quien declaró ser agricultor y tener 17 años. Extraño. Gigio había nacido el 29 de diciembre de 1893, lo que implicaba que al llegar a Buenos Aires acababa de cumplir 14 años. ¿Error de registro o mentira táctica? Vaya uno a saber.

Buenos Aires lo recibió con un anticipo de esos veranos cálidos y húmedos que eran la antípoda climática del aire fresco y seco de su Piamonte natal. Desembarcó solo, desconsolado y más empobrecido que en su partida, ya que al ansiar el encuentro con sus hermanos con el bolsillo lleno, había perdido todo su capital apostando a los dados siempre cargados de algunos tahúres y vivillos que lo birlaron durante el viaje.

En una confidencia que hizo años después, Gigio relató que fue hasta la estación Constitución, cabecera del entonces Ferrocarril Sud, preguntó por la vía que iba al puerto de La Plata, se sacó la chaqueta, se puso el magro macuto en bandolera y encaró decidido a ir a La Plata caminando por la vía del tren. Tardó dos días en llegar durmiendo en las estaciones y preguntando en cada desvío -en un español cocoliche- cuál era la vía que lo acercaba a su destino. No lloró, pero tampoco sonrió. Sólo un par de ojos grises entornados y una boca cerrada en un rictus amargo se evidenciaban en su semblante. El viaje lo había endurecido.

La Argentina que recibía a Gigio en esos años previos al Centenario era un país en ebullición política y económica. El Partido Autonomista Nacional reinaba ininterrumpidamente en la política argentina desde 1880 y el país “prosperaba” al ritmo de una economía rapaz, entreguista y discriminatoria. El gobierno imponía por aquel entonces

un modelo agroexportador que supuestamente proveería de riquezas al país, pero en realidad era benéfico únicamente para algunos latifundistas agrícolas, grandes inversionistas extranjeros y una burguesía local servil y acomodaticia. Aumentaban, eso sí, la industrialización y las exportaciones de carne y cereales tanto como el flujo de trabajadores extranjeros que venían a “hacer la América”. Argentina necesitaba brazos provenientes de todos los horizontes, dispuestos a trabajar sin chistar a cambio de salarios miserables.

La construcción del puerto de La Plata en 1890 dividió en dos la ribera platense y la lengua de tierra que cobijaba el antiguo puerto de Ensenada. Al Oeste quedó el poblado y la recién formada Isla Santiago, mientras que al Este, en lo que era fondo de la ensenada, quedaron algunos mataderos y saladeros, entre los que se destacaba el “San Luis” de Juan Bautista Berisso, cuyo nombre terminó por designar el lugar. Un año después, la Marina de Guerra creó en la Isla Santiago la Estación de Torpedos de La Plata y en 1905 un Apostadero Naval que fueron la base del desarrollo de la industria naval de la zona. Paralelamente, en Berisso se construyó el Armour, que consistió en el primer frigorífico de la zona; y más tarde su homólogo, el Swift, haciendo de esta ciudad el centro de faena y exportación de carnes más grande de América del Sur en los albores del siglo XX. Giuanin y Santino trabajaban como estibadores y peones en los muelles de carga de aquellos frigoríficos desde hacía unos años. Habían podido prosperar, fundar una familia e instalarse para siempre en la ribera platense. Gigio, en cambio, llegaba con la sola intención de sobrevivir y poder enviarle una pequeña ayuda a *mamma* Lucía antes de volver a su Piamonte natal. No pensaba quedarse para siempre en ese extraño y lejano *paese* de tierras bajas y húmedas.

Los detalles de esos primeros años de Gigio en casa de sus hermanos son desconocidos. Lo más seguro es que el benjamín de la familia haya sido apadrinado por sus hermanos, quienes habrían asumido su mantenimiento y quizá también la deuda del viaje. Gigio debió colaborar con los gastos comunes y, como se había prometido, enviar

algo de dinero a su madre, siempre que pudiera. Trabajaba duro en las faenas más bajas y en condiciones difíciles. Había cambiado de amo, pero el collar que lo ataba a la miseria era el mismo. Volver a la patria es un sentimiento muy fuerte en todo emigrado y Gigio aguantó varias humillaciones con tal de concretarlo. En mayo de 1912, cuando llegó la noticia de la muerte de su padre, el deseo de volver a su Piamonte natal lo invadió y marcó su rumbo. Era tiempo de volver a su casa.

¿Cómo y cuándo volvió a Italia? El tiempo borró las huellas de todo eso. Lo concreto es que figura como enrolado en el Ejército Italiano el 18 de diciembre de 1913, esto es, una semana después de cumplir 21 años. ¿Estaba en Italia en ese momento o su enrolamiento fue de oficio? ¿Volió por sus propios medios o aprovechó que por aquellos años el Reino de Italia pagaba el pasaje de regreso a la patria a todo emigrado convocado al servicio militar obligatorio? Imposible de saberlo. Lo cierto es que volvió por fin al Albergo del Teatro, a ver a los suyos, a abrazar a su madre viuda y a hartarse de *salame di fassona*, que era todo lo que contaba. Poco tiempo después de llegar percibió que había un cierto malestar en la casa. *Mamma* Lucía le confió que después de la muerte de su padre, su hermano Pantaleone tomó las riendas del *albergo* sin consultar a nadie y comenzó manejar a discreción las finanzas de la propiedad. Al primogénito -había puntualizado su hermano- esa posición le venía por derecho. Era el nuevo *padrone* y el resto de la familia, sus empleados. Y punto. Gigio, que tenía pocas pulgas, lo encaró en cuanto pudo.

— *Mamma* Lucía me dijo que desde hace algunos meses no recibe mis giros. Es mi dinero ¿Dónde está? — preguntó con firmeza.

— Lo tengo yo— respondió Pantaleone en tono seco — *Mamma* Lucía exige muchos gastos por su edad y por su estado de salud, que debo asumir sin contrapartida. Tu madre casi no produce y los tiempos son difíciles ...

Gigio se paró, clavándole una torva mirada.

— Eres un miserable, Pantalin. Mañana me voy de casa. Si me entero que a *mamma* Lucía le falta algo, vuelvo y te mato — y dio por

terminada la conversación. Su hermano tomó muy en serio la advertencia.

Dos días después, había conseguido un puesto como ayudante en la fábrica de barriles de su antiguo maestro, quien lo dejaba dormir en el galpón de herramientas a condición de servir también como sereno. Gigio trabajaba bien y pronto lo promocionaron a medio oficial tonelero. Sus visitas al *albergo* eran solo para ver a *mamma* Lucía, dejarle algunas liras y saludar a sus hermanas. Con Pantalín no habló nunca más. Gigio era definitivamente un campesino toscano, directo y decidido.

Su hoja de servicios indica que el 14 de junio de 1914 fue llamado a las armas y pasó a integrar el regimiento 52º de infantería, una unidad garibaldina de larga trayectoria que formaba parte de la Brigada "Alpi". Los rumores de una guerra -que comenzaría un mes después- no alteraba su proyecto de volver al Piamonte una vez terminado el servicio militar, poner un taller para construir barriles y casarse con una bella campesina que le diera muchos hijos. Tenía confianza en que Italia conservaría a todo precio su neutralidad y que él volvería pronto a su Cortemilia natal. Nueve meses después, el 23 de mayo de 1915, Italia dejaría de ser neutral y le declarararía la guerra al imperio Austrohúngaro y sus aliados. La Brigada "Alpi" por su parte, era comisionada al frente oriental, donde Italia buscaba recuperar los territorios de Trento y Trieste ocupados por Austria desde el siglo XV. El destino de Gigio basculó otra vez y *mamma* Lucía lo volvió a despedir en la puerta del Albergo del Teatro con su pañuelo blanco húmedo de lágrimas. El benjamín de la familia ya no estaba tan seguro de volver a verla, pero no lo dejó percibir.

El alto mando italiano, convencido de lo breve que sería la campaña contra los austríacos, había decidido guardar las mejores unidades de combate en retaguardia y enviar al frente regimientos formados por reclutas traídos del mediodía italiano. Esos reclutas, la mayor parte analfabetos y de origen campesino, tenían dificultad hasta para comunicarse en italiano con sus superiores. Gigio contaba, años

después, una anécdota proveniente de un campo de entrenamiento en donde se intentaba enseñar a los nuevos reclutas a marchar al compás y ejecutar conversiones. Como los reclutas confundían el pie derecho con el izquierdo, un suboficial exasperado con la situación los formó en cuadro para enseñarles a coordinar las marchas y conversiones. Primero se descalzó el botín izquierdo y le ordenó a toda la sección imitarlo. Luego, señalando el pie izquierdo –descalzo- dijo “*pelo*” y señalando después el derecho –calzado- dijo “*senza pelo*”. A partir de ese momento, el compás de marcha y el cambio de sentido fue indicado así: “*pelo, senza pelo, pelo, senza pelo, mezza volta con la gamba senza pelo*”. Según él, es verídico.

El ejército italiano combatió a alemanes y austrohúngaros en un frente que iba desde el Lago de Garda hasta Gorizia. El 52º de infantería peleó en condiciones durísimas en las alturas de La Marmolada, Passo Fedaia, Sasso d'Italia, Mezzodi, Col di Lana – todas a más de 2500 metros de altura - y más tarde en la batalla del Piave, donde los italianos, replegados después de la gran derrota de Caporetto, lograron parar el último avance austrohúngaro. Después de esta pírrica y última ofensiva, el Imperio exhausto, desmoralizado y sin el apoyo alemán, perdió la iniciativa. Al final del verano de 1918 el destino de la guerra estaba sellado.

La brigada “Alpi” había sido retirada del frente a principios de diciembre de 1917. Gigio y muchos de sus camaradas del 52º se ilusionaron con un pronto licenciamiento cuando se vieron embarcados en un tren militar rumbo al Sur. En la tropa flotaba un aire de alivio y de remembranza por el infierno vivido durante esos tres años de dura campaña, esperando un pronto final. Solo ansiaban volver a Spoleto, su sede histórica, y ser desmovilizados. Durante la segunda noche del trayecto, pasando por Padua, Gigio estaba sentado en el fondo del vagón y dormitaba mientras soñaba -sin duda- con volver a saborear un poco de aquel *salame di fassona*, evocador de su Cortemilia natal, su casa y su infancia. El Mannlicher-Carcano, el casco y su macuto estaban echados a un lado, mientras que el baqueteado capote le servía

de almohada. Lucía ya sus bien ganadas jinetas de sargento y había dejado crecer una espesa barba rojiza que acentuaba el apodo de *l'Americano* con el que lo habían bautizado sus camaradas. Su gente ocupaba casi todo el vagón, algunos en corro y compartiendo alguna botella de vino y un buen pedazo de queso friulano, otros durmiendo a pata suelta y soñando quién sabe con qué o con quién.

De pronto, sintió que alguien le tocaba el hombro, acompañado con una sorpresiva pregunta.

— Sargento ¿puedo? — dijo mientras señalaba el asiento contiguo.

Gigio se despertó y dio un respingo mientras se arreglaba un poco el uniforme y hacía amago de peinarse. Era el teniente Suckert, su superior inmediato.

— ¡Si *signor* Teniente! — respondió sorprendido. Algo pasaba. No era normal esa visita.

El teniente Kurt Erich Suckert, hijo de padre alemán y madre italiana, era un joven oficial -cinco años menor que Gigio- muy apreciado por él y por su tropa. Había ganado sus galones de teniente por su desempeño durante la catastrófica retirada de Caporetto, cuando siendo simple alférez, supo contener sus subalternos con seguridad y aplomo. Se preocupaba mucho por su gente y siempre estaba disponible para escuchar cuitas, dar consejos o apoyar una sugerencia. Se lo solía ver libreta en mano, observando, preguntando y tomando apuntes. Lo que no sabía Gigio era que ese joven teniente sería conocido años más tarde como Curzio Malaparte, autor de *Kaputt* y *La piel*, dos libros renombrados por sus crueles descripciones de los estragos producidos por la guerra.

— ¿Cómo está Sargento? ¿Cómo anda su gente? — preguntó Suckert en tono amable.

— Bien, *signor* teniente. Han sido tres años de peleas muy duras. La guerra se está acabando... todos estamos con ganas de volver a casa y pasar a otra cosa. ¿No le parece, *signor* teniente?

— Si Sargento. A mí también me gustaría volver a casa...

— ¿Nos desmovilizan, entonces? — deslizó Gigio con aire distraído, para no traicionar su ansiedad.

— No Sargento, la guerra no terminó todavía para nosotros. La brigada “Alpi” va a continuar combatiendo.

— ¿Dónde *signor* teniente? Si eso no es secreto militar ...

— Lo es, pero por poco tiempo — respondió Suckert bajando la voz — El Estado Mayor ha dispuesto que el IIº cuerpo, del cual la brigada “Alpi” forma parte, vaya a apoyar a las tropas aliadas en Francia. Me acabo de enterar y quería compartir esto con alguien de mi confianza. ¿Qué le parece, Sargento?

Gigio no supo qué responder. Los ojos grises se entrecerraron y suspiró.

— Órdenes son órdenes ¿No es así, *signor* teniente? Una lástima. Pensé que iba a sobrevivir a esta guerra. Ahora no estoy tan seguro de volver a ver mi Cortemilia natal.

— ¿Cortemilia queda cerca de Turín, Sargento?

— A unos 120 kilómetros, *signor* teniente...

— La Brigada se dirige a Turín, donde acampará algunos días esperando el resto del contingente antes de pasar a Francia. Voy a ver si puedo ayudarlo a que pueda hacer una corta visita a su casa. Cuento con su discreción.

Gigio quedó de una pieza y asintió con la cabeza — Muchas gracias, *signor* Teniente — respondió esperanzado, mientras Suckert se levantaba y se iba.

Esa noche, ayudado por el lento traqueteo del tren, Gigio durmió soñando con el abrazo que les daría a los suyos si la promesa del teniente se cumplía. La mañana lo despertó con el olor a café negro que se repartía a la tropa. A la sorpresa de sus subordinados *l'Americano* parecía sonreír, cosa que nunca habían visto hasta entonces.

Con la llegada del día, todos estaban pendientes de las ciudades por donde el tren debía pasar para llegar a Spoleto. Si habían dejado atrás Padua la noche anterior rumbo al Sur, calculaban, tendrían que estar aproximándose entonces a Bologna para luego poder seguir a

Spoletto vía Arezzo y Perugia. Pero no, la posición del tren con respecto al sol indicaba que había cambiado de rumbo y ahora se dirigía al Oeste. De pronto alguien que estaba pegado a una ventana, gritó

— ¡Brescia! ¡Estamos en Lombardía! ¡*Porca miseria!*

Una chapa de plomo cayó sobre el vagón. Brescia no estaba en el camino a Spoletto y las esperanzas de una próxima desmovilización se esfumaban. ¿A dónde iban? ¿A qué iban? Algunos volvieron la vista a su sargento en busca de alguna reacción, pero Gigio continuaba imperturbable mirando el horizonte por la ventana. De soslayo, Gigio vio aproximarse a Vittorio, uno de sus cabos de confianza y piemontés como él. Se sentó a su lado y le habló en voz baja.

— ¿Sabe adónde vamos, Sargento?

— Al Oeste, Vittorio. ¿No aprendiste a orientarte?

— Ya sé que vamos hacia el Oeste, Sargento — dijo el cabo algo molesto — ¿Pero hasta dónde? ¿Cuál es nuestro destino final?

Gigio no respondió y siguió mirando por la ventana. Vittorio no se dio por vencido.

— Anoche lo vino a ver el teniente Suckert y estuvieron hablando un buen rato ¿No le dijo adónde vamos? ¿De qué hablaron?

— De ustedes — respondió Gigio con aire ausente — Quería saber si estaban bien de ánimo y todo eso. Le pregunté si nos desmovilizan y me respondió que no.

— ¿Y le preguntó adónde íbamos?

— Si. Pero me dijo que por el momento es secreto militar y que cuando bajemos del tren lo íbamos a saber.

— ¿Y cuándo vamos a bajar de este maldito tren, Sargento?

— Eso no se lo pregunté, Vittorio. ¿Estás satisfecho?

— No Sargento. No estoy satisfecho — Vittorio se levantó y se fue refunfuñando. Gigio volteó la cara y siguió mirando por la ventana.

Dos días más tarde, la brigada "Alpi" acampó en las afueras de Turín a la espera del resto del contingente. Iban a ser más de 25.000 italianos que irían a reforzar las defensas francesas en el frente oriental. La mañana siguiente Gigio vio acercarse al teniente Suckert con un

pliego en la mano e imaginó el porqué de su visita. Precavido, en la madrugada se había afeitado, lustrado los botines y cepillado cuidadosamente el capote y la chaqueta.

— Buenos días, Sargento. Aquí tiene un permiso para ausentarse 48 horas del regimiento. Una estafeta lo acercará hasta la Estación Central de Turín donde podrá tomar un tren hasta Acqui Terme y de allí acercarse a Cortemilia. Confío en usted, Sargento.

— Muchas gracias *signor* teniente — Hizo la venia nuevamente, dio media vuelta y salió al paso rápido a encontrar al cabo Vittorio, quien estaba haciendo la lista de soldados para ir a la enfermería.

— Cabo — le dijo, levantando la voz para que todos escuchen — Tengo un permiso de 48 horas para ir a ver a mi madre. Se hará cargo de la sección hasta mi regreso. El cabo asintió con la cabeza y le deseó buena suerte. Gigio se acercó a la oreja de Vittorio y por lo bajo le dijo,

— Francia. Y no se lo digas a nadie.

— ¿Qué ...? No entiendo ... balbuceó Vittorio.

— Francia, Vittorio. Vamos a Francia a ayudar a los franceses.

Le guiñó el ojo, fue hacia su catre, recogió su macuto y salió como una tromba a buscar al estafeta del regimiento que lo llevaría hasta la Estación Central de Turín. Algo habría de encontrar para ir hasta Cortemilia cuando llegase a Alba. Suerte de pobre, al fin de la tarde bajaba de un incómodo carruaje frente al Albergo del Teatro. No lo podía creer. Pantaleone fue el primero en verlo entrar, pero no se levantó de la mesa que hacía las veces de recepción y gerencia. No esperaba visitas y mucho menos la de Gigio.

— ¡Gigin! Hace meses que no teníamos noticias tuyas. Sabemos que con los austriacos las cosas no van bien ...

— ¿Cómo está *mamma* Lucía? — Lo espetó Gigio pasando por alto el comentario de su hermano.

— Bien. A *mamma* no le falta nada, pero los años le pesan — respondió Pantaleone bajando la mirada.

Al escuchar la voz de Gigio que venía de la recepción, *Mamma* Lucía y dos de sus hermanas salieron corriendo de la cocina del *albergo* y lo abrazaron.

— ¡Algo me decía que estabas vivo Gigin! ¿Te quedas algunos días? — preguntó *mamma* Lucía.

—Desgraciadamente no, *mamma*. Tengo un permiso de algunas horas para poder verlos. Mañana salgo temprano a unirme a mi regimiento que está acantonado en Turín.

—¡Pantalin! Trae un par de botellas de Barbera que nosotras preparamos algo para cenar — ordenó *mamma* Lucía con los ojos brillantes de alegría.

Pantaleone se levantó a regañadientes de su mesa-escritorio y se fue protestando a la bodega, mientras que *mamma* Lucía y sus hermanas volvieron a la cocina. Gigio dio una vuelta por el *albergo* mientras pensaba si su hermano le iba a pasar una factura por todo eso, tan miserable que era. Cenaron y pasaron la velada recordando viejos tiempos, contándose anécdotas de la guerra y chismes de Cortemilia. Pantaleone estaba taciturno y, después de cenar, se fue a dormir temprano. A Gigio le llamó la atención que el *albergo* estuviese vacío y se lo comentó a su madre. Ni siquiera había gente en el restaurante, reputado por la cocina de su madre.

— Estamos en guerra, Gigin. Los tiempos son difíciles y la gente no tiene dinero. Además, Pantalin no es muy bueno en esto.

Gigio asintió con la cabeza. El *Albergo* del Teatro necesitaba algunas mejoras y un poco de buena gestión, cosa que su hermano era de toda evidencia incapaz de hacer. Si vuelvo vivo de Francia -pensó- voy a tratar de ayudarlos.

A la madrugada siguiente, *mamma* Lucía y sus hermanas lo volvían a despedir en la puerta del *albergo*. Pantaleone no asomó la nariz. Gigio les aseguró que se iba cuidar y que pronto volvería, abrazó a todas y se alejó caminando llevando a cuestas su macuto desde donde afloraban olores a pan casero y por supuesto, a *salame di fassona*. A medianoche entró en la carpa de suboficiales algo picado y oliendo

a alcohol, consecuencia de algunas copas que había tomado en Turín, festejando Dios sabe qué. El cabo Vittorio se hizo el dormido cuando lo vio entrar.

El 27 de abril de 1918, el 51º y el 52º regimiento junto con la 8ª División y el resto del II Cuerpo del ejército italiano pasaron a Francia y se acantonaron hasta mediados de mayo en Camp de Saint-Ouen, al norte de París. La Francia esperaba una dura ofensiva de los alemanes, quienes buscaban quebrar el frente aliado y entrar en París como última tentativa para cambiar el destino del conflicto. Ambos bandos estaban al borde de la victoria o de la derrota.

Entre el 11 y el 13 de junio el II Cuerpo de Ejército italiano fue integrando al Vº Ejército francés, que estaba desplegado a lo largo del Marne. La altura de Bligny, que dominaba el valle del río Aisne y el camino que unía Epernay con París se convirtió en un punto clave del dispositivo de defensa del cual las brigadas “Brescia” y “Alpi” formaban parte. El 23 y 24 de junio lograron rechazar un violento ataque alemán lanzado para conquistar la altura de Bligny. La segunda - y última - batalla del Marne había comenzado.

Los alemanes volvieron a la carga la noche del 14 de julio, esta vez con el apoyo de artillería, gases y carros de combate que produjeron grandes bajas en las filas italianas. Veinte años más tarde, Curzio Malaparte (el ex-teniente Suckert) escribió en el *Corriere della Sera* “Nadie podrá jamás superar el horror de ese bombardeo. Fue una masacre. Sentados sobre el pasto, la espalda apoyada en troncos de árboles, en un terreno sin trincheras, sin senderos, sin abrigos, nos hacemos matar al descubierto, fumando un cigarrillo tras otro”. Cuando el 52º se replegó para reordenarse y unirse al también diezmado 51º, quedaban sólo 28 oficiales y 493 hombres de tropa, entre los cuales estaban Gigio y Suckert.

La mañana siguiente, tropas de asalto alemanas abrieron una brecha en las líneas italianas usando lanzallamas, pero fueron contenidas por “un puñado de locos –según relató Malaparte - que combatieron riendo entre el humo, sin agua, sin pan, sin municiones, sin granadas,

sin ametralladoras...”. La noche los sorprendió sin poder definir la batalla y tanto atacantes como atacados se aferraron a sus posiciones. En la madrugada del 18 de julio los aliados iniciaron finalmente una gran ofensiva, precedida de un intenso fuego de artillería en todo el frente que obligó a las tropas alemanas a abandonar posiciones e iniciar un lento pero constante repliegue hacia posiciones más al Este. Al día siguiente, mientras los italianos presionaban sobre una vanguardia alemana que se retiraba lentamente, Gigio fue herido de bala en el brazo derecho. Una fea laceración que lo dejó fuera de combate, pero que por fortuna no puso en peligro su vida. Las fuerzas aliadas continuaban un avance ineluctable hacia suelo alemán mientras que la batalla del Marne languidecía. La Gran Guerra estaba en camino de terminar para todos.

Han quedado pocas trazas de lo vivido por Gigio después de haber sido herido. Debió pasar seguramente algunas semanas en un hospital francés reponiéndose y todo indica que formó parte - más tarde - de las tropas de ocupación en Renania. Su hoja de servicios señala, además, que fue condecorado con la medalla Interaliada de la Victoria, posiblemente antes de ser desmovilizado en noviembre de 1919. Respecto de esa ceremonia, se supo que Gigio, cuando rompieron filas, en un gesto de desprecio que aparentemente ningún superior advirtió, se arrancó la medalla y la tiró al suelo. Muy de él.

Desmovilizado, Gigio volvió por fin a Cortemilia. Las trincheras lo habían convertido en un ser huraño y desconfiado, profundamente marcado por una horrible guerra que se llevó su juventud, sus ilusiones y muchos de sus camaradas más queridos. La hipocresía de la Iglesia y de los mandos militares lo sumieron -según él- en el alcohol y la desesperación. Entre amigos y *paesani* solía contar que antes de entrar en combate el capellán del regimiento bendecía armas y soldados incitándolos a matar a los pobres infelices que estaban del otro lado de la “tierra de nadie”, los cuales habían sido bendecidos a su vez por la misma religión para matarlos a ellos. Acto seguido, recibían unas inyecciones equinas destinadas -según los oficiales- a disminuir la fatiga y

el aturdimiento del combate, pero que en realidad los convertían en fieras alocadas dispuestas a todo, sin reparos de conciencia ni miedo. Eso podría explicar el extraño comportamiento de las tropas descrito por Malaparte en sus crónicas del *Corriere della Sera*.

Decidido a no quedarse en el Albergo del Teatro, Gigio fue a ver a su antiguo maestro de carpintería para pedirle consejos y terminó negociando con él la compra de algunas de sus máquinas. Luego se instaló en Savona para retomar su primitivo oficio. El Piamonte y la Liguria hacían buenos vinos y necesitaban buenos barriles para criarlos. Gigio amaba a ambos, tanto como a los ideales socialistas por los cuales peleó toda su vida. No compartía la propuesta de Mussolini y sus fanáticos seguidores y veía en el Fascismo una peligrosa corriente nacionalista que no cesaba de confrontar y agredir con el único objetivo de conquistar y mantener el poder. Gigio consiguió mucho trabajo gracias a los buenos contactos que tenía su maestro, así la carpintería prosperó. Trabajaba enérgicamente toda la semana, pero una vez que cerraba su taller el sábado por la tarde, comenzó a tomar la costumbre de salir de copas a festejar y farrear un poco. Era joven, apuesto y la vida parecía por fin comenzar a sonreírle.

A fines del invierno de 1923 Gigio recibió una carta de su hermana mayor pidiéndole viajar urgente a Cortemilia. *Mamma* Lucía no iba bien y el médico que la atendía no daba muchas esperanzas. Puso un cartel en la puerta del taller, le avisó al vecino las razones de su ausencia, pasó por su apartamento de la calle Traversari a recoger su ropa y partió rumbo a la estación de Savona donde tomó el primer tren que salía para Acqui Terme. El tren estaba lleno y tuvo dificultad para encontrar un asiento. Recorriendo el vagón siguiente vio un lugar libre del lado del pasillo y se apuró a ocuparlo, cayendo casi sobre una joven regordeta sentada del lado de la ventana que lo miraba con curiosidad y un poco de temor. Gigio, que traía cara de preocupado, se disculpó y la joven se corrió para dejarle lugar sin dejar de observarlo. A poco de tomar velocidad, el vagón se ladeó un poco y el hato blanco que la joven llevaba sobre sus piernas se deslizó hacia las

piernas del ex sargento. La joven se sonrojó y retomó rápidamente el bártulo pidiendo disculpas. Gigio sonrió y aprovechando el incidente decidió romper el hielo.

— Voy hasta Spigno Monferrato. ¿y Usted? — preguntó como al descuido.

La joven se ruborizó, pero sonriente le respondió inmediatamente,

— Yo también, pero sigo a Cortemilia, donde trabajo. Vuelvo de visitar a mis tíos que viven en Savona. Es toda la familia que me queda...

Poco a poco Gigio le sonsacó toda su historia. Se llamaba María, pero fue bautizada como Marie pues había nacido en Francia de padres italianos y trabajaba en la cocina de una acomodada familia de Cortemilia. Huérfana de padres desde muy chica, fue recogida por unos tíos que la llevaron a Savona, donde vivió hasta que consiguió el empleo que tenía. No dejó entrever lo duro que era trabajar por migajas entre tanta opulencia.

A medida que contaban sus historias empezaron a mirarse, primero por curiosidad y luego con admiración. Marie fue cautivada por la mirada franca y el tono seguro del piemontés, sus aventuras en la lejana Argentina y la dura experiencia de la guerra. Él, por su campesina belleza y por su determinación para afrontar los duros avatares de la vida. Cuando se separaron en Cortemilia ambos quedaron en verse el domingo siguiente frente a la iglesia de Santa María, donde Marie, muy creyente, iba habitualmente a misa.

Cuando Gigio entró esa tarde al dormitorio de su madre y vio el rostro demacrado de *mamma* Lucía supo que el fin estaba próximo.

— Tenía muchas ganas de verte Gigin— susurró ella ensayando una leve sonrisa — ¿Te quedarás unos días?

— Todo lo que sea necesario para que te mejores, querida *mamma*.

Gigio levantó la vista hacia su hermana que lo miraba desde el otro lado de la cama negando lentamente con la cabeza. Una fuerte congoja le apretaba el pecho. Balbuceó algunas palabras de cariño hasta que su madre cerró los ojos con una expresión de placidez que hacía tiempo no se le veía. Gigin salió despacio de la pieza sin hacer

ruido, buscando la quieta soledad de las calles del pueblo. Esa noche *mamma* Lucía lo dejó para siempre.

En la mañana siguiente el Albergo del Teatro se convirtió en capilla mortuoria. Todos lloraban -Pantaleone el primero- pero *l'Americano* no. Pasó el velatorio sentado en los escalones de la puerta trasera con sus ojos grises fijos en el puente sobre el Uzzone y en el recodo del camino donde había visto por última vez a su madre cuando partía para América catorce años atrás. Hasta le pareció sentir un olor a pan casero y a *salame de fassona* que lo envolvieron de recuerdos. Al final de la tarde, cuando aumentaban las visitas de vecinos y conocidos de la familia, Gigio vio aproximarse desde la lindante plaza Savona, a contraluz del atardecer, a una joven que se dirigía hacia él a paso decidido. Cuando la reconoció, le saltó el corazón y se adelantó hacia ella.

—¡Marie! ¿Qué pasa? — dijo Gigio abriendo los brazos.

—Me enteré recién de tu madre y quise venir ... a darte mi pésame. No podía esperar al domingo — respondió Marie avergonzada.

—Marie, eres la única persona que tenía ganas de ver hoy. Es un día muy triste y al mismo tiempo muy hermoso porque viniste — se acercó y la besó, primero despacio y luego más intensamente cuando ella respondió a su deseo. El rudo sargento estaba perdidamente enamorado.

Fue un año de idas y venidas que tuvo como fondo la llegada al poder de Mussolini y la instauración de una dictadura fascista que sembró violencia en toda Italia. Gigio viajaba muy seguido a Cortemilia para arreglar, según él, “problemas con la sucesión del Albergo del Teatro”, mientras que los patrones de Marie empezaron a sospechar de los repetidos pedidos de ésta para ir a Savona a ver sus tíos que, según ella, estaban “muy enfermos”. Finalmente formalizaron la relación y el 15 de marzo de 1923 se casaron y se fueron a vivir a Savona, vía Montenotte 10-11. Al mes, Marie anunció que estaba embarazada y que esperaba para principios del año entrante. Gigio exultaba. Fue un embarazo con algunas complicaciones que, consecuentemente, adelantaron el nacimiento de una niña que Gigio insistió que fuese inscripta como Renata Lucía para el 30 de diciembre de 1923.

Renata –renacida en italiano- como reconocimiento al difícil parto que la trajo al mundo (y que casi les cuesta la vida a ambas mujeres) y por Lucía, en homenaje a la madre que había perdido. Una *Renacida* Lucía que sería mi madre 22 años después.

Gigio salió a festejar como nunca lo había hecho y brindó por su hija, por su mujer y por el futuro de ambas con cuanto amigo y comedido encontró en su ronda festiva. Era feliz y quería compartirlo aun sabiendo que con algunas copas de más se iba de boca fácilmente. Es posible que en esas libaciones haya criticado en voz alta al gobierno, al Duce e incluso haya tenido un altercado con algún fascista, pecados capitales en la Italia de aquellos años. Lo cierto es que algunos días más tarde entraron a su taller varios integrantes de la *Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale* -los temibles Camisas Negras- y lo obligaron a punta de pistola a tomar una fuerte dosis de aceite de ricino y lo sacaron a la calle hasta que el purgante hiciera efecto mientras que el resto de la patota procedía a la destrucción a mazazo limpio de máquinas y herramientas. Gigio soportó la humillación y el saqueo impávido, los ojos grises llenos de odio y la boca hecha un tajo cerrado. Cuando los Camisas Negras se fueron entre burlas y amenazas, los vecinos del barrio, algunos sonrientes, otros avergonzados y preocupados, lo vieron cerrar el taller y alejarse lentamente, la frente alta y el rostro impávido. La agresión fascista lo había endurecido aún más.

Cuando Marie lo vio entrar, casi se desmaya. Gigio estaba sucio y desgredado, pero sereno. Se lavó, se vistió, se sirvió un vaso de *grappa*, se acercó a la cuna de Renata y clavando sus ojos grises en Marie, habló lentamente.

—Esto no tiene remedio, Marie. Nos vamos a la Argentina. Para siempre— dijo, acentuando las palabras.

El 22 de abril de 1924 embarcaron en Génova rumbo a Buenos Aires con la *biancheria* –la preciosa ropa de cama-, algunas herramientas de mano y la máquina de coser de Marie. Gigio tenía 31 años, Marie 25 y Renata, 3 meses. Sólo Renata volvería a Savona, como turista, cuarenta años más tarde.

LUIGI

Trieste, 1899

Domenico miraba la bahía de Trieste desde el balcón de su departamento en Barriera Vecchia. Era una fría mañana de noviembre y el sol naciente comenzaba a iluminar la rada donde anclaban algunos barcos de guerra de la marina imperial austrohúngara. Entre ellos, se destacaba el SMS Wien, acorazado, construido hacía pocos años por el Stabilimento Técnico Triestino, el astillero donde trabajaba Domenico. Trieste pertenecía al imperio austro-húngaro y el puerto era su principal base naval sobre el Adriático.

Domenico esperaba ansioso el nacimiento de su primer hijo. Iba y venía por el balcón tratando de descifrar los ruidos y las conversaciones que se filtraban por la puerta. Nada. La comadrona había llegado temprano, pero habían pasado más de tres horas sin novedades. Italiano de cuatro generaciones, le entristecía que su primer hijo naciera austríaco. Su historia lo ataba a una Italia que reivindicaba Trieste, Gorizia y los territorios *irredenti* de Istria y Dalmacia. Se sentía italiano y quería que su hijo también lo fuese.

De pronto escuchó un llanto que venía de la pieza contigua. Se irguió frente a la puerta, pero dudó en entrar. Temía por la salud de Eleonora, su mujer primeriza, y por el bebé, que dejó de llorar. Tras un ruido de pasos, la puerta se abrió de par en par y apareció la partera sonriente llevando en brazos un bebé envuelto en una manta.

— ¡Es un varón, *signor* Domenico! La madre está bien, aunque un poco cansada. Ha tenido una larga noche.

El hombre sonrió aliviado, tomó a su hijo de los brazos de la comadrona y lo levantó a la altura de su cara.

—Te llamarás Luigi, como mi abuelo. ¡Y serás italiano! — le dijo en un tono solemne. Devolvió el bebé a la partera y levantando el puño cerrado hacia el Wien gritó —¡Venceremos! — y entró eufórico al departamento. En los años venideros Eleonora le daría a Domenico cuatro nuevas alegrías: Mario, Lina, Emma y Lari. Todos triestinos y futuros italianos.

La infancia de Luigi fue tranquila y apacible en un hogar donde no faltaba nada. Su padre tenía un buen salario, lo que les permitía disfrutar de los veranos de la costa Veneciana y de la Dalmacia, así como de los inviernos de ski en los Dolomites. Flaco, algo esmirriado y taciturno, Luigi fue un buen alumno en la escuela elemental en donde desarrolló un amor incondicional por la lectura y un firme rechazo por las actividades deportivas. Dotado para las lenguas, desde chico podía comunicarse en alemán –el idioma del Imperio- en serbocroata y en italiano, su lengua materna. Soñaba con ser escritor y periodista. Contaba con ingresar a la Dante Alighieri, la escuela secundaria donde concurría la élite triestina de origen italiano y completar más tarde su formación en Humanidades en alguna Universidad italiana. Para su pesar, la Gran Guerra echaría por tierra todas sus ilusiones. En 1915, apenas iniciadas las hostilidades con Italia, el Comisario Imperial Austro-Húngaro de Trieste cierra el *Ginnasio* Dante Alighieri y otros establecimientos educativos de la comunidad italiana con la manifiesta intención de “extirpar la vecindad de las tradiciones con la cultura italiana”, según justificaba el úcase imperial. A partir de allí, Luigi, como muchos de su generación, pasaron a ser parias en su propia tierra. Puertas adentro de su casa, la posición de Domenico frente a la situación social de sus hijos era bien definida. Una vez terminada la escuela elemental, si no había opciones para seguir estudios superiores, las mujeres debían dedicarse al arte y aprender a ser buenas amas de casa y los varones, a trabajar. La imposibilidad de seguir estudiando no le dejó a Luigi otra opción que integrar, muy

a su pesar, un mercado de trabajo condicionado por una economía de guerra. Domenico, que tenía algunas conexiones con la Società Triestina Tramway -la compañía municipal de transporte tranviario de Trieste- pudo conseguir que Luigi fuera incorporado como auxiliar, logrando ascender más tarde a Conductor gracias a su desempeño. Pese a ese golpe de suerte, que le daba un *status* por encima de la masa obrera y un salario interesante, su carácter se hizo más agrio y distante. Sentía que se alejaba, quizás para siempre, de sus sueños de intelectual literario y periodista.

La mayoría de edad de Luigi coincidió con la agonía de la Gran Guerra. El imperio austrohúngaro se derrumbó después de la muerte del emperador Federico José y sus tropas, desgastadas y aisladas se estancaron en el frente italiano. Su marina de guerra, otrora la sexta mundial, fue diezmada por las potencias navales de Italia, Gran Bretaña y Francia. Ironía del destino, el emblemático Wien fue hundido por una lancha torpedera italiana en diciembre de 1917 en la rada de Trieste, ciudad donde fue construido. El 3 de noviembre de 1918, las tropas italianas triunfantes después de la contraofensiva del Piave entraron en Trieste y al día siguiente se firmó el armisticio con Austria. Una semana más tarde Alemania se retiró del conflicto, exhausta y vencida.

No hay pruebas de la participación de Luigi en el conflicto armado que acababa de terminar. Nacido austríaco, no había alcanzado la edad para incorporarse al servicio del Imperio cuando este se derrumbaba en 1918 y su nombre no aparece en los registros de la leva italiana de Trieste para la clase 1899, a la cual pertenecía. Su destino parecía ser otro que la guerra.

Al terminar el primer conflicto mundial, Italia afrontaba como el resto de Europa una situación económica difícil y un contexto sociopolítico que anunciaba grandes cambios. Trieste y Gorizia pasaron a manos italianas, conllevando de hecho grandes mudanzas lingüísticas y administrativas. El proceso de anexión fue traumático y tardó muchos años en completarse, creando situaciones conflictivas entre las minorías eslavas y austríacas que dejaron de ser dominantes para

ser dominadas por la mayoría italiana. Por otro lado, la irrupción del naciente fascismo introdujo en la región fracturas político-sociales que, sumadas a las étnicas, crearon un clima de confrontación inédito hasta entonces.

La condición de conductor le permitió a Luigi recorrer Trieste al vaivén de los tranvías y conocer una hermosa joven que, veintiséis años más tarde, sería mi abuela. Ella misma me contó con cierta picardía, mucho después de la muerte de Luigi, las peripecias de ese encuentro que los unió por el resto de sus vidas. Resulta que, por aquellos tiempos, Luigi estaba afectado a una línea de tranvías que circulaba por el centro de Trieste y cuyo trayecto implicaba hacer cambios de vía en algunos puntos del recorrido. Para ello, el conductor debía parar el vehículo un poco antes del cambio, bajar a la calle con una larga barra de metal, alinear los rieles con el nuevo recorrido, subirse otra vez al coche y continuar el trayecto. Quiso el azar que uno de esos rutinarios cambios se hiciese en una esquina de la vía Carducci, arteria bordeada por edificios de departamentos y donde cierta vez, al hacer el cambio, Luigi entrevió por debajo de su visera que la maniobra era observada con curiosidad desde un balcón del primer piso por tres bellas jóvenes que le sonreían con aire seductor. Como realizaba cotidianamente esa maniobra, terminó por tomarle el gusto al flirteo y empezó a saludar a las jóvenes tocándose la visera y sonriendo al retomar el mando de su tranvía. Advirtió también que las jóvenes se vestían elegantes y que nunca faltaban a la maniobra del cambio.

En aquel departamento del segundo piso vivían Mercede y sus dos hermanas: Zaira, la mayor y Lara, la más chica y desvergonzada. Todas perdidamente prendadas de ese joven tranviario de gorra ladeada que se movía con elegancia y precisión al mando de su *tram*. Pero pronto apareció una duda: ¿Las saludaba a todas por igual o había una que el tranviario prefería? ¿Cómo saberlo? Las hermanas urdieron entonces, a instancias de Lara, un simple plan de acción para dilucidar la cuestión. A partir del día siguiente iba a salir al balcón solo

una por vez mientras que las otras observarían escondidas la reacción del tranviario ante cada una de ellas.

— ¡Yo primero, porque fui la que lo propuso! — gritó Lara.

— ¡Yo después, porque soy la mayor! — adjuntó Zaira.

Mercede, que era la más tímida y recatada, se resignó a presentarse en último lugar. Al fin de cuentas, pensó, el que iba a decidir era el tranviario.

Al día siguiente y a la hora prevista para el paso del *tram*, Lara salió al balcón muy emperifollada –demasiado, según mi abuela- y se colocó en una pose seductora y desafiante, mientras que Mercede y Zaira espían desde la celosía de la otra ventana. Luigi apareció como estaba previsto al mando de su tranvía, tranquilo y elegante, paró el *tram* y miró para arriba como buscando algo, pero no sonrió. Bajó del tranvía, hizo el cambio, subió otra vez a su puesto, tocó la campana y arrancó despacio mirando fijo al frente sin saludar siquiera. Lara dio media vuelta y entró al departamento como un torbellino, furiosa y despotricando contra el conductor, la compañía de tranvías, la ciudad de Trieste y la mar en coche. Sus hermanas la recibieron con sorna.

El cambio de vías siguiente le correspondía a Zaira. Eligió con cuidado lo mejor de su guardarropa para que combinase armoniosamente, se maquilló sin exagerar y salió al balcón con un aire indiferente y elegante. El tranviario apareció como habitualmente y repitió los mismos gestos de siempre, pero esa vez tampoco levantó la vista ni sonrió hacia el balcón. Zaira lo vio alejarse lentamente, azorada y decepcionada por la actitud del candidato. Volvió al salón con aires de suficiencia, mirando a sus hermanas con superioridad y se desplomó en el sillón sin decir palabra. Disimuló con rapidez una lágrima que amenazaba con correrle el cuidado maquillaje, pero nada más. Todas las miradas se centraron entonces en Mercede. ¿Seré entonces yo la elegida? -pensó ella para sus adentros- pero no dijo nada. Sus hermanas la miraban con curiosidad y cierta envidia. ¿Mercede, la elegida? Lo cierto es que esa noche ella no durmió ante las muchas preguntas que se agolpaban en su cabeza ¿Qué actitud iba a mostrar mañana?

¿Cómo se iba a vestir? ¿Se maquillaría? ¿Qué haría el tranviario? ¿Y si tampoco saludaba? Al día siguiente, durante el desayuno, sus hermanas se mostraron escépticas y algo lapidarias con Mercede. Si el candidato no había sucumbido ni a la sensualidad de Lara ni a la elegancia de Zaira ¿Qué podía esperar ella, tan apocada y tímida?

Llegada la tarde, a Mercede le temblaban las piernas. Parada frente a su magro guardarropas no sabía qué ponerse ni cómo maquillarse y se lamentó de no seguir el ejemplo de sus hermanas, expertas en trapos, cremas y accesorios al tono. Cuando la hora se aproximaba tomó la decisión de vestirse bien pero sencillamente, se maquillaría y se peinaría sin excesos. Salió de la pieza con el tiempo justo para presentarse al balcón ante la mirada condescendiente de sus hermanas que ya estaban apostadas en la ventana de observación. Cuando el tranvía apareció en la calle rumbo al cambio, Mercede se tranquilizó y decidió mostrarse tal cual era, esto es, modesta y reservada. Avanzó hasta el frente del balcón, apoyó las dos manos en la baranda y volvió la vista hacia el tranvía que avanzaba lentamente. Al llegar frente al cambio Luigi detuvo la máquina, bajó barra en mano, alineó las vías, volvió despacio sobre sus pasos y se detuvo un instante frente al estribo. Mercede contuvo el aliento. El tranviario se volvió, levantó la vista hacia el balcón y sonrió, avanzó hasta el borde de la acera con la barra de cambio como si fuera una lanza de caballero medieval, se sacó la gorra y habló fuerte como para que todos lo escucharan.

— ¡Hola! Mi nombre es Luigi ¿Y el tuyo?

— ¡Mercede! — respondió ella emocionada, con un nudo en la garganta.

Luigi sonrió sin dejar de mirarla.

— ¡Mercede... Mañana sábado, a esta hora, te espero en la esquina! — se caló la gorra, subió al tranvía y arrancó despacio mirando al frente. Algunos pasajeros festejaron la frescura del tranviario.

Mercede quedó muda, sintiendo que el rubor le subía a las mejillas. Creyó escuchar gritos de alegría atrás de la celosía de la ventana. Estaba feliz. Corrió a abrazar a sus hermanas, solidarias pese a sus

decepciones con el candidato y se sentó a esperar a su madre, que debía llegar pronto del trabajo. Quería compartir con ella su alegría y pedirle el permiso para concurrir a la cita. Mercedes era muy formal en ese sentido.

Esa noche, volvieron a aparecer las dudas de cómo presentarse ante Luigi. ¿Le pediría a Zaira alguno de sus hermosos vestidos? ¿Le solicitaría a Lara que la aconseje para maquillarse? Sabía que en ese encuentro se jugaba al todo o nada y optó finalmente por repetir la táctica que aparentemente le había dado resultados: sin excesos. Llegada la hora, bajó lentamente las escaleras del edificio. Se había puesto un vestido rojo oscuro de corte simple, las mismas joyas que llevaba en la víspera y un par de zapatos negros de tacón alto pues Luigi parecía bastante alto. Aceptó la oferta de Zaira para ponerse uno de sus sombreros, un *bibi* de fieltro gris claro que le quedaba muy bien. Por aquellos años 20, los sombreros estaban a la moda tanto para las damas como para los caballeros. Mercedes siguió el consejo de sus hermanas y se vistió cuidadosamente, perdiendo tiempo, por lo que llegó un poco tarde a la cita. Luigi la estaba esperando impasible. Vestía un ambo cruzado, impecable camisa blanca y corbata a rayas. Al verla llegar, se sacó el sombrero, sonrió y le ofreció el brazo para que lo acompañara. Luigi era más delgado y más alto que lo esperado, tenía una nariz recta, una boca pequeña y ojos castaños de mirada penetrante. Cruzaron la calle y se sentaron en una confitería que quedaba a media cuadra hacia el centro -límite impuesto por la madre de Mercedes- que prudente, no quería que su hija se alejase mucho de casa.

Para sorpresa de Luigi, fue Mercedes quien rompió el hielo.

— ¿Por qué me elegiste? — le preguntó de sopetón, dejando a Luigi descolocado y serio.

— Tus hermanas son muy atractivas, pero tu forma de ser parece más sincera, más calma. Me gusta.

Mercedes agradeció con la mirada y al poco rato charlaban con confianza, guardando cada uno su estilo. Ella algo tímida y recatada, Luigi

serio y muy seguro de sí. Ella le contó que había nacido en Pola –en la cercana península de Istria- de padre de ascendencia checoslovaca y de madre italiana. Hacía diez años toda la familia se había instalado en Trieste, donde su padre abrió una pequeña tienda, ayudado por su madre. Luigi, por su parte, le contó sobre él, su familia y sus sueños de escritor y periodista, cosa que impresionó a Mercede. Quedaron en volver a verse el sábado de la semana entrante en el mismo lugar y a la misma hora. Poco tiempo después formalizaron una relación que resistiría los embates del tiempo y las duras condiciones que les impondría el destino. Ambos fumaban mucho, amaban el café negro y las largas caminatas por la *riva* triestina soñando con futuros mejores. Finalmente Mercede y Luigi se casaron a fines de 1919 en la iglesia San Vincenzo de Paoli y se fueron a vivir en un pequeño departamento del barrio de San Vito. Tenían el mundo por delante y muchos proyectos. Al despuntar el verano de 1920, Mercede le anuncia que estaba embarazada de quien sería más tarde mi padre. ¡Su hijo nacería italiano! ¡Qué más podía esperar de la vida!

El año 1921 se inicia con la desgraciada noticia de la muerte de Mario, el hermano menor de Luigi. Una patrulla de “defensores de la ley del orden” lo interceptó una noche y ante la negativa de identificarse lo mataron de un pistoletazo. ¿Accidente, venganza o simple brutalidad? Luigi quedó muy afectado por el hecho y a partir de allí fue más prudente en su vida pública. Su carácter se hizo más agrio y cerrado. Un mes más tarde, el 2 de febrero de 1921, nació mi padre y lo inscribieron en la parroquia de San Giacomo como Mario, en homenaje a su difunto tío, agregando Roberto Guido como segundos nombres. La alegría de la llegada de su primer hijo no hizo olvidar a Luigi que se avecinaban tiempos aún más difíciles para Italia y para la liberada Trieste. Antes de terminar el año, Mussolini fundó el Partido Nacional Fascista y se preparó para ocupar el poder. El terror fascista se instaló. Había poco trabajo y la economía tambaleaba, anunciando una gran crisis. Los cambios de trabajo y las posibilidades de avance dentro de las empresas empezaron a depender más de las lealtades

políticas que de los méritos laborales. Para sobrevivir decentemente Luigi debió aferrarse a su empleo y Mercedes comenzó a trabajar en el negocio del padre. Ambos eran decididos, pero por sobre todo, tozudos. En el verano de 1925 Mercedes anticipa que está nuevamente embarazada, esta vez de una nena, Renata, mi futura tía, que todos conocerán bajo el nombre de Nori y que nace en los primeros días de abril de 1926.

La vida continuaba. Luigi trabajaba y leía mucho en medio de un ambiente que hervía de conflictos y desesperanzas. Todo fue bien hasta noviembre, cuando Domenico muere sorpresivamente en brazos de Eleonora, y una sombra se abate sobre toda la familia. Mi bisabuelo dejó pocos haberes y muchas deudas, sumiendo a toda la familia en una situación complicada. Se terminaron las vacaciones en los hoteles de la costa adriática y Cortina d'Ampezzo, las idas al teatro, las confiterías de la Vía San Michele y la ropa de calidad. Mercedes y Luigi no recibieron más la pequeña pero constante ayuda que Eleonora les pasaba mensualmente con el consentimiento tácito de Domenico y se mudaron a un departamento más modesto en el barrio de Chiarbola. Para hacer más complicada la situación, a fines de enero de 1927 la Società Triestina Tramway despide a Luigi invocando razones de racionalización. La realidad era que, tanto él como otros compañeros sospechados de no ser fervientes fascistas debían dejar su lugar en la Società a aquellos que sí lo eran. Simple y fatal.

El clima económico y político se degradaba de más en más y la idea de buscar nuevos horizontes empezaba a hacer camino tanto para Luigi y Mercedes como para muchos otros italianos empantanaados en una situación sin salida. ¿Pero adónde ir? Algunos partían a los Estados Unidos, donde las condiciones de inmigración eran algo complicadas. Otros, principalmente agricultores y braceros del sur, hacia América Latina para trabajar en cosechas y faenas o como albañiles y carpinteros, ocupaciones que Luigi no pensaba -ni remotamente- ejercer. Como tranviario conocía algo de mecánica y electricidad, pero no lo suficiente como para trabajar en la industria. Por otro lado, y a

diferencia de la mayoría de sus compatriotas, contaba con una sólida formación clásica, hablaba -y escribía- muy bien el italiano y sus conocimientos de alemán y de eslavo lo colocaban por encima de la media. Era, además, orgulloso, seguro de sí y su presencia generaba respeto y consideración. En el restringido abanico de posibilidades que se le presentaban, quedaba la industria naval en donde, gracias a su difunto padre, tenía algunos contactos que podrían aconsejarlo y quizá ayudarlo con referencias concretas. Decidió probar entonces por ese lado y se presentó una mañana en la casa del ingeniero Montebianco, un ex colega y amigo de su difunto padre, que lo recibió con los brazos abiertos.

—¡Qué alegría verte Luigi! ¿Cómo anda tu madre?

—Bien. Aunque todavía un poco frágil. La muerte de *babbo* todavía le afecta mucho.

—Amí también me dolió mucho la muerte de tu padre. Domenico era un buen compañero de trabajo y un gran amigo— puntualizó Montebianco para ponerlo en confianza— ¿Qué te trae por aquí?

Luigi resumió rápidamente el porqué de su visita. Contó sobre su despido de la *Società* y la dificultad para reintegrar el mercado de trabajo, la llegada de un segundo hijo y sus disidencias con el fascismo. Quería alejarse de Italia, de Europa y de la crisis que todo el mundo veía venir. El amigo de su padre lo escuchó atentamente y le hizo algunas preguntas, principalmente sobre sus conocimientos, sus experiencias y sus expectativas. Luego de intercambiar algunas ideas y opiniones sobre la situación italiana, el ingeniero Montebianco le contó que el *Stabilimento Tecnico Triestino*, astillero donde él y su padre fueron colegas, estaba tratando de reposicionarse dentro de la industria naval italiana de posguerra. Le recordó que hasta unos años atrás, todas las industrias de Trieste, Gorizia y Fiume eran austrohúngaras y que durante la Guerra muchas de ellas habían sido duramente bombardeadas, principalmente por Italia, el enemigo de entonces. Montebianco le explicó que el proceso de “italianización” era complejo y propicio a la confrontación con algunos grupos financieros

e industriales del resto del país que buscaban apropiarse de lo que habían sido los astilleros navales más modernos del Mediterráneo. Quedaron que la semana siguiente Luigi iría a verlo a su oficina para hablar más sobre el asunto. Antes de despedirse, Montebianco le hizo una pregunta inesperada,

—¿Sabes hablar español, Luigi?

—No, Ingeniero. Pero puedo aprenderlo rápidamente, si fuera necesario — respondió confiado.

Montebianco sonrió y se saludaron con confianza. Luigi se fue rumiando sobre la sorpresiva pregunta. ¿español? Por cierto, que el dialecto triestino conservaba muchas expresiones españolas, resabios quizá del breve dominio de la casa de Aragón en el siglo XVI, pero ¿qué tiene que ver en todo esto?

Como lo había propuesto Montebianco, al cabo de una semana Luigi se presentó en la sede del Stabilimento Técnico Triestino al fin de la tarde “para poder charlar más cómodamente”. Se abrazaron y café por medio, Luigi volvió sobre la pregunta que el Ingeniero le había hecho sobre sus conocimientos de español.

—El español es el idioma que se habla en Argentina— explicó sonriendo Montebianco después de tomar de un trago su *ristretto*. Y agregó, ante la mirada atónita de Luigi, que la Argentina, un antiguo cliente del Stabilimento Técnico Triestino, estaba en pleno proceso de rearmamento naval, el cual incluía varios cruceros adjudicados ya a la genovesa OTO-Melara y tres submarinos en construcción en el astillero Franco Tosi de Taranto.

—¿Entonces? — intervino Luigi.

Montebianco se levantó de su sillón de cuero y aproximándose a la ventana levantó el dedo y señalando la lejana costa Dálmata explicó.

—Si Argentina compra submarinos, necesitará torpedos. Y los mejores torpedos del mundo se fabrican allí mismo, en Fiume, por Whitehead, la empresa que los inventó. La Argentina los utiliza desde hace más de cuarenta años y tengo entendido que está negociando la compra de una importante cantidad para equipar sus futuros

submarinos. En el caso de concretarse, la empresa necesitará seguramente alguien de confianza que pueda acompañar la entrega y el alistamiento del material, así como el mantenimiento de los nuevos torpedos comprados y en uso — aclaró, volviéndose bruscamente.

—¿Te interesa?

Luigi entre estupefacto y atónito no pudo menos que balbucear,

—Sí, Ingeniero, me interesa— pero, agregó —El problema es que yo no sé nada de torpedos y muy poco de español ...

— Seguramente tendrás algunos meses para saber todo sobre los nuevos torpedos Whitehead y decirlo en español. ¿Te animás, hijo de Domenico? — Luigi se paró, tocado en su orgullo y adoptando un aire solemne lo miró en los ojos.

—Sí, me animo, Ingeniero.

Montebianco fue entonces hasta su escritorio, tomó una de sus tarjetas personales, escribió atrás "Ing. Karl Hassenteufel - Stabilimento Whitehead, Fiume" - y se la dio a Luigi, que seguía parado como una estatua.

—El ingeniero Hassenteufel es el Director Técnico de la Whitehead desde hace más de veinte años y un gran amigo mío, que conoció también a tu padre. Irás a Fiume y lo verás de mi parte. Ya hablé con él y te espera. Sé discreto.

—Confíe en mí, Ingeniero— respondió Luigi dándole un fuerte apretón de manos como una forma de sellar un importante acuerdo.

— Lo voy a tener informado —agregó, despidiéndose.

El centro de Trieste estaba algo despoblado a esa hora y Luigi se alejó caminando lentamente con la cabeza llena de cosas, imágenes y situaciones de un futuro del que nada conocía. Ni la Argentina, ni su idioma, ni su Marina de Guerra, ni los tan mentados torpedos Whitehead. ¿En qué historia se estaba metiendo? Todo era muy claro y al mismo tiempo muy confuso. Todo era posible aún si parecía imposible. De pronto vio acercarse un tranvía que podía acercarlo a Chiarbola y le dieron ganas de estar cerca de Mercede, Mario y Renata.

Le hizo señas para que parase y el conductor, reconociendo a uno de sus colegas, paró el vehículo y lo dejó subir por la puerta de adelante.

— ¡Luigi! ¿Qué estás haciendo por acá a esta hora y tan elegante? ¿Vas a una fiesta? — dijo Tulio, un conductor que Luigi conocía por haber hecho algunos reemplazos en esa línea.

— No Tulio, ando buscando trabajo— respondió Luigi poniéndose serio — Me echaron de la *Società* hace un mes ¿No lo sabías?

— No, no lo sabía— respondió Tulio por lo bajo— En estos tiempos hay que tener mucho cuidado Luigi. Yo mismo estoy en la cuerda floja por algunos comentarios que hice ...

Ambos callaron y el *tram* siguió su recorrido. Luigi se quedó pensando sobre lo que Montebianco acababa de proponerle. Argentina ¿Por qué no? Al fin de cuentas, si el asunto era alejarse, Argentina estaba bien, pero bien lejos. Cuando llegó a su casa, Mercedes lo recibió ansiosa por saber el resultado del encuentro con el ex amigo de Domenico. Mario dormía. Para no despertarlo, fueron al balcón y en voz baja Luigi contó la charla que había tenido con Montebianco. Mercedes lo escuchó, hizo algunas preguntas, pero no dijo nada.

Luigi conocía muy bien la ciudad de Fiume -Rijeka, en croata- por haber pasado algunos veranos de su infancia. Situada a unos 90 kilómetros al este de Trieste, Fiume estaba anexada a la Italia fascista desde 1924 y abrigaba la fábrica de torpedos más renombrada de Europa, la cual, junto con los astilleros navales Ganz Danubius, había pasado a manos de la familia Orlando.

La tarjeta de Montebianco permitió que Luigi accediese al despacho del Director Técnico sin mucho protocolo. El ingeniero Hassenteufel era alto y vestía con sobriedad, como Luigi. Ambos también acostumbraban a ir al grano. Hassenteufel le confirmó a Luigi que la Argentina estaba interesada en contratar un técnico recomendado por la Whitehead para asesorarlos sobre el mantenimiento de sus productos, principalmente el nuevo W250x533,4/7,5 que la Empresa había desarrollado últimamente y que el país tenía intenciones de comprar para equipar sus nuevos submarinos. Agregó que el ingenie-

ro Montebianco, un amigo de hace mucho tiempo, había dado buenas referencias sobre su persona y sus competencias para ese cargo. ¿Qué le parece?

—¿Y cuáles serían las condiciones? — respondió Luigi, recordando que Hassenteufel no había hecho mención de su amistad con su difunto padre.

—Total reserva e informes periódicos sobre su trabajo y sobre toda información que pueda ser útil para mejorar el producto — puntualizó el Director Técnico.

Luigi se quedó un instante pensativo, intrigado sobre lo de “total reserva” que Hassenteufel acababa de mencionar. ¿En qué se estaba metiendo? pensó.

— ¿Hay algún secreto que guardar? — preguntó intrigado.

— Si, lo hay — dijo el ingeniero en tono pausado — Ciertos sistemas están en cajas blindadas a las cuales el cliente no tiene acceso ni permiso para abrir. Lo que implica que además de las tareas de asesoramiento, su misión consiste en velar que el contenido de esas cajas no sea conocido, no sólo por el personal de la Marina de Guerra argentina, sino también por otras empresas que podrían utilizarlo sin nuestro permiso. Solo usted tendría acceso a esas cajas. Creo que eso aclara su mandato.

Luigi asintió con la cabeza y se quedó pensativo.

—¿El Ingeniero Montebianco le aclaró que mis conocimientos de español y de torpedos son, por decirlo de alguna forma... limitados? —se confió Luigi.

—Si, lo sabemos. Y también sabemos que usted es muy capaz y muy responsable. Además, es el hijo de alguien que contó con mi amistad y mi respeto. ¿Acepta el desafío?

Luigi se paró algo emocionado. Lo miró fijo a Hassenteufer y sin dudar le respondió:

—Acepto. Espero estar a la altura del mandato. ¿Cómo se va a implementar?

—Se integrará a nuestro departamento técnico donde se interiorizará sobre nuestros productos, su alistamiento y su mantenimiento. Mientras tanto perfeccionará su español con alguien de su confianza, digamos, durante tres o cuatro meses. Viajará luego a la Argentina y se presentará a la Marina de Guerra como la persona que nosotros recomendamos para asesorarlos sobre el mantenimiento de nuestros productos. Ellos se han comprometido a contratarlo una vez llegado a Buenos Aires como personal técnico civil adscrito a la Dirección de Armamento. Nosotros pagaremos su viaje y le adjudicaremos una pequeña mensualidad para compensar sus comunicaciones con nosotros y los gastos que implique su mandato.

—¿Es usted casado? — preguntó Hassenteufer de sopetón.

—Sí. Tengo dos hijos, un varón de seis años y una niña de un año y medio... ¿Por qué Ingeniero?

—Porque no tenemos ninguna garantía que la Marina argentina lo contrate por tiempo indeterminado. Si los argentinos deciden no concretar la compra de nuestros nuevos productos –cosa que no creo que suceda- o de cambiar de tecnología a largo plazo, es posible que prescindan de sus servicios. Le aconsejo que viaje solo hasta que la compra se confirme. Cuento con nosotros para ayudarlo con el viaje de su familia o para repatriarlo, si es el caso.

—De acuerdo. ¿Y cuándo comenzaría, Ingeniero? — Preguntó Luigi tratando de no mostrar ansiedad.

—Venga a verme el lunes próximo por la mañana y arreglaremos todas las cuestiones.

Se separaron con un apretón de manos y Luigi tomó el primer tren hacia Trieste. Aprovechó el viaje para poner orden en su cabeza y llegado a su casa, le contó a Mercede la propuesta recibida. Mercede escuchó atentamente y poniéndole una mano en el brazo, preguntó:

— ¿Y qué vas a hacer, Luigi?

— En principio, di mi consentimiento, Mercede. Tendríamos uno o dos años de ingresos razonables y una excelente perspectiva para el futuro. Aquí la situación está muy difícil. Si la cosa no progresa, vuel-

vo y veo como recomenzar ¿Te parece que tenemos otra opción? — Mercedes levantó la vista hacia Mario, que estaba haciendo sus deberes y hacia Nori, que dormitaba en su cuna. Miró a Luigi en el fondo de los ojos.

—Voy a ayudarte Luigi. Tengo confianza en ti— Y le dio un beso que Luigi respondió con algo muy raro en él: cariño.

El lunes siguiente por la mañana, el Director Técnico de la Whitehead lo esperaba en su despacho acompañado por otra persona.

—Le presento al Sr. Horvat, Fulvio Horvat. Trabaja para nosotros desde hace muchos años y conoce todo lo relacionado a los torpedos que fabricamos — expuso Hassenteufer en tono grave — Él lo va a acompañar hasta el departamento de personal para terminar las formalidades y luego lo guiará para interiorizarlo sobre todo lo necesario para cumplir su misión. Espero un informe de ambos cada semana — y los despidió en la puerta del despacho.

Luigi y Fulvio se dirigieron hacia la Oficina de personal y en menos de quince minutos terminaron las formalidades contractuales. Cuando salían rumbo a la Oficina Técnica, Fulvio le dio a Luigi un sobre con una llave donde estaba escrita una dirección de Fiume.

—Es un pequeño departamento que tiene la Empresa para recibir visitantes ocasionales— puntualizó Fulvio— se te lo ofrece para que puedas pasar buena parte de la semana con nosotros.

—Muchas gracias Fulvio— Espero que todo salga bien. Y siguieron caminando rumbo a la Oficina Técnica, el corazón de la Whitehead.

Los meses siguientes fueron intensos. Luigi viajaba todos los domingos a Fiume y volvía los jueves por la noche a Trieste. Había encontrado un gallego del Ferrol que las vueltas de la vida lo habían hecho recalar en Trieste y que le daba algunas lecciones de español adaptado a las particularidades del Río de la Plata. Según él, lo había aprendido luego de unos años como camarero en los barcos de la Consulich, la naviera que unía Trieste con Buenos Aires. Pasaba el viernes con su maestro de español y el sábado con Mercedes y sus hijos. Mientras estaba en Fiume, aprendía todo sobre los torpedos de la Whitehead,

desde los primeros modelos, usados desde el siglo pasado en lanchas torpederas hasta los nuevos W250x533,4/7,5 más grandes, más mortíferos y que podían alcanzar blancos a 12 kilómetros de distancia a una velocidad de 26 nudos. Estudiaba los manuales de mantenimiento y operación, originalmente en alemán, serbocroata o italiano, visitaba regularmente el taller de montaje preguntando a diestra y siniestra sobre procedimientos, alternativas, materiales y tolerancias. Luigi era de rápida comprensión y ayudado por Fulvio, se convirtió rápidamente en un experto en el tema.

A mediados de 1927, llega de Buenos Aires por vía consular una carta-intención del gobierno argentino concretando un pedido para la provisión de cien torpedos W250x533,4/7,5 con una opción a cien más que serían entregados unos años más tarde. Solicitaba, además, precisiones sobre precios, fechas de entrega y demás condiciones, así como sobre el prometido viaje de un técnico de la Empresa para ser incorporado a la Armada. El contrato debería firmarse a principios del año entrante. El Director Técnico se lo mostró a Luigi en presencia de Fulvio.

—¿Estás pronto, Luigi? — éste notó que Hassenteufer lo tuteaba por primera vez.

Los miró a ambos y respondió.

—Sí, Ingeniero, estoy pronto.

Fulvio asentó con la cabeza.

— Vas a viajar a Buenos Aires este otoño. Llevarás una carta de presentación para la Marina de Guerra, una copia con lo esencial de nuestra propuesta y un adelanto para tus gastos inmediatos. Las comunicaciones las arreglaremos más tarde— Se levantó del sillón, le dio un fuerte abrazo —rarísimo en el croata— y mirándolo a los ojos, le dijo,

—Buena suerte, hijo de Domenico.

—Gracias, Ingeniero —respondió Luigi despidiéndose.

El pasaporte italiano de Luigi con visa consular para la Argentina, consta que embarcó en el vapor “Belvédère” de la Consulich Line rumbo a Buenos Aires el 27 de septiembre de 1927, declarando ser casado y *chauffeur* de profesión. Mercede, mi padre y mi tía Renata

-Nori- quedaron en Trieste esperando ser llamados por Luigi cuando las circunstancias lo permitiesen. Fue una dolorosa separación, que terminó con el reencuentro de todos en el puerto de Buenos Aires 14 meses después. El único que volvió a Trieste fue Mario, cuarenta años más tarde, en un viaje que hicimos junto a toda la familia.

GIGIO Y MARIE

Ensenada, 1925

La Argentina había cambiado desde que Gigio la dejó en vísperas de la Gran Guerra. Gracias al voto secreto y obligatorio, una derecha elitista había perdido las elecciones en manos de la Unión Cívica Radical, el partido “progresista” que contrastaba con el conservador Autonomista Nacional, el cual había monopolizado el poder durante casi cincuenta años. Desde 1922 gobernaba Marcelo T. de Alvear, mientras que Hipólito Yrigoyen, primer presidente electo bajo la bandera Radical, esperaba su turno para poder aspirar a otro mandato en 1928. Durante su primera presidencia se creó el Banco Central, el Banco Hipotecario Nacional, el Banco Nación y un ente estatal, Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), que asumió la exploración, la extracción y el destilado del petróleo. Argentina lideraba en América Latina las exportaciones de cereales, carnes y derivados. Eso sí, el país era más rico, pero tan desigual como antes y los conflictos entre patrones y obreros se acentuaban con su saldo de muertos, presos y deportados. La huelga de los Talleres Vasena (1919), las luchas contra los terratenientes de Santa Cruz (1920-1921), el conflicto con La Forestal (1921) y el pueblo Qom de Napalpí (1924) en el Chaco, fueron todos conflictos reprimidos a sangre y fuego por un gobierno que se jactaba de ser “popular y democrático”. Una dura realidad.

Gigio, Marie y Renata llegaron a la Argentina a mediados de junio de 1924. Viajaron en la tercera clase del Principessa Mafalda, buque insignia del Lloyd Italiano que hacía el trayecto entre Génova y Buenos Aires. Al llegar, se instalaron provisoriamente en casa de

Santin, en Berisso. Gigio no tardó mucho en conseguir un puesto de oficial carpintero en el corralón de materiales de construcción de Donato García en la ciudad vecina, Ensenada. Al poco tiempo y con el magro capital que traía de Italia, compró un terreno baldío sobre una calle de tierra -que por aquellos tiempos se llamaba Méjico- y construyó una precaria casa de madera y chapa que contó con dos piezas, una cocina-comedor y una letrina al fondo. Mínimo, pero funcional. Marie instaló su máquina de coser contra una ventana y reanudó su oficio de pantalonera, cosiendo y remendando ropa de trabajo para el vecindario y los compañeros de trabajo de Gigio. Años más tarde, al conjunto inicial se agregó una pequeña sala-comedor, un galpón para eventuales “changas” de Gigio, un gallinero y finalmente, maravilla de maravillas, un baño interno, con ducha y todas las comodidades.

Una de las particularidades de la administración argentina de aquellos tiempos era el cambio de los nombres y muchas veces de los apellidos de los recién llegados a sus costas, cuando estos no eran fáciles de escribir o en el caso de no poder adaptarlos fonéticamente al castellano. De esta forma, los *Luigi* o *Louis* cambiaban por Luis, *Mercede* por Mercedes, *Pietro* o *Pierre* o *Peter* por Pedro, *Joseph* o *Youssef* por José y así sucesivamente. En el caso de los apellidos todo era cuestión de poder adaptarlos a la fonética castellana, como aquellos de origen eslavo, donde *Abramovic* o *Antolovic*, devenían Abramovich y Antolovich. El asunto se dificultaba en el caso de apellidos impronunciabiles en castellano o cuando directamente ellos no existían. Esto sucedía con los inmigrantes provenientes de Oriente, de algunos países africanos o del antiguo Imperio Otomano. Allí se aplicaba la discreción e inventiva del funcionario de turno y si la cosa era muy complicada, los recién desembarcados eran rebautizados aleatoriamente sin más trámite. Un tendero de origen judío nacido en Siria, instalado al borde del Canal Oeste y que había emigrado a principios del siglo XX con un pasaporte del Imperio Otomano, fue conocido en Ensenada como “El Turco” Samuel Rosa, pese a no ser turco ni tener algo que ver con flor alguna. Gigio y Marie conservaron intactos

sus apellidos, pero debieron “castellanizar” sus nombres. A partir de su llegada a Ensenada, Gigio fue registrado como Luis y conocido en el vecindario como “Yiyo”. Marie, por su parte, fue María para todos menos para su compañero, quien siempre la guardó en su corazón de piedra como la regordeta campesina ligur que conoció en un tren rumbo a Spigno Monferrato.

Marie sufrió mucho el cambio de idioma, de clima, de régimen alimentario y hasta de las costumbres de su nuevo país. Excelente cocinera, no encontraba los ingredientes que coincidieran con su gusto ni el de Gigio. El aceite de oliva, carísimo; las verduras, raras; los quesos, sin variedad y los vinos, mediocres. En Argentina se comía mucha carne y poco pescado, mucho tubérculo y poco verde, mucho frito y pocas salsas. Todo estaba al revés en la cabeza de Marie. Una noche, cuando Gigio volvió de una de las agotadoras jornadas de trabajo se encontró a Marie llorando desconsoladamente. Solícito, Gigio besó a Renata y se le acercó.

— ¿Qué pasa Marie? ¿Por qué estás llorando?

— ¡Porque vivimos en un establo! — respondió Marie entre sollozos.

— ¿En un establo? ¿Cómo es eso? ¡Estamos viviendo en una casa y no un establo, Marie! — Gigio estaba entre sorprendido y enojado.

— ¡Sí, un establo! — insistió Marie — en Piamonte la gente vive en el primer piso y abajo, está el establo donde guardan las vacas. Esta casa no tiene primer piso, ¡entonces, es sólo un establo sin vacas... o algo así! ¿No?

Costó bastante convencerla de que en la Argentina las casas no necesitaban establos porque las vacas, que las había a montones, vivían pastando y durmiendo al aire libre y no necesitaban de establos.

Unos años después, el corralón de García obtuvo un fructuoso contrato para reparar corrales y galpones de una estancia ubicada en la provincia de Santa Cruz, a más de 2500 kilómetros de La Plata. Las condiciones eran interesantes e incluían doble salario para él y dos medio oficiales, así como el transporte, el alojamiento y las comidas hasta llegar a destino. El comitente aseguraría el resto y proveería la

mano de obra no calificada necesaria para llevar a cabo los trabajos en tiempo y forma. Gigio aceptó sin problemas, pero costó un poco conseguir dos colegas que lo acompañasen, dado lo arduo de las condiciones climáticas y laborales. La Patagonia era un lugar desértico, ventoso e inhóspito, con grandes propiedades dedicadas a la cría y esquila de ovejas y nada más. Finalmente, la cuadrilla se completó con “el portugués”, un solterón medio huraño pero buen carpintero y con Pancho, un recién llegado de Asturias que necesitaba imperiosamente juntar dinero para poder traer a su familia desde Gijón.

Partieron en tren hacia Bahía Blanca y allí se embarcaron con materiales y herramientas en un carguero que atracaba en todos los puertos del litoral patagónico repartiendo correo, carga general, pasajeros y ganado. Fue una travesía monótona y glacial que tenía de un lado la estepa y del otro el mar, dos inmensidades agrestes e interminables. Pasaron por Comodoro Rivadavia, San Julián, Puerto Santa Cruz y desembarcaron finalmente en Río Gallegos. Allí los esperaban dos enormes carretones - de esos destinados a llevar balas de lana recién esquilada- que después de cargar con todo el material traído desde La Plata, salieron con destino al sur del Lago Argentino, a unos 340 kilómetros por camino de ripio. Gigio y sus ayudantes pasaron la noche en el mejor hotel de la ciudad mientras esperaban al transporte que vendría a llevarlos al mismo destino en la mañana. Aprovecharon para dormir en tierra firme y festejar con una buena comida abundantemente rociada. Esa noche, mientras cenaban, se acercó el dueño del establecimiento -un galés- y se puso a conversar con los tres recién llegados que estaban de muy buen humor. El gringo quería saber quiénes eran y el porqué de su largo viaje.

—Venimos a reparar unos corrales y galpones de esquila por cuenta de una carpintería contratada por la estancia “La Anita”, al sur del Lago Argentino— explicó Pancho, que de los tres era el que mejor manejaba el español— Mañana nos vienen a buscar.

El galés se puso serio y les comentó que esa Estancia tenía muy mala fama por algunos acontecimientos que tuvieron lugar allí ha-

cía unos años. Les recomendó ser muy prudentes y no hacer muchas preguntas al respecto. Les deseó buena suerte y los dejó solos. Gigio no le dio mucha importancia a los comentarios del galés y siguió disfrutando del guiso de cordero que comía por primer vez en su vida.

A la mañana siguiente, apareció un *break* tirado por dos buenos percherones que los recogió junto con sus herramientas y partieron hacia Lago Argentino. Como iban a buen ritmo, a principios de la tarde alcanzaron a los carretones que avanzaban lentamente y tardarían dos días más para llegar a destino. Llegados al paraje El Calafate, en ese entonces un lugar donde se concentraban y se fletaban los cargamentos de la lana esquilada de la región rumbo a Río Gallegos, volvieron a pernoctar en la única posada del lugar y a cenar otro buen guiso de cordero. Al otro día por la mañana llegaron a la Estancia “La Anita” donde los esperaba el mayordomo para hacerles conocer el casco –un palacete en las estribaciones de la Cordillera-, ver los trabajos a realizar y ponerlos en contacto con el capataz que comandaría a los peones que los ayudarían en las tareas. Los alojaron en la casa reservada a la maestranza y cenaron con el resto de los peones otra vez guiso patagónico. Gigio empezó a desconfiar de la variedad del menú local. Varias cosas los sorprendieron del lugar que los recibía: un paisaje rudo, pero de una belleza indescriptible, el contraste entre las condiciones de vida de los ausentes patrones con las de sus peones y lo más extraño, la actitud esquivada y sumisa de estos últimos, tan distinta de la combatividad cuestionadora de sus hermanos capitalinos. Había algo raro detrás de todo eso que Gigio no alcanzaba a comprender.

Los trabajos comenzaron al día siguiente. El portugués y Pancho, junto con seis ayudantes, se dedicaron a la reparación de los corrales mientras que Gigio y el capataz, con una cuadrilla similar, empezaron con los galpones de esquila. Trabajaban de sol a sol – lo que en el verano de esas latitudes podía significar catorce horas- con una breve interrupción a mediodía para comer algo. El primer domingo después de la llegada, hubo un copioso asado –cordero, obviamente- y un

poco de descanso. Cuando la tarde languidecía, el portugués se acercó a Gigio, que se había apartado y miraba el paisaje que lo rodeaba.

—Yiyo, quiero que veas algo...— y haciendo un gesto con la mano, lo invitó a acompañarlo. Caminaron un buen trecho rodeando los galpones de esquila y alejándose del casco hasta encontrar un peñasco donde comenzaba un estrecho y ligero socavón orientado al norte. El portugués apretó el paso y Gigio lo siguió hasta que llegaron ante unas cruces descascaradas por el sol y el viento que parecían puestas al azar, como indicando que allí había muchos muertos.

—¿Y esto, portugués? dijo Gigio pensando para sus adentros en lo que les había dicho el propietario del hotel de Río Gallegos.

— El otro día, unos peones que trabajan con nosotros me invitaron a campear unos corderos que se habían escapado del corral. Fui con ellos y los encontramos aquí, pastando. Es un lugar tenebroso ¿No te parece Yiyo?

Todas las cruces tenían la misma fecha: 1921. Algunas con nombre y otras no. Una en particular, tenía un nombre ilegible seguido de la frase "... muerto por la *livertá*". Tal cual. Otras no tenían nada. Era un cementerio desordenado, una fosa común, una rústica necrópolis escondida en los confines de la Patagonia. Gigio apretó los labios y el recuerdo de una guerra con otras cruces y otros muertos lo fue a buscar muy adentro.

— ¿Qué hacen acá? ¡Ustedes no están autorizados a salir del casco! — sonó la voz del Capataz desde el borde del socavón. Ambos se volvieron lentamente y fueron a su encuentro, Gigio al frente, muy serio, seguido del portugués, asustado. El italiano se aproximó con la cara que sus subordinados del 52º de infantería más temían: la boca como un tajo y unos ojos grises que perforaban. Estaba furioso y en lugar de excusarse, lo encaró.

— ¿Qué pasó acá? ¿Por qué esas cruces?— dijo con un tono que no admitía otra respuesta que una buena explicación. El Capataz lo midió y vio que estaba frente a alguien muy diferente a los sumisos peones de su Estancia. Comprendió que ese carpintero jodón y labo-

rioso escondía a alguien que había enfrentado la muerte muchas veces y que no le temía. Se aflojó y bajó la vista.

—Hace algunos años, en Santa Cruz, hubo una huelga de peones que pedían mejores condiciones de trabajo y un aumento de salarios. Como los propietarios se negaron a aceptar los reclamos, los sindicatos presionaron con ocupaciones y, según se dijo por ahí, con robos y agresiones. “La Anita” fue ocupada por un centenar de obreros que tomaron a los dueños de la estancia y a un comisario de policía como rehenes y maltrataron a varios empleados, entre ellos al Mayordomo y a mí mismo — barbotó el capataz, haciendo una pausa.

—¿Y las tumbas? ¿Qué tienen que ver con todo eso? Inquirió Gigio con un gesto torvo. El Capataz volteó la vista hacia el casco de la Estancia y prosiguió.

— Los estancieros prometieron mejoras y se levantó el paro. Pero las mejoras, además de tardías, no fueron suficientes y casi un año después recomenzaron la huelga y las presiones. La estancia fue ocupada otra vez por un grupo de anarquistas y bandoleros. Entonces intervino el Ejército y enfrentó la cosa a su manera, esto es, fusilando a los huelguistas y enterrándolos como animales. Las cruces aparecieron dos años después y nadie sabe —o no se quiere saber— quiénes las pusieron...

Se hizo un silencio pesado. El sol se escondía lentamente detrás de los Andes y un viento frío empezó a bajar de los cerros. El capataz seguía mirando al suelo.

— Les pido que no hablen de esto con nadie. Ya no se puede hacer nada por ellos... ni por nosotros— dijo señalando las cruces. Dio media vuelta y se alejó hacia el casco de la Estancia. El portugués y Gigio lo siguieron con la mirada hasta que desapareció entre los mallines.

Nunca más se habló del asunto. Sin saberlo, habían ido a parar a uno de los escenarios donde seis años antes el Ejército Argentino había fusilado sin piedad a cientos de obreros que reivindicaban condiciones de trabajo más humanas y justas. Terminado el contrato, Gigio volvió a Ensenada con una buena paga y la macabra visión de unas

toscas cruces sobre las tumbas de aquellas víctimas de la injusticia y del odio de clase. Comprobó que, como en la Europa que había dejado atrás, los conflictos entre explotadores y explotados también se saldaban con la sangre de los sometidos.

Algo comenzó a ir mal en la pareja. Gigio soñaba con más hijos y Marie no podía dárselos. Los intentos se estrellaron ante un problema uterino que Marie arrastraba desde el nacimiento de Renata, que le impedía quedar embarazada. Para el menor de una familia piamontesa con trece hermanos la situación fue desoladora y difícil de aceptar. La relación entre ambos se deterioró mucho y la vida en común se hizo difícil. Gigio parecía estar siempre con la cabeza en otro lado y buscaba toda oportunidad para no encerrarse en sus pensamientos. Trabajaba como un energúmeno de lunes a sábado, cobraba su salario y volvía siempre tarde –o muy tarde- con algunas –o muchas- copas de más. Años más tarde, mi madre me contó que algunos domingos por la mañana debió acompañar a la suya a buscarlo por los suburbios del puerto y traerlo a casa, sucio y con la resaca de una triste borrachera. Lo peor era que Gigio entraba a la casa enceguecido y ante el reproche o la desesperación de Marie, volcaba la mesa que lo esperaba servida y nadie más almorzaba. Marie y mi madre quizás perdonaron esos arranques de violencia, pero no los olvidaron jamás.

Con el tiempo, Gigio atemperó sus frustraciones y dejó de deambular por bares y piringundines. Sus salidas se restringieron a algunas reuniones con *paesani* socialistas en la Isla Paulino donde entonaban viejas canciones al son de algún acordeón “verdulero” y se atiborraban de vino barato. Tomó la costumbre de invitar a algunos de ellos a comer la *bagnacauda* piamontesa cuando Marie conseguía pencas de cardo y anchoas en salmuera. Se instalaban a la sombra del tinglado de chapa de la casa rodeando una cazuela de barro instalada sobre un brasero y pasaban el almuerzo contando anécdotas y degustando un buen Nebbiolo o un Gamba di Pernice aportado por algún convidado. Reemplazó su añorado *salame di fassona* –imposible de encontrar por esos pagos- por una *sopressata* calabresa que vendía un carnicero lo-

cal. “Cuando se vive bajo otros cielos hay que conformarse con lo que hay”, solía decir.

El retorno era imposible y las relaciones con aquellos que habían quedado en la lejana Italia eran esporádicas y limitadas a unas pocas cartas que cruzaban el Atlántico. Marie, que no tenía hermanos, se carteó con su tía nodriza hasta que un día ésta dejó de responder, nadie sabe por qué. Gigio, por su parte, había bajado la cortina a su familia y no se veía ni siquiera con Santino y Giuanin, sus hermanos mayores que vivían en la localidad vecina, Berisso. Al parecer, hubo algo relacionado con deudas impagas que los separaron para siempre. Típico de piemonteses.

Cierta vez, sorpresivamente, llegó una carta de Pantaleone dirigida a Gigio. En un tono conceptuoso, el firmante pintaba el triste panorama económico que se vivía en Italia, en su Cortemilia natal y en el Albergo del Teatro en particular. Luego de algunas alabanzas a la opulencia económica que él suponía que se disfrutaba en América, su hermano le pedía 300 pesos prestados para poder sobrellevar la crisis que sufría, con la promesa de devolverlos durante el año entrante. Como era mucho dinero y a guisa de intereses, Pantaleón le ofrecía enviarle –previa recepción del giro, obviamente– una bolsa de *truffe bianche d’Alba*, los famosos hongos de Cuneo que, según él, eran el manjar más codiciado de Italia. Gigio no podía creer el descaro de su tacaño hermano. Hervía de rabia y desprecio por quien se había comportado tan mezquinamente con su madre, con sus hermanas y con él mismo después de la muerte de su padre. Apretó los labios y le pidió a Marie que le traiga una copita de caña, algo para escribir y que se sentase a su lado. Mi madre, que tendría unos diez años por aquel entonces, estaba presente y recuerda el encabezamiento de la respuesta: “Estimado y puerco hermano: te puedes meter los hongos en el culo porque no te voy a mandar nada de plata...” seguido de algunas frases en piemontés que no logró entender. Firmó “Gigin”, apoyó fuerte el secante, escribió el sobre y le pidió a Marie ir al correo en su

nombre. Pidió otra medida de caña y se ensimismó mirando el ciruelo recién plantado en el jardín trasero. No se habló más del asunto.

Aparte de los programas que se escuchaban en una radio parecida a una maqueta de un Odeón renacentista, el único divertimento familiar era una que otra esporádica ida al cine local. Un acontecimiento social banal, donde se encontraban con otros vecinos y a lo sumo se corría el riesgo de ver un pastiche melodramático que hacía llorar a Marie, sorprender a la joven Renata y bufar a Gigio. Las funciones solían incluir, antes de la presentación de la película principal, un noticiario filmado que incluía eventos nacionales e internacionales de importancia. Allá por 1937, uno de los acontecimientos internacionales más relevantes era sin duda la Guerra Civil Española, la cual ocupaba la primera página de diarios y noticiarios de casi todo el país.

Contaba mi madre que una vez, ante la insistencia de Marie, Gigio había consentido en llevarlas al estreno de una comedia costumbrista nacional en un paquete cine de La Plata. Llegaron temprano, elegantes, emperifollados como para una fiesta y se instalaron en medio de una platea que pronto se llenó. Se apagaron las luces y, como preveía el programa, comenzó la proyección del noticioso. En cuanto empezaron a aparecer las imágenes del conflicto español, Gigio se puso muy molesto. La visión de trincheras y disparos lo sacaron de quicio y le hicieron recordar otras trincheras y otros disparos que lo habían convertido en un intratable "loco de la guerra". De pronto, no pudo más, se paró y comenzó a gritar fuera de sí:

— *¡Bella roba!* (¡Qué cosa hermosa!) ¡Eso es lo que les gusta, desgraciados! — Se armó un gran revuelo, se prendieron las luces y toda la familia fue invitada a dejar la sala. Desde entonces, las salidas al cine en familia se terminaron.

La única alegría de la casa era Renata. Dicharachera, excelente alumna, siempre de buen humor y llena de proyectos, fue el fusible que impidió muchos cortocircuitos entre Marie y Gigio. El comienzo también fue difícil para ella. A poco de llegar a la Argentina, desarrolló una mastoiditis que necesitó una operación de urgencia en el Hospi-

tal de Niños de La Plata y un postoperatorio no menos delicado. Finalmente, todo salió bien y a pesar que mi madre perdió la audición del oído izquierdo, nunca dejó de estar reconocida con la Institución, a tal punto que sesenta años después tejía y repartía conjuntos para bebés internados en ella. Pese a su sordera parcial, tenía un buen registro de contralto, lo que le permitió integrar el coro del Centro Gallego de la Plata muchos años más tarde.

En esa trampa sin salida que era una familia truncada, un pueblo chato y una educación reproductora de diferencias sociales, Renata trató de emanciparse e ir más allá del limitado horizonte que le imponía el destino. Por aquellos años, había pocas posibilidades para los hijos e hijas de obreros una vez terminada la escuela elemental. Sobre todo para las mujeres, cuyas opciones eran estudiar dactilografía, corte y confección de vestimentas, ser auxiliares profesionales, enfermeras, o el *sumum*, maestras. Si no, quedaba el trabajo doméstico o el empleo mal pago en algún comercio o manufactura local. Renata trató de escapar a ese destino y, terminada la escuela primaria, se inscribió en un curso de dactilografía de la Escuela Profesional de Mujeres de la ciudad de La Plata. Tenaz pero sin recursos, se ejercitaba en un falso teclado que le había regalado la Comisión Cooperadora de la Escuela, equipado con botones de madera provistos de resortes que imitaban el retorno de las teclas. No había dinero para una Underwood, ni siquiera usada. Estaba dispuesta a torcerle la mano al destino y no terminar como su madre, esclava al servicio de un marido autoritario. Terminó sus cursos con una medalla de honor y poco tiempo después, entró a trabajar como dactilógrafa en la administración del Frigorífico Armour, al otro lado del Puerto. Tenía un trabajo y un futuro propio, ahora le faltaba una familia.

LUIGI Y MERCEDE

Ensenada, 1927

Aprovechando la apertura del canal de acceso al Puerto La Plata construido en 1890, la Marina Argentina creó un Apostadero Naval y una Estación de Torpedos en la Isla Santiago, que ya en los años 20 contaba con un dique flotante comprado en Francia así como con talleres para reparaciones y alistamiento de torpederas. Al fondo del *dock*, la empresa estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) construyó más tarde una terminal para abastecer, con el petróleo enviado desde los yacimientos de Comodoro Rivadavia, una Destilería inaugurada en 1925 y que por muchos años fue una de las más grandes de América Latina. Las ciudades de Berisso y Ensenada estaban separadas por un puerto, pero unidas por una perspectiva común de desarrollo.

El martes 25 octubre de 1927, llegó Luigi a las orillas del Plata en el *liner* triestino "Belvédère", declarando ser "mecánico" y no *chauffeur* como atestaba su pasaporte. ¿Error de traducción? ¿Astucia de inmigrante? No se sabe. Su rápida salida de Trieste, dejando la familia sola, dejó muchos interrogantes entre amigos y allegados, aún si en aquellos tiempos era una práctica común entre los emigrantes el adelantarse para hacer pie y hacer venir el resto de la familia más tarde, cuando se dieran las condiciones. Luigi sabía que su situación era precaria y que todo podía bascular en cualquier momento. Nada era seguro, ni el trabajo en la Marina argentina, ni la compra de los torpedos de la Whitehead, ni la sobrevivencia en un país desconocido lejos del terruño natal. Hombre de pocas palabras y decisiones cortantes,

Luigi encaró la situación obligado por las circunstancias y se prometió no bajar los brazos.

Apenas desembarcado, se instaló en un pequeño hotel cerca del centro y pasó varios días recorriendo Buenos Aires, un poco para acostumbrarse a la que pensaba sería su nueva ciudad y otro poco para probar su incipiente español. Aprovechó para escribirle una larga carta a Mercede y contarle los pormenores del viaje, así como sus primeras impresiones sobre la capital del nuevo Dorado, poblada de palacetes, con un teatro a la altura de los mejores de Europa y orgullosa de poseer la primera línea de trenes subterráneos de América del Sur. Luigi venía de Trieste, otra ciudad-puerto renombrada por su cultura y desarrollo y Buenos Aires le caía como anillo al dedo. Se sentía como en su casa. La semana siguiente, se presentó en la embajada italiana para informar oficialmente su presencia en Buenos Aires y solicitarle al encargado de negocios que lo introdujera ante las autoridades competentes de la Marina Argentina. Dos días después, lo recibió en dependencias de la Armada el oficial a cargo de la Oficina de Armamentos. Luego de las presentaciones de rigor, el funcionario le informó que la dependencia del arma encargada del alistamiento y mantenimiento de torpedos y minas submarinas de la Armada era la Estación de Torpedos de La Plata, situada en la Isla Santiago y que ese era el destino que se le había previsto a él como asesor técnico de la Whitehead. Quedaron en volverse a encontrar cuando la Armada hubiese concluido las formalidades de su incorporación y entonces, el oficial argentino dio por terminado el encuentro. Luigi salió algo decepcionado de la entrevista puesto que se había hecho a la idea de vivir en una ciudad como Buenos Aires, moderna, elegante y dotada de todos los servicios; y ahora tenía que acomodarse a una ciudad de suburbio que sospechaba estar por debajo de sus expectativas. Para sacarse las dudas, al día siguiente decidió hacer un viaje exploratorio a la Ensenada de Barragán, acceso obligado a las instalaciones militares de la isla Santiago. Salió temprano de Constitución siguiendo el mismo trayecto que veinte años antes había hecho Gigio a pie, pero

en los mullidos asientos de cuero de primera clase del Ferrocarril Sud. Bajó del tren en la estación Dock Central desconfiando del paisaje y cuanto más se adentraba en el poblado más se decepcionaba. Lo que rodeaba al puerto eran en su mayoría conventillos, algunas oficinas de agentes navieros, comederos y obviamente, burdeles y bares. La ciudad propiamente dicha comenzaba al otro lado de un canal aliviador que corría paralelo al oeste del puerto. Era una antigua población de calles empedradas con cantos rodados –otrora usados como lastre en las bodegas de los barcos que llegaban al Plata para completar sus cargas-, casas bajas, algunos negocios y una línea de tranvías que se adentraba en la calle principal hasta una plaza donde estaba lo que parecía ser la única iglesia del pueblo, la municipalidad y una escuela elemental. Y nada más. Ensenada estaba lejos de tener el *charme* cosmopolita de Buenos Aires, ciudad donde días antes había desembarcado y donde Luigi se ilusionaba vivir. Imposibilitado de volver atrás y tratando de sacar partido de la situación, pasó la tarde buscando donde ir a recalar en ese suburbio mal entrazado que estaba muy lejos de satisfacerlo como destino. Al fin de la tarde volvió a Buenos Aires, se vistió con sus mejores galas, cenó en un buen restorán y se metió en el primer cabaret que encontró cerca del centro. Necesitaba alquilar un poco de falsa alegría para remontar el ánimo.

Al día siguiente, redactó un sintético informe que envió a Hassen-teufer por intermedio de la Agencia de Navegación José Grandi & Cia., representante local de la Consulich Line de Trieste. Relató su llegada a Buenos Aires, su contacto con la embajada y la conversación con el oficial de la Marina sobre su contratación y lugar de servicio. Ni una palabra sobre Ensenada.

El 17 de noviembre de 1927, apenas 24 días después de haber desembarcado en el país, Luigi ingresó oficialmente a la Armada Argentina como personal técnico civil asignado a la Estación de Torpedos de La Plata y al Apostadero Río Santiago, que años más tarde constituiría la Base Naval de Río Santiago. Su rápido ingreso a una dependencia naval del Estado –raro en el común de inmigrantes recién llegados al

Plata- siempre resultó algo misterioso para muchos, que sospecharon oscuros contactos políticos o militares del recién llegado. Luigi nunca habló de eso ni del tipo de trabajo que realizó para la Marina. Cierta vez, siendo muy chico, escuché una conversación en la que se decía que mi abuelo trabajaba en la Base Naval como “calderero”, cosa que resultó algo incongruente con su apariencia personal –manos y vestimenta siempre impecables, por ejemplo- así como una aversión a los trabajos manuales y una inclinación a actividades intelectuales y sociales. Además, en su casa no había herramientas ni se hacían trabajos de mantenimiento. Una credencial de la Base Naval de Río Santiago, emitida posiblemente a principios de los años 50, cuando ya lucía un fino bigote y entradas entrecanas, lo identificaba como “Of. 8º Cond. Aux. O. y T.” trabajando para los Talleres Generales. Calderero no parece. ¿Qué era?

Con el nombramiento en mano, Luigi viajó a Río Santiago. Como en la oportunidad anterior, tomó el tren en la estación Constitución y siguió hasta la terminal de Río Santiago, un pequeño andén cubierto que comunicaba con el muelle de embarque al Apostadero Naval donde operaba la Estación de Torpedos. A media mañana se entrevistó con su comandante, quien lo recibió cordialmente y le hizo conocer las instalaciones donde la Marina planeaba construir próximamente un astillero para embarcaciones menores, además de nuevos talleres. Allí pudo ver los torpedos de la Whitehead en uso en la Armada, informarse sobre los problemas de mantenimiento que tenían y lo que se esperaba de los nuevos modelos. Lo estaban testeando para ver qué clase de técnico les enviaba Italia para asesorarlos y, aparentemente, todo fue bien. Una semana más tarde se instaló provisoriamente en el Hotel de Las Naciones de la calle La Merced -el único que a su juicio merecía el nombre del tal- decidido a poner pie en su nuevo destino. Viajaba muy seguido a Buenos Aires, donde aprovechaba para enviar informes a Hassenteufer y sobre todo, para ir al teatro –su pasión-, cenar en buenos restaurantes y vivaquear en los elegantes cafés, aquellos de los que carecían en Ensenada y La Plata.

Terminada la Gran Guerra, resurgieron tensiones por cuestiones territoriales y limítrofes en toda Sudamérica y se generó una carrera armamentista donde americanos, ingleses y europeos hicieron pingües ganancias a costa de la dependencia tecnológica tercermundista y de las componendas de las corruptas clases dirigentes. Brasil, Chile y Argentina lanzaron planes de rearmamento y de adecuación de sus instalaciones navales consecuentes con las nuevas hipótesis de conflicto. En 1926, la Marina Argentina inició la construcción de una Base de Submarinos en Mar del Plata, donde serían apostados tres submarinos que estaban siendo construidos en Taranto. Las obras avanzaban a buen ritmo y en febrero de 1928 se inauguró el muro de ataque y la mayoría de las obras civiles adyacentes. Sin embargo, a mediados de abril se supo que las construcciones de los submarinos y otros buques de guerra que se hacían fuera del país, así como la compra de torpedos y armamento habían comenzado a retrasarse – oficialmente – “por problemas técnicos”. En realidad, el asunto era otro: 1928 era un año electoral e Yrigoyen buscaba mejorar su imagen de administrador en vista a su reelección, mostrando una relativa prudencia financiera. En La Plata reinaba la desolación, no sólo por el desenlace de la operación sino también por el futuro de la Estación misma. Para Luigi, la reunión con su familia dependía de su seguridad laboral, y ésta, de la demorada compra de torpedos a la Whitehead. Sabía que algunos días después de su partida de Trieste, Mercedes había solicitado su pasaporte – que incluía a sus hijos – y esperaba ansiosa el llamado para concretar el viaje. Toda la familia sufría mucho la separación.

El 12 de octubre de 1928, Hipólito Yrigoyen reasumió como Presidente de la Nación y los proyectos de rearmamento retomaron su ritmo. Argentina finalmente concretó la compra de los 100 torpedos previstos con la Whitehead, los cuales deberían comenzar a llegar a La Plata a partir de mediados de 1929. El contrato preveía, además, la provisión de una centena de unidades más a ser confirmada en 1936, con envíos programados entre 1937 y 1938. Asegurado su porvenir

en la Marina Argentina, Luigi gestiona entonces el reencuentro con su familia, el que se concreta el 3 de enero de 1929 con la llegada de Mercedes, Mario y Nori en el mismo “Belvédère” de la Consulich que lo había traído desde Trieste. A diferencia de la mayoría de los inmigrantes que sólo podían permitirse pasajes en tercera clase, toda la familia viajó en segunda clase, lo que marcaba una particular diferencia. Habían pasado catorce meses de separación y para entonces Mario había cumplido ocho años y Nori tres. Para recibirlos, Luigi alquiló y amuebló una casa en la antigua calle Méjico, casualmente a escasos cincuenta metros y en la misma vereda donde se habían instalado Gigio, María y Renata dos años antes. La casa, aunque de chapa, estaba recién construida y tenía una carpintería de muy buena factura que la distinguía de otras construcciones del barrio. Poseía una sólida puerta de madera maciza, un zaguán de entrada que bordeaba los dormitorios y un salón-comedor con *vitraux* que lo iluminaban desde el frente y desde el fondo. Como era común en aquellos tiempos, los sanitarios –lavatorio, ducha y retrete- estaban al exterior del cuerpo principal.

La llegada de la familia fue traumática y su integración difícil, tanto para Mercedes como para Mario y en menor grado para Nori, la más chica. Estos inmigrantes eran, simplemente, diferentes. Vestían bien, disponían de más dinero y dejaban ver que estaban habituados a vivir en una ciudad cosmopolita y moderna como lo era el Trieste de los años veinte. Luigi vestía siempre trajes de buen corte, camisas blancas de *poplin* inglés y corbatas a rayas. Usaba un reloj pulsera de marca y tenía unos raros gemelos de oro extensibles, que terminé heredando en mi adolescencia. Un *dandy*. Nunca usó alpargatas, como Gigio y tantos otros obreros de a pie. Mercedes, por su parte, usaba polleras algo más cortas que las usuales y –horror de horrores- fumaba en público cigarrillos rubios. Cuando Mario comenzó su primer día de escuela vestido con un impecable guardapolvo blanco, moño azul a pintitas blancas y un portafolios de cuero marrón, sus compañeros lo tomaron para el churrete y lo hicieron pasar bastante vergüenza, cargándolo, además, por su torpe español que no daba pie con bola. Rápidamente, se ins-

taló un halo de misterio alrededor de una familia que no tenía amigos, ni *paesani*, ni se integraba a la vida del barrio. Luigi, habitualmente reservado, se hizo más agrio, ausente y evasivo respecto de su trabajo y de sus relaciones. A diferencia de muchos hogares de inmigrantes donde se trataba de conservar el idioma natal como lengua de entre-casa, Luigi impuso el español como lengua de comunicación y en su casa nunca más se habló el italiano.

— Italia se terminó — les dijo en un arranque de triste sinceramiento — Ahora somos argentinos y vamos a hablar y vivir como argentinos. En esta casa no se habla más el italiano. Y la directiva se cumplió a rajatabla. Salvo Mercede, al poco tiempo todos hablaban y escribían bien en español.

Pese a vivir a pocos metros de distancia Luigi y Gigio, así como sus respectivas familias, no se trataron nunca. Los unía la cercanía, los orígenes y la lengua, pero lo que aparentemente debía acercarlos, los separaban aún más. Los dialectos que hablaban, las costumbres, la alimentación y los niveles sociales y de escolaridad eran diferentes. Los triestinos hablaban un dialecto cargado de locuciones eslavas, alemanas y hasta españolas, mientras que los piemonteses hablaban un italiano fuertemente influenciado por el francés provenzal. Los primeros venían de una ciudad moderna y pluralista, los segundos de una campaña atrasada y feudal. Luigi era un buen jugador de *bridge*, mientras que Gigio nunca superó la *scopa*.

Luigi llegó a tener un auto, cosa rara para quien se decía ser un simple obrero calificado. Un sábado apareció al comando de un Ford 1928, de esos con capota de lona y asientos de cuero e invitó a la familia a dar un paseo. Mercede –desconfiada, como siempre- decidió no aceptar la invitación y se quedó en la casa con Nori, mientras que Mario embarcó contentísimo como acompañante. Salieron de Ensenada por la calle Colombia y tomaron el camino Rivadavia –al que también llamaban camino Blanco por su recubrimiento de conchillas fósiles- y tomaron rumbo a La Plata. A medio camino alcanzaron un *sulky* que trotaba en la misma dirección al ritmo de un viejo alazán.

El Ford se le acercó, pidiendo paso con su gutural bocina y el *sulky*, al sentir los bocinazos, se corrió un poco hacia su derecha dejando libre el paso por la mano contraria. Luigi, en vez de pasarlo como era lo esperado, se acercó aún más al carruaje haciendo sonar la bocina. El carrero se volteó con cara de sorprendido y viendo el auto tan cerca, se corrió aún más a la derecha, una rueda en la banquina. Luigi protestó.

—¡Ese estúpido no me da paso! — y volvió a tocar bocina. Mario, que veía la maniobra con ojo crítico, le hizo notar que el *sulky* se había corrido bien a su derecha y que podía pasarlo ya que no venía nadie de frente. El comentario enfureció a Luigi.

—¡No, Mario! ¡Él tiene que correrse a la izquierda para dejarme pasar a mí, que tengo prioridad de paso! — gritó Luigi continuando a tocar bocina con insistencia. El conductor del *sulky*, no se sabe si por miedo o por sospechar que estaba tratando con un loco o con un acomodado personaje, bajó a la banquina y dejó que el Ford pase sin desviarse del camino. Mario, por su parte, comprendió que su padre, además de tozudo, interpretaba el reglamento de tránsito bien a su manera. El paseo por La Plata fue una seguidilla de encontronazos y furias de Luigi que casi termina a las trompadas. Lo cierto que a partir de allí nadie quería subir al Ford de mi abuelo, que protestaba diciendo que en ese miserable poblado nadie sabía manejar y cosas por el estilo. Poco tiempo después lo vendió para tranquilidad de todos.

Luigi era un intelectual frustrado por las circunstancias, pero que nunca bajó bandera. Según me contó mi padre muchos años después, mi abuelo, fiel a sus inquietudes, había intentado también publicar en formato tabloide una revista literaria en español impresa por medios artesanales que se llamaría “Chispitas”. Para ello, se había puesto en contacto con un grupo platense de artistas marginales, agrupados bajo el pomposo nombre de Asociación Poética Efluvios, a quienes ofreció publicar sus obras en la futura revista, pero parece que su invitación no tuvo éxito. No quedaron trazas del intento.

El año 1930 trajo consigo grandes cambios. La crisis económica de los países centrales generó una recesión muy dura, con caídas de

los precios de materias primas y con pérdidas de empleos que afectaron enormemente a los países periféricos. Argentina no fue exceptuada. Para colmo de males, en septiembre un golpe militar derribó al gobierno de Yrigoyen interrumpiendo de esa forma una sucesión de presidentes constitucionales que había durado casi setenta años. Aunque los civiles volvieron al gobierno dos años después y lo conservaron hasta 1943, muchas cosas cambiaron y por mucho tiempo.

A principios de 1936, Mercede, que había nacido con el siglo, anuncia que está nuevamente grávida. Un embarazo tardío y riesgoso que llegó a término en septiembre de ese mismo año con el nacimiento de la que sería mi segunda tía. Inscripta como Bruna Laura, nadie sabe en honor a quien, todos la llamaron siempre Lalla. Pese a los contratiempos y sorpresas, todo marchaba en la familia. Mario había terminado la escuela elemental y Luigi, llevado quizá por la tradición familiar lo mandó a trabajar. Todavía adolescente entró como ayudante en un taller que reacondicionaba baterías de automóviles y concretó allí su primera experiencia laboral. Experiencia funesta al fin, que terminó con su único traje manchado con ácido y muy poca paga en el bolsillo. Finalmente, aprovechando que la Armada había creado un año antes una Escuela de Artesanos en los Talleres Generales del Arsenal Río Santiago, destinada a formar técnicos y obreros calificados en la construcción naval, Luigi sugirió –o quizás impuso– que Mario ingrese a ésta como aprendiz de dibujante técnico. Años más tarde egresaría con el título de Dibujante Naval.

Por su lado todo iba bien. Los informes a Trieste se hacían normalmente y el estipendio de la Whitehead llegaba regularmente. En lo institucional, los submarinos Tarantinos comenzaron a entrar en servicio y la Armada encargó, como previsto, otros cien torpedos para ser entregados entre 1937 y 1938. Dos años más tarde, en enero de 1938, el horizonte se nubló ante una inquietante noticia que Luigi recibió en una carta del Silurificio Whitehead di Fiume donde el Ing. Paolo Orlando, nuevo Director de la planta, le informa, después de agradecerle y felicitarlo por los buenos servicios prestados, que por

razones corporativas la Empresa iba a dar por terminada la relación entre ambos una vez que la Argentina haya recibido el último envío de los torpedos comprados en 1936. La carta finalizaba con los habituales deseos de éxito y prosperidad para él y su familia. De Hassen-teufer, ni noticias. Luigi aguantó resignado el golpe bajo y no respondió la carta, quemó todos los documentos que lo relacionaban con la Whitehead y nunca más habló del asunto. Confiado que la Marina no lo pondría en la calle –era ya un empleado muy considerado- su destino estaba definido. Lo que había empezado como una búsqueda de nuevos y seguros horizontes en un lejano país de Sudamérica se había convertido finalmente en exilio. Nunca más volvería a su patria.

A fines de 1938, Mario, flamante Dibujante Técnico, consigue conchabo en lo de los Hermanos Segura, una casa platense dedicada a la producción y copia de planos. Allí hace carrera y conoce a Alfredo, otro hijo de inmigrantes italianos que estudiaba para Maestro Mayor de Obras, con el cual inició una gran amistad que se prolongó durante años. Decidido, trabajador y aplicado, Mario contribuía a los gastos de la casa paterna y destinaba parte de su mengüe salario a pagar un curso de Técnico Naval por correspondencia en las Escuelas Internacionales. Esos estudios eran la única posibilidad que tenía de mejorar su formación y forjarse un futuro. Sus hermanas, como era usual en la época, vivían en un mundo aparte. Nori nunca trabajó ni estudió y sólo hizo un curso de Declamación en una academia local, que le permitió únicamente participar en alguna que otra actividad artística y animar reuniones sociales. Lalla siguió el mismo camino y terminada su escuela primaria se inscribió en el secundario de la Escuela Superior de Bellas Artes, pero abandonó al cabo de dos años. En abril de 1940, con 19 años recién cumplidos, Mario ingresa a trabajar como Técnico Naval en los Talleres Generales y como Maestro de Dibujo en la Escuela de Aprendices de lo que sería años más tarde el Astillero Río Santiago, todo por un salario de 56 centavos la hora. Ahora tenía una profesión, un empleo y el mundo por delante.

MARIO Y RENATA

Ensenada, 1939

Es más que evidente que Mario y Renata se vieron y se conocieron desde muy chicos, al menos de lejos. Crecieron en la misma cuadra, jugaron en el mismo barrio y fueron a la misma escuela. Mi madre contó una vez que siendo niños, entablaron por azar un cándido diálogo en la vereda que unía sus casas. La dicharachera Renata fue la primera en hablar.

—¡Hola! Me llamo Renata. ¿Y vos?

—Mario. Y tengo una hermana menor que se llama también Renata, como vos. Mi Mamá me dice siempre que me voy a casar con una Renata ... — agregó con algo de prudente picardía.

Parece que semejante lance tuvo sus frutos, ya que ambos terminaron por relacionarse. En el barrio decían que eran el uno para el otro, una pareja cantada. Pero, ¿cuándo y cómo intimaron? Probablemente haya sido cuando empezaron a salir de casa para ir a estudiar o trabajar. Mario, que en 1939 tenía 18 años, era dibujante en el estudio de Segura Hermanos, mientras Renata, que para la misma fecha rondaba los 15, todavía estudiaba dactilografía en la escuela Laura Mitre de Mendonça. Ambos establecimientos eran platenses y el tranvía era el único medio de transporte público que les permitía asistir cotidianamente a sus obligaciones. Es casi seguro entonces, que los primeros contactos ocurrieron en alguna de las paradas del tranvía 4, o tal vez, compartiendo un asiento en esos viajes que duraban cerca de media hora. Lo concreto es que, en una libreta de apuntes de Mario, cuando ya había dejado su empleo con los Segura, para trabajar para

la Marina como Técnico Naval y profesor de Dibujo Técnico, aparecen sugestivos poemas dedicados a una misteriosa mujer. ¿Renata quizás? Mi madre evocó cierta vez la existencia de otros pretendientes, como así los flirteos de Mario con otras niñas. Muy posible, sobre todo porque éste tenía una vida social activa que lo llevaba a ser parte de una “barra” de muchachos que tenían como punto de referencia el bar La Marina y el Náutico Ensenada, un modesto club de remo perdido en el fondo del arroyo Doña Flora. Renata, en cambio, no podía quebrar el cerco familiar que imponían las normas y costumbres de aquellos años y tenía poco trato con posibles pretendientes. Fuera de algunos bailes que se hacían durante los carnavales o en kermeses de asociaciones de barrio –las recordadas “sociedades de fomento”- pocos eran los eventos donde las niñas en edad de merecer podían relacionarse con muchachos de su franja etaria y esto siempre bajo la estricta vigilancia de madres, hermanos mayores o chaperonas comisionadas. Las niñas no salían solas si no era para ir a estudiar, hacer algunos mandados o visitar parientes. Si se concretaba un noviazgo formal, entonces ambos tórtolos podían tratarse en el zaguán o en la puerta de la casa de la pretendida, ir al cine –funciones de la tarde, obviamente- y hasta concurrir a algún balneario o club de la zona. Hora de regreso a casa: antes de las diez de la noche, salvo si se trataba de reuniones familiares.

Cuando la relación entre ambos fue imposible de ocultar, Mario tomó coraje y como establecían las “buenas costumbres” le pidió a Renata que arregle una visita formal a su casa para poder hablar con su padre sobre el asunto. Renata, que ya había puesto al tanto a la familia de sus intenciones, pidió –vía Marie- que lo recibiesen el sábado siguiente por la tarde, cosa que Gigio aceptó de buen grado. A la hora convenida, Mario, que ya lucía un fino bigotito, se presentó vestido con un impecable traje oscuro, camisa blanca, corbata a rayas, un flamante sombrero gris de ala ancha y sobretodo al tono. Luigi en pinta cuando era joven. Golpeó las manos en el portón de entrada –no había timbre- y esperó que Renata saliera a recibirlo. Marie, que espía

desde la ventana del dormitorio, vio como “la nena”, vestida para la ocasión con un corto vestido floreado y peinada “de alto” le zampaba un soberano besote y lo conducía confiada hacia el comedor diario, donde Gigio lo esperaba afeitado y luciendo una elegante camisa. Marie, que se había maquillado con un poco de polvo de arroz y sacado el delantal de cocina, estaba parada al costado del *pater familia* y miraba a Mario con picardía. Cuando lo invitaron a sentarse, Mario pidió permiso para fumar –en Méjico 497 nadie fumaba– y encendió un Particulares negro, de esos que olían a establo ardiendo. Aceptó con gusto el café que le ofrecieron y ambas mujeres hicieron mutis por el foro dejando a los dos hombres solos. Gigio, que hasta ese momento no había abierto la boca y que nunca andaba con vueltas, no dejó que Mario comenzase con su estudiado discurso y sin más trámite, habló.

—Mario, sé a qué viniste. Si querés a mi hija sólo para divertirte, andate y no vuelvas más. Pero si tus intenciones son serias, mi casa es la tuya ...

El pretendiente acusó el directo que le tiró Gigio, pero no se dejó impresionar. Tenía dos cartas ganadoras que eran el amor incondicional de Renata y la fama de ser un joven serio, estudioso y trabajador. Respondió con mucho aplomo.

—Don Yiyo: estoy enamorado de Renata y mis intenciones son las mejores. Pensamos formar un hogar y darles nietos. Téngalo por seguro— Había utilizado adrede el apelativo de “Don”, dándole a Gigio una muestra de respeto y consideración que no pasó desapercibida para el destinatario. Había retrucado con éxito y el dueño de casa le dio la derecha.

—¡Marie! ¡Traenos algo para brindar! Mario se queda. — agregó Gigio mientras se levantaba para darle la mano al candidato, que respiraba aliviado.

Marie y Renata aparecieron con una simpática bandejita alistada de antemano con dos copitas rebosantes de un líquido transparente donde flotaba una uva. Mario, como al descuido, inquirió a Renata

con la mirada sobre el contenido de las copitas y ella, con una sonrisa le aclaró,

—Es un licor que mi mamá prepara al fin del verano con uvas moscatel y alcohol fino. Estamos en junio y afuera hace mucho frío... pensamos que te gustaría probarlo— Mario, que era muy moderado con la bebida, pero no le hacía asco a nada que estuviese en botella – duendes incluidos- brindó con Gigio, apuró el trago y se comió la uva. Al menos no moriría infectado, pensó. Renata y Marie lo miraban con cariño. El noviazgo estaba oficializado.

Cuando Mario anunció que debía retirarse, el piemontés se despidió y se fue a la cocina a escuchar la radio, Renata propuso acompañarlo hasta la puerta y Marie, después de despedirse e invitar al candidato a almorzar el domingo, se fue a su puesto de observación atrás de la celosía del dormitorio donde pudo ver la efusiva despedida de su hija, apretón y besotes incluidos. No pudo impedir recordar con ternura su primer encuentro con Gigio en el patio del Albergo del Teatro, veinticinco años atrás. El noviazgo comenzó a buen tren y los dos enamorados empezaron a ir juntos a las funciones de la tarde del recién inaugurado cine Social y a compartir algunas escapadas al Club Náutico, donde Renata se unió a la barra de amigos de Mario. Allí conoció la tripulación de un “cuatro con timonel” que hacía roncha por aquellos años en las regatas que se corrían en la cancha de Río Santiago y donde Mario, flaco, fumador y poco deportista, hacía las veces de cronista para los medios locales. “El Indio” o “Dedo al hombro” (por una pequeña malformación en los pies) “Chorizo”, “Pata e’perro”, “Peluchería” y “El Petiso” eran los singulares apodos de aquellos amigos que ambos conservaron para siempre.

El mundo, por su parte, estaba en llamas. El 1° de septiembre Alemania había invadido Polonia, precipitando un conflicto en el que todos los países, directa o indirectamente, terminarían involucrados en los próximos seis años, con destrucciones inimaginables y más de 80 millones de civiles y combatientes muertos. Los primeros años de la guerra fueron desesperantes en el mundo y en Argentina. Parecía

imposible detener el avance de las tropas del Eje que conquistaban y sometían país tras país. Francia, Holanda, Bélgica, Noruega, el norte africano, los Balcanes, la URSS, China y casi todo el sudeste asiático caían bajo el peso de una ofensiva que parecía interminable. Hasta junio del 42, Alemania y sus aliados eran imparables. En Argentina, el 27 de ese mismo mes, murió el presidente Ortiz y se instaló un clima de inestabilidad institucional que la asunción del vicepresidente Ramón S. Castillo no pudo contener. Uno tras otro, los países latinoamericanos le declararon la guerra al Eje y solo la Argentina no tomó partido por los aliados. Todas las miradas se posaban en el Gobierno. ¿Hasta cuándo seguiría esa falsa neutralidad, que dividía al pueblo, a las fuerzas armadas y hasta la Iglesia? El Ejército –germanófilo ancestral- impaciente por impedir que Castillo bascule en el campo aliado, decidió no esperar el fin del mandato constitucional y el 4 de junio de 1943 lo derrocó, imponiendo al General Pedro Ramírez primero y tres meses después, al General Edelmiro Farrell como presidentes *de facto*. Un desconocido coronel, Juan Domingo Perón, hizo su primera entrada en la escena política argentina y tomó las riendas de la Secretaría de Trabajo y Previsión, cara asistencialista de un gobierno que pretendía “afianzar la organización y la unidad interna del país, prevenir la insurgencia comunista y trabajar para el bienestar general de la Patria y el Ejército”. Nada menos. Mientras tanto, la guerra cambió de signo y los Aliados empezaron a ganar terreno. La batalla por Stalingrado fue el fin del avance alemán en la URSS, los Aliados desembarcaron en una Italia en derrota y luego en la Francia ocupada, comenzando una ofensiva que terminaría en la orilla oriental del Danubio. En el Pacífico, los americanos desalojaron a los japoneses de Guam, Iwo Jima, Okinawa, bombardearon Tokio y borraron del mapa Hiroshima y Nagasaki con bombas atómicas. Finalmente, Alemania se rindió el 6 mayo, seguida de Japón, el 16 de agosto de 1945. Los Estados Unidos, la URSS, Inglaterra y Francia se repartieron un mundo en ruinas. La Argentina, por su parte, comenzó a tener dificultades para cobrar la

deuda acumulada por los Aliados por la provisión de alimentos durante el conflicto.

Entretanto, en noviembre de 1943, Mario fue reclutado por YPF como Técnico Naval y pasó a trabajar en la Gerencia de Navegación con sede en Buenos Aires donde se le abrieron buenas perspectivas profesionales y duplicó sus ingresos. El único inconveniente fue la necesidad de viajar todos los días a Capital Federal, pero Mario se acomodó bien a lo que para él, según confesó una vez, eran “pequeñas vacaciones cotidianas” que le permitían soñar a gusto mirando por la ventanilla del tren. La relación con Renata iba, por su parte, viento en popa. Todos los domingos era invitado de honor en casa de Gigio, donde ambas mujeres desplegaban todas sus habilidades culinarias para conquistar el corazón y el estómago del candidato. Cuando Renata tuvo una promoción en el frigorífico Armour, ambos comenzaron a urdir planes para casarse, formando un hogar que les permitiera independizarse y levantar vuelo. Proyecto que concretaron casi un año después, en febrero de 1945 en el Registro Civil y en la parroquia de Nuestra Señora de La Merced en íntimas ceremonias de las cuales no quedaron detalles, con la excepción de algunas fotos de circunstancia hechas en estudio Rodin de La Plata. Mario acababa de cumplir 24 años y Renata, que había renunciado un mes antes a su empleo en el Armour, 21. Parece que sólo hubo una íntima reunión celebratoria, posiblemente en casa de Gigio y Marie, de la cual no quedó constancia. Fueron de luna de miel a las sierras cordobesas y al volver se instalaron en Buenos Aires, alquilando un pequeño departamento en Federico Lacroze 3681, en el barrio de Chacarita.

En 1946 sucedieron dos eventos que influyeron en el país y en la pareja. El 24 de febrero, Juan D. Perón es elegido Presidente por un colegio electoral después de encabezar el escrutinio como candidato de una coalición de partidos liderada por el Partido Laborista. Unos días antes de asumir, el 23 de mayo, Perón disolvió la coalición que le permitió llegar al poder y fundó el Partido Peronista, creando así un movimiento político que lo sobreviviría por muchos años. Cipriano

Reyes, fundador del partido Laborista fue acusado más tarde de tram un atentado contra Perón y su compañera Evita, por lo que terminó preso y defenestrado para siempre. A partir de ese momento, el Peronismo consolidó un método de ejercicio del poder y de conducción política que pretendió superar los antagonismos de clase y emanciparse del despiadado imperialismo liderado por los EEUU. La Argentina, que había salido del conflicto mundial como acreedor neto, aprovechó la coyuntura para desarrollar un nacionalismo independiente, prosperar y distribuir mejor la renta. Se invirtió mucho en salud pública, educación, desarrollo industrial y transportes. Perón, que había prometido hacer como Mussolini, pero mejor, cumplió su promesa. Eso sí, ejerció un poder hegemónico, subordinando a su persona el Congreso, la Justicia y la mayoría de las Fuerzas Armadas. Aquella autocracia de inspiración neo-fascista que se instalaba en el país, sólo se democratizaría parcialmente con el inicio del siglo XXI.

El otro evento que interviene en la vida de la familia es mi nacimiento, acaecido en Buenos Aires el 16 de junio del mismo año. Fui anotado por mi padre en el Registro Civil una semana después como Carlos Alberto. Según él, lo de Carlos era por Marx, Gardel y Chaplin, sus tres héroes y lo de Alberto, por insistencia de mi madre, no se sabe bien porqué, ya que Carlos Alberto los había a montones. Fui bautizado seis meses más tarde en una particular ceremonia celebrada en la iglesia de Nuestra Señora de La Merced. Como mi abuela Mercedes madrugó a todo el mundo proponiéndose como madrina, correspondió al abuelo materno –Gigio- tener el rol de padrino, cosa que a éste, ateo recalcitrante, le causaba urticaria. La intervención de Renata convenció a su padre, quien consintió en participar a regañadientes en mi bautismo donde concurrieron todos, con excepción de Luigi que se las rebuscó para dar el faltazo. La ceremonia comenzó con la llegada del presbítero vestido para la ocasión con una pelliza blanca, una estola y un bonete de tres alas con pompón que dejó sobre una mesita cercana antes de comenzar el ritual. Cuando el oficiante y Mercedes conmigo en brazos avanzaron hacia la pila bautismal para

comenzar la ceremonia, Marie apartó la vista del trío y vio azorada a Gigio, que detrás del oficiante, se había encasquetado el bonete del clérigo y seguía el ritual con aire socarrón. Rauda, se le pone a la par y lo sermonea en voz baja.

— ¡Gigio! ¿No te da vergüenza, viejo ateo? — Gigio, se saca el bonete y levanta los hombros como para indicar *me ne frega un cazzo*. Aparentemente el presbítero oficiante no se dio –o no quiso– darse por enterado de lo que sucedía a sus espaldas y la ceremonia terminó en un intercambio de sonrisas y buenos deseos.

A partir de mi llegada, abuelos y abuelas alcanzaron el estatus de Don y Doña para el resto de la sociedad y el de *nonno* o *nonna* para mí. Gigio pasó a ser Don Yiyo y para mí, *nonno* Yiyo. Marie se convirtió en Doña María o *nonna* María según el caso y los abuelos paternos, pasaron a ser Don Luis o *nonno* Luis y Mercedes, Doña Mercedes o *nonna* Mercedes, por la misma causa. Aún si estaban unidos por la cercanía y la descendencia familiar, Don Yiyo y Doña María nunca se trataron con Don Luis y Doña Mercedes. Nunca se los vio juntos ni se supo que lo hayan estado, ni siquiera para las fiestas de fin de año.

Bien que contentos al principio por la independencia y la intimidad logradas con la mudanza a la Capital, ambos comenzaron a sentirse bastante solos en una ciudad donde no tenían amigos, ni parientes, ni conocidos. Mario añoraba su barra del Doña Flora y a Renata le pesaba mucho la lejanía de sus padres. Además, el departamento de Lacroze era por demás exiguo, al punto que no permitía siquiera recibir amigos o familiares. Como para Mario, la hora y media de viaje entre Ensenada y el centro de la Capital, no era un problema, la idea de volver a los pagos de juventud fue haciendo camino. Al fin de cuentas, pensaban, vivir en una casa algo más amplia y en proximidad de la familia y de amigos, les aseguraba también un entorno más acogedor para la crianza del suscrito y de futuros vástagos, si llegaban. Decisión tomada, a principios del 48 se mudaron a una pequeña casita que alquilaron en la esquina de la calle Rocha –hoy Dr. Sidotti- y Brasil. Allí

donde terminaba el pavimento y comenzaba un barrio de calles de barro, zanjas y sapos.

Marie, quien por problemas de vista había abandonado su oficio de pantalonera, empezó a dar pensión a dos colegas de Gigio y éste, que se había forjado una sólida reputación de afilador y reparador de sierras de corte, le agregó al galpón del fondo una pequeña fragua y un motor con dos piedras circulares con las cuales se puso a reparar y afilar las sierras de las carnicerías y carpinterías locales. Con algunos ahorros, Renata compró una máquina de coser Necchi con la que perfeccionó sus técnicas de bordado y se largó a confeccionar ropa de cama y mantelería de alto vuelo por encargo. Trabajó mucho para la casa Harrods de Buenos Aires.

La vuelta a Ensenada abrió nuevos horizontes a la joven pareja. Al año de volver, Renata descubrió un terreno baldío a dos cuadras de donde alquilaban y le brotó la idea de tener su propio *tetto*. Quería tener su casa, su lugar en el mundo, su soñado nido propio. Hizo algunas averiguaciones, tanteó el asunto con su padre y decidió encarar el tema después de la cena del viernes siguiente. Según su teoría, todos los hombres eran más fáciles de convencer cuando tenían el estómago lleno.

— Mario, tengo una noticia que darte— Comenzó Renata con una sonrisa cómplice, mientras Mario encendía un Particulares, lo que indicaba que había terminado de cenar.

— ¿Es una buena noticia? —respondió él con aire despreocupado, como tanteando el terreno.

— Buenísima querido. Encontré un terreno baldío a dos cuadras de aquí, en La Merced y Ecuador, donde podríamos construir la casa que soñamos... ¿Qué te parece la idea? — Mario pegó un respingo y se mostró sorprendido.

— ¿Construir una casa? ¿Por qué? ¿No te gusta esta que estamos alquilando?

— Sí, sí. Me gusta mucho, pero me parece que podríamos tener algo mejor, algo más grande, más lindo, con un dormitorio más, qué sé yo... algo nuestro, además.

— No sé. Mis padres y mis abuelos siempre alquilaron y vivieron bien... Además, no tenemos plata, querida mía. Ni crédito. Mi salario no da para más, por lo menos por el momento,

Renata, que no por nada era hija de piamonteses, reputados por su astucia emprendedora, había previsto el cuestionamiento de Mario y estaba bien preparada para defender su proyecto.

— Ya lo sé, Mario. Hablé con mi papá y me ofreció prestarme dinero para dar un anticipo para comprar el terreno y averigüé que el Banco Hipotecario Nacional tiene un programa específico para financiar con bajos intereses y largos plazos el acceso a una primera vivienda. Y si la cuestión es la falta de plata — agregó — puedo ayudar retomando mi antiguo empleo en el Armour y en el peor de los casos, bordar para afuera.

Mario se quedó rumiando por lo bajo, pero finalmente aceptó. Iban a construir una casa, de ellos y para ellos. Contaban con la ayuda de su amigo Alfredo, ya un experimentado Maestro Mayor de Obras, quien podía proyectar y dirigir la construcción ayudado por mi papá, buen dibujante y capaz de dar una mano en instalaciones y pintura. La semana entrante concretaron la compra del terreno y dos meses más tarde el Banco Hipotecario aprobó los planos y adelantó el dinero para comenzar la obra. Gigio tomó a su cargo la carpintería, donde puso todas sus competencias de artesano para trabajar el mejor cedro que podría conseguirle Pancho García. Raúl, quien acababa de convertirse en mi tío al casarse con Nori y que trabajaba como electricista en los Talleres Generales de la Base Naval, se abocó la instalación eléctrica y ayudó en los trabajos de plomería. Mario coordinó, pintó, instaló artefactos y Renata hizo e instaló las cortinas ayudada por Marie. Los tiempos se aceleraban. En junio de 1950 celebramos mi cumpleaños de cuatro años en la nueva casa, un chalé con techo de tejas rojas

y un porche con dos arcos de entrada “tipo *grotta*” como los describió el *tano* que hizo la albañilería. Todos agotados, pero contentos.

El comienzo de los trabajos en La Merced 600 coincidió con otra buena noticia: Renata estaba nuevamente embarazada y esperaba para fines de octubre la visita de la cigüeña que le traería una deseada niña para completar “la parejita”. Inmediatamente, mi madre pidió una revisión del proyecto para incluir en el mismo un tercer dormitorio –sólo se habían previsto dos- destinado a la futura integrante de la familia. Imposible, respondieron Mario y Alfredo, los planos estaban ya aprobados por el Banco y no se podían modificar, *so pena* de recomenzar todo el proceso desde cero. Para aplacar los ánimos, mi padre debió prometer que en la primera oportunidad se agrandaría la casa para incluir otra pieza y dio por terminado el asunto. Renata, por su parte, comenzó a preparar el ajuar rosa de su futura hija a la que llamarían Diana Celeste.

En mayo de 1950 desembarcó en Buenos Aires Sergio, hijo único de Emma, segunda hermana de Luigi, quien había hecho las gestiones para que éste lo acoja y lo guíe en la aventura de inmigrar. Tenía 28 años cumplidos, esto es, unos meses más joven que mi padre del cual era, obviamente, primo. Proveniente de una pequeña ciudad cercana a Arezzo, en Toscana, Sergio venía a probar suerte en el Nuevo Mundo, seguramente alentado por las buenas noticias que propagaba la Argentina emergente, dejando atrás una Italia donde no tenía cabida. Según los registros del CEMLA, declaró ser dibujante -lo que en Italia se entendía como técnico proyectista- oficio que le había posibilitado ingresar al arma de Artillería cuando debió incorporarse al Ejército italiano durante la Segunda Guerra Mundial. No queda claro dónde combatió, si en Albania y Grecia, como una vez lo dejó entrever en una reunión familiar o en la región de Fiume dadas las repetidas visitas que le hizo a su tía Lina en su casa de Trieste durante el conflicto, al comando de un camión-cisterna. Posiblemente haya estado en ambos frentes, dado el caos en el que se disolvieron las fuerzas italianas después del sorpresivo armisticio firmado por Italia

en septiembre de 1943. Faltos de instrucciones, algunos soldados desertaron y se fueron a sus casas, otros se rindieron a los Aliados y otros decidieron permanecer leales al Eje. ¿Qué camino tomó Sergio? No se sabe, aunque habría que descartar la desertión, puesto que fue beneficiado muchos años más tarde con una pensión de excombatiente.

Recién llegado, se instaló en casa del Luigi y empezó a estudiar español y a buscar trabajo, las dos ocupaciones básicas de todo inmigrante. Para la primera, comenzó por modular la lengua nativa imitando los locutores de Radio el Mundo y para la segunda, su primo y su tío se movilizaron buscando contactos en la diáspora italiana platense. Hablaba poco y evitaba tomar posición en la política argentina. Cierta vez mi padre, sabiendo que su primo leía y escuchaba todo lo que podía para aprender sobre la Argentina, le preguntó qué pensaba del peronismo y de la política argentina. Sergio se puso serio y haciendo una pausa le respondió,

— Esto ya lo viví en Italia como *ballila*, *avanguardista* y soldado. Y termina mal, Mario.

Sergio pasaba mucho tiempo en casa de Luigi. Demasiado a gusto del dueño de casa, pero muy poco a gusto de Lalla, que con 15 años estaba subyugada por el elegante y apuesto primo. Y lo que tenía que pasar, pasó. Una tarde de diciembre de 1951 Luigi llega del trabajo y encuentra a Mercedes y Lalla llorando. Sergio, parado detrás de ellas, fumaba muy nervioso.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué lloran? — inquirió mirando fijamente a Sergio, quien apagó el cigarrillo y bajó la vista como pidiendo permiso a ambas mujeres para responder.

— Querido tío— comenzó Sergio con aire preocupado pero seguro y sereno —Lalla y yo tenemos una relación desde hace algún tiempo y queremos casarnos. Yo la quiero mucho ...

— ¡Imposible! ¡Son primos! Lalla tiene 16 años y es menor! ¿No pueden esperar? — interrumpió Luigi, parado en medio de la sala comedor.

— El problema es que Lalla está embarazada... — terció Mercedes con un gesto de preocupación — Le aconsejé abortar, pero ella quiere tener ese hijo y criarlo con Sergio...

Luigi se puso lívido y dirigiéndose a Sergio, fulminó:

— ¡Te vas de mi casa ya mismo! ¡No quiero verte nunca más!

Sergio se puso serio y se retiró seguido por Lalla, que seguía llorando. Luigi se desplomó en un sillón y puso la cabeza entre las manos. Estaba confundido y muy enojado. Miró a Mercedes con aire inquieto.

— ¿Dónde está Nori? ¿Mario sabe algo?

— Nori fue a su casa para avisarle. Seguramente va a venir con él en cuanto llegue de Buenos Aires — Mercedes también estaba desconsolada y no sabía qué hacer ni qué decir. Luigi se fue a lavar y cambiar de ropa.

Mi padre y Nori llegaron una hora más tarde, cuando Sergio, después de haber juntado sus escasos petates, ya había partido de la casa con rumbo desconocido. Todos estaban preocupados. Mario invitó a su padre a charlar en el patio y pasaron un buen rato solos, fumando. Algo hablaron, seguramente sobre la forma de zanjar el problema. Finalmente, un juez de menores intervino en el asunto internando a Lalla en una institución de menores e instando las partes a contemporizar. Gracias a la intervención de mi padre, que actuó como mediador, mi abuelo terminó por entrar en razón, evitando el oprobio — que según él — se abatía sobre la familia y convino en autorizar la unión. Finalmente, Lalla y Sergio se casaron en los primeros días de 1952 en una ceremonia civil bastante particular. Luigi seguía enojado y sólo consintió la unión y testimoniar en el casamiento a condición de no tener que verles la cara a los novios ni al resto de la comitiva nupcial, lo que obligó al juez de turno a celebrar la ceremonia en dos salas separadas, duplicando discursos, recomendaciones y declaraciones con el consiguiente desplazamiento de actas y documentos. No hubo aplausos, ni fotos, ni lluvia de arroz. Terminada la ceremonia, todos hicieron *mutis por el foro* y salieron del Juzgado por puertas diferentes. El encono de Luigi persistía.

Los primeros meses fueron difíciles para la pareja. Recién casados, se instalaron en una pieza de una pensión platense mientras Sergio buscaba trabajo y Lalla improvisaba como futura mamá. Mi padre los ayudó con algunos pesos sin que Luigi lo supiera y Sergio vendió hasta el violín que había traído de Italia para poder sobrevivir. La reconciliación y la vuelta a Méjico 417 vino ocho meses después con el nacimiento de una niña a la cual registraron como Diana Celeste, para sorpresa de mi madre que creía que ese nombre estaba reservado para mi futura hermanita.

Un año más tarde, Luigi -que acababa de cumplir 25 años de servicios para la Armada- solicitó su retiro, alquiló una casa frente al Hospital San Juan de Dios de La Plata y se mudó con Mercede, dejando la casa de la calle Méjico a Sergio, Lalla y Diana. Poco tiempo después, Gigio también se jubiló y aprovechó su condición para hacer un saludable retiro el cual dedicó a afilar sierras, ver las aventuras del Cisco Kid en el flamante televisor que se compró con sus primeros ingresos como jubilado y disfrutar de los *cappellettis* de Marie algún que otro domingo. El único vicio chico que conservó hasta el fin de sus días fue la cotidiana copita de caña bebida de un trago a eso de las cuatro de la tarde.

La vida continuaba.

LUIS

Ensenada, 1950

Era cerca de medianoche del 7 de noviembre cuando la luz de mi cuarto se encendió. Mi padre entró agitado y en simultáneo me ordenó, sin rodeos:

— Vestite que nos vamos. La cigüeña está por llegar.

Me alcanzó la ropa que estaba sobre una silla y me senté en la cama, aturdido, con las piernas colgando. No entendía nada. Para acelerar el trámite, tomó la delantera y me puso la camisa mientras yo trataba de ponerme los pantalones cortos, bajándome de la enorme cama de bronce que había heredado de mi tía Lalla cuando nos mudamos. Casi me mato. Mi padre tenía cara de alguien preocupado y un fuerte olor a tabaco. En un tris, me encontré en un enorme auto negro cuyo ronroneo debió hacerme dormir nuevamente puesto que sólo recuerdo haberme despertado la mañana siguiente en casa de Luigi y Mercedes. Por la tarde, abuelas y tías me llevaron a conocer al bebé recién llegado a una clínica de Berisso. Subí con la caravana hasta una habitación del primer piso con una ventana y dos camas altas, una de ellas ocupada por mi mamá que tenía en brazos un bebé que mataba como desaforado. La escena me chocó. Cuando mi madre me vio, sonrió y me pidió que me acercara.

— Vení Carlitos, vení a ver lo que trajo la cigüeña — Me acerqué a darle un beso a ella y de paso ver al recién nacido, quien seguía mamando con los ojos cerrados, ajeno a todo el alboroto que lo rodeaba — fijate por la ventana para ver si la ves ... — agregó entre las risas del coro femenino.

Me acerqué a la ventana y sólo vi algunos techos de chapa de las casas que rodeaban la clínica y un tanque de agua en fibrocemento, pero de la mentada cigüeña, nada. Tuve la sensación que se burlaban de mi candidez y sin decir nada, salí de la pieza y me fui. Lalla me siguió, posiblemente mandatada por Mercedes para cuidar que no me vaya muy lejos. No recuerdo más de mi visita a quien -supe más tarde- no era la esperada hermanita sino un hermanito que sería inscrito como Luis Mario. Luis por ambos abuelos y Mario por nuestro común padre, evidentemente. En lo personal, empecé a tener la inquietante sensación de que mi posición dentro de la familia había cambiado sutil, pero radicalmente. Ya no era el centro de todas las atenciones y consideraciones de padres, abuelos y tías. El recién llegado me había destronado y mis caprichos y necesidades pasaron rápidamente a segundo plano. Empecé a tenerle bronca al zancudo pajarraco que se había equivocado de sexo.

Recuerdo poco de los primeros años de la vida de Luis. Surgen en mí algunas imágenes de él desparramando comida desde lo alto de una silla, o yo reponiéndole entre los labios un maltratado chupete para que pare de berrear. Vivíamos en un barrio relativamente modesto, a metros de un monte ribereño surcado de zanjas donde crecían en desorden las totoras y algunas flores silvestres. El monte era, además, el terreno de juego donde pasábamos horas haciendo erráticas expediciones de caza con hondas artesanales que ni siquiera inquietaban los escasos plumíferos que poblaban el bañado. Volvíamos a casa sucios y embarrados pero felices de haber transitado por aquellos -para nosotros ignotos- senderos de una selva impenetrable. Nuestros divertimientos eran simples y cándidos, como jugar a la bolita, cambiar figuritas de jugadores de fútbol o remontar pesados barriletes artesanales que terminaban arrollados en los cables eléctricos que bordeaban las calles. La televisión, como opción lúdica, llegaría más tarde.

Nuestros amigos más íntimos eran vecinos de la misma cuadra. Jorge, el mayor, tenía mi edad y su hermano, Pelusa, la edad de Luis.

Eran hijos de un suboficial de la Marina de ascendencia caboverdiana y de una madre hija de serbocroatas. Él, negro retinto y ella, rubia de ojos claros. Los hijos, aceituna subida. Nuestros padres se trataban amigablemente, ambos eran hinchas de Gimnasia y Esgrima La Plata, así como tangueros admiradores de Fresedo y Pugliese. Seguramente ellos nunca llegaron a saber que Mario era simpatizante del Partido Comunista y que el suboficial trabajaba en el Servicio de Informaciones Navales. O quizás sí, pero parece que eso no importaba.

Como mis abuelos no se visitaban, nosotros íbamos a verlos, pero por separado. Algunos domingos almorzábamos en casa de Gigio y Marie, pero raramente en la de Luigi y Mercedes, quienes preferían visitarnos todos los miércoles hasta que se fueron a vivir a La Plata. Llegaban puntualmente a las seis de la tarde, *nonna* Mercedes de negro y collar de perlas y *nonno* Luis de traje, camisa blanca y sempiterna corbata a rayas. Saludaban primero a Luis, el nuevo “regalón” de la familia, tomaban un café, me dejaban una revista de regalo y se volvían por donde habían venido.

Con cuatro años cumplidos, Luis comenzó a concurrir, a instancias de mi madre, a un jardín de infantes regentado por la Congregación de las Hermanas de María Auxiliadora, que por aquella época vestían todavía chador negro y sólo salían en grupo. Se adaptó bien. Era un chico obediente y siempre contento que no daba problemas.

En septiembre de 1955, la Marina de Guerra argentina -anglófoba y profundamente antiperonista- junto con sectores no peronistas del Ejército y de la Aeronáutica desataron un cruento golpe de estado con la intención de derrocar al gobierno constitucional y dar por terminada la experiencia peronista, definida por ellos como una “tiranía”. Ensenada fue uno de los escenarios bélicos de la revuelta y nosotros, testigos pasivos de la misma. Mario, que por ese entonces había sido transferido al Taller Naval de la Flota que YPF tenía en el puerto, apareció azorado en casa con la inquietante noticia que los radios de los buques de la Empresa habían captado: la Flota de Mar estaba llegando frente a La Plata y amenazaba con cañonear la Destilería y el puerto

de combustibles de YPF si Perón no renunciaba. Como nosotros estábamos en la línea de fuego de la anunciada catástrofe, mi padre propuso irnos a casa de Luigi y Mercedes en La Plata y sugirió que todo el resto de la familia se sumara a nuestro perentorio éxodo. Sergio, Lalla y Diana partieron inmediatamente mientras que Nori decidió quedarse junto a Raúl, su suegra y sus cuñados. De cualquier forma, no había mucho lugar en la casa de mis abuelos paternos. Rápidamente, mi madre se ocupó de juntar ropa y víveres para llevar, mientras que mi padre desconectaba la heladera y cerraba las entradas de agua y gas. Ambos estaban preocupados por la falta de noticias de Gigio y Marie, que debían acompañarnos en el éxodo. Al rato, se abrió la puerta trasera de la casa y entró Marie agitada, con un chal negro sobre los hombros.

— ¡Mamá! ¡Los estábamos esperando! —pero al ver que venía sola, se inquietó —¿Y Papá, dónde está?

— En casa. Me dijo que él ya había vivido cosas peores en la Guerra y como tiene unas sierras que afilar para el lunes, se queda...

— ¿Y vos? ¿Qué vas a hacer?

— Yo me quedo con él. Vos bien sabés que tu padre no sabe hacerse ni siquiera un huevo frito — aclaró por lo bajo, subiéndose el chal —Avisen cuando vuelvan— Y salió al paso vivo rumbo a su casa. Renata se quedó de una pieza. Ella sabía que las decisiones de su padre eran inapelables y decidió no insistir.

Media hora más tarde, apretujados en el micro 13 que nos llevaba a La Plata, vimos alelados una Ensenada que se poblaba de camiones con soldados conscriptos y, a mitad del camino, algunos cañones de campaña que tomaban posición apuntando hacia el Río de la Plata. Llegados a casa de Luigi y Mercedes, todos se amontonaron, con el oído pegado a la radio, tratando de interpretar el desarrollo de los acontecimientos mientras yo me aburría mortalmente. Dos días más tarde, al mismo tiempo que la autodenominada "Revolución Libertadora" triunfaba en el resto del país y una Junta militar asumía el poder, Perón se refugiaba en Paraguay. Cuando volvimos a Ensenada, mi única preocupación fue unirme a las barras de muchachones que

buscaban cápsulas servidas de fusiles Máuser para hacer con ellas unas llaves que permitían abrir los medidores de luz de la Compañía Argentina de Electricidad. Para joder nomás. Ensenada se transformó en una exposición de medidores de luz cuyas tapas abiertas parecían lenguas jadeantes pidiendo una tregua que el país no tendría jamás.

La resistencia sindicalista y de los sectores democráticos del país obligaron a los golpistas a convocar a elecciones dos años más tarde. El proceso electivo, fuertemente acotado y excluyente –los partidos Peronista y Comunista no pudieron presentarse– consagró como presidente a Arturo Frondizi, un abogado, periodista y docente de extracción radical, quien accedió al poder apoyado por Perón tras bambalinas. Frondizi gobernó llevando a cabo una política conflictiva con sindicatos y estudiantes al mismo tiempo que proponía un desarrollo industrial apoyado por grandes empresas extranjeras y una ambigua apertura a un mundo inmerso en la Guerra Fría. Se acercó a la administración americana pero mantuvo lazos con países socialistas, actitud que le valió 26 asonadas militares y seis intentos de golpe de estado durante los cuatro años que permaneció en el poder. El haberse reunido en secreto con Ernesto “Che” Guevara en agosto de 1961 fue la gota que rebalsó el vaso y proveyó la excusa para que las Fuerzas Armadas le bajaran el pulgar y lo destituyeran, dejando a cargo del Ejecutivo al rionegrino José María Guido, un oscuro abogado y docente que, a la sazón, ocupaba la presidencia del Senado. Un gambito constitucional que solo sirvió para guardar las apariencias.

A fines del verano austral de 1956, operaron a Luigi y le extirparon parte del pulmón derecho. Fumador empedernido, como todos los hombres de la familia, había desarrollado un cáncer galopante con perspectivas no muy alentadoras. Lo vi por última vez a principios del invierno cuando mi padre, sabiendo que el fin estaba próximo, me llevó a su casa de La Plata. Al llegar, Mercedes nos indicó sin hablar que Luigi no estaba bien y nos invitó a verlo. El dormitorio estaba casi a oscuras, iluminado solamente por algunos rayos solares que se filtraban por la persiana de madera, que dejaban su cara en la penum-

bra. Mario entró fumando sus Particulares como si nada, se acercó a la cama, le dio un beso, le acomodó la almohada para que quede un poco erguido y le hizo las preguntas de rigor a las que Luigi respondió con monosílabos. Yo estaba parado en la puerta y no me animaba a entrar. El ambiente era sofocante y olía a encierro. Creo que mi abuelo nunca supo que yo estaba allí. De pronto, Luigi levantó un dedo y señalando un portarretrato de plata donde estaba la imagen de una virgen al lado de una foto de Eleonora, su difunta madre, preguntó con un hilo de voz:

— ¿Con cuál me voy, hijo? — Mario acusó el golpe y después de meditar un instante, le respondió tomando la mano de su padre entre las suyas.

— Con la que vos más quieras, *babbo*.

Luigi hizo una mueca que quiso ser sonrisa y cerró los ojos, dando por terminada la visita. Mercedes, que parecía un espectro de cera, entró en la pieza y ofreció un café. Mi padre salió rumbo a la cocina, cerrando la puerta del dormitorio; seguido por mí, que estaba impresionado por lo dramático de la escena. Unos días después, me avisaron que mi querido *nonno* Luis, ese enigmático y controvertido personaje que dejó muchas preguntas sin respuesta, había fallecido. Luis y yo nos quedamos en casa de Jorge y Pelusa y no fuimos al funeral. Estábamos en otra cosa.

Con el comienzo del otoño de 1957 la familia se reinstaló: Mercedes volvió a Ensenada; Sergio, Lalla y Diana ocuparon definitivamente la casa de La Plata y Luis entró a 1º grado inferior en la escuela Bernardino Rivadavia, la misma donde habíamos cursado nuestra primaria mamá y yo. Cuatro años más tarde, a principios del 61, una visita al médico motivada por un persistente malestar abdominal, conllevó a descubrir que Gigio sufría de cáncer de estómago. Una operación realizada poco tiempo después confirmaría lo avanzado del proceso y la inutilidad de una radioterapia. A partir de allí, mi abuelo se encerró impávido en sus recuerdos y bajó los brazos sabiendo que la suerte estaba echada. Dejó de afilar sierras, tomar caña y mirar televisión. Pa-

rece que el único lagrimón que se le escapó fue cuando se enteró que quien escribe, que acababa de cumplir trece años y tenía su mismo grupo sanguíneo, le había dado sangre para paliar su agonía. Cuando el fin estaba próximo, Marie, cándida creyente, se contactó con el Padre Marcellino, un viejo sacerdote piemontés que vivía retirado en la parroquia local, para que éste se llegue hasta su casa a fin de dar a Gigio los últimos sacramentos. Dicho y hecho, dos días más tarde, el clérigo se apersonó en Méjico 497 junto con un acólito para que mi abuela lo introdujera al dormitorio donde Gigio masticaba su suerte.

— Gigio. Vino a verte tu *paesano*, el cura Marcellino. ¿Te acordás de él? Supo que estabas enfermo y quiso saludarte...

El Tano desconfió. ¿Qué era eso de venir a verme ahora, después de tantos años? ¿Qué se trae este viejo cuervo? habrá pensado Gigio. Pero cortés, accedió a verlo. Marcellino entró solo, arrastrando sus años y lo saludó en piemontés. Charlaron un rato sobre su *paese* natal, sus buenos vinos, sus quesos y su famoso *salami di fassona*, de los cuales ambos habían sido fanáticos. Hablar en su dialecto natal con otra persona que no fuese Marie lo había animado y pareció retomar algo de su bonhomía de antaño. En una pausa, Marcelino se acercó y le planteó, como al descuido, si no era el momento de arreglar sus asuntos con Dios. Gigio se puso serio. Con gran esfuerzo se incorporó a medias en la cama y apuntándolo con el dedo, alzó la voz.

—Si viniste para saludarme y recordar viejos tiempos, bien. Pero si viniste como cura de la maldita Iglesia que bendijo el arma con la que maté en nombre del Rey ¡*Va vía!* ¡*Va vía da casa mía!* — Y señaló furioso la puerta.

El padre Marcellino lo saludó y salió con cabeza baja cerrando la puerta que daba a la galería donde lo esperaban Marie y su acólito. Con una mirada de connivencia y sin mediar palabras el cura se puso la estola, abrió el misal y recitó en latín la extremaunción prometida. Él también era un piemontés cabeza dura. Los tres hicieron la señal de la cruz y salieron a la calle. Marie contribuyó con el óbolo de rigor y los vio alejarse a paso lento, sin poder controlar las lágrimas. Estaba

perdiendo al que había compartido con ella los sueños y pesadillas de una vida tosca y trágica que empezó al pie de los Alpes y terminaba a orillas del Plata. Dos días después, el 1º de marzo de 1961, el bravo sargento pelirrojo de ojos grises partió a encontrarse con su añorada *mamma* Lucía. Marie lo seguiría diez años más tarde.

El gambito golpista de 1962 tuvo su epílogo un año más tarde cuando las nuevas elecciones, rigurosamente vigiladas, le permitieron acceder al sillón de Rivadavia al Dr. Arturo Illia, un médico cordobés de antigua militancia Radical, que inició un gobierno menos conflictivo y respetuoso de las instituciones. Desgraciadamente, el desempeño del nuevo presidente tampoco fue del agrado de la cúpula militar y, llegado a la mitad de su mandato, Illia fue a su vez depuesto por otro golpe de estado que terminó cerrando el Parlamento e instaurando en el país la autodenominada “Revolución Argentina”, la que durante los siguientes siete años reprimió duramente la protesta social, desnacionalizó la economía e impuso el libre mercado. Luis entraba en la adolescencia en una Argentina cuya normalidad institucional no correspondía con la imagen de democracia que enunciaban los manuales escolares.

Luis terminó la escuela primaria en diciembre de 1963 y se presentó para ingresar al Liceo Naval, influido posiblemente por la relación que unía a la familia con la Marina Argentina desde 1927 o por mí, que cursaba los últimos años en el Liceo Militar. El examen médico, etapa previa de selección, comportaba varios exámenes entre los que estaba la detección del daltonismo, deficiencia intolerable –y peligrosa– en un marino en ciernes, que Luis, como quien escribe, había heredado de Gigio vía Renata. El test para detectar el daltonismo se hacía por grupos, unos quince aspirantes debían formarse en línea frente a un enfermero, quien les presentaba uno a uno imágenes multicolores –conocidas en medicina como las “Cartas de Ishihara”- donde se presentaban números impresos en un fondo multicolor con tintes ligeramente diferentes. Cada candidato debía identificar el número que veía y anunciarlo en voz alta. Si no podía hacerlo, era catalogado

como daltónico y sus posibilidades de ingresar al Liceo se reducían a cero. Como hay diversos tipos de daltonismo, hay imágenes reconocibles para algunos y para otros no, dependiendo del tipo de deficiencia. Una lotería. Al comienzo, Luis, que estaba más o menos en medio de la hilera, miraba de soslayo el desarrollo temiendo que le tocara una imagen en donde no distinga nada. Cuando llegó su turno, el enfermero abrió el cartapacio frente a él y preguntó en voz alta,

— ¿Qué número ve, aspirante?

Luis entró en pánico. No distinguía ningún número entre la mirada de globitos multicolores que le presentaba el enfermero y cuando se aprestaba a confesarlo, el aspirante a cadete que estaba a su derecha, nervioso, distraído o de metido nomás, largó un estruendoso:

— ¡Quince!

— ¡Cállese, que a Usted no le pregunté! — fulminó el enfermero mientras daba vuelta la página con un gesto de fastidio y le presentaba a Luis otra lámina donde éste, como daltónico deuteranóptico que era –ciego al verde y aledaños pero no a las gamas de azul– pudo ver un enorme ocho conformado por pequeños globitos azules que se destacaba alegremente del fondo multicolor. Exultó.

— ¡Ocho! ¡Allí hay un ocho! — repitió triunfante. El enfermero, desconfiado, le pidió que se lo señale, cosa que Luis hizo siguiendo con el dedo el ramillete de globitos que formaban un enorme Ocho que campeaba en la imagen. El enfermero se dio por satisfecho y pasó al siguiente de la fila. Luis, respiró aliviado. La prueba siguiente, el examen de castellano y matemáticas, fue superada con éxito y en marzo de 1964 ingresó al Liceo Naval Almirante Guillermo Brown que en aquella época ocupaba las antiguas instalaciones de la Escuela Naval Militar, situadas en la vecina Isla Santiago.

El ingreso a un instituto de enseñanza media militarizado es una experiencia que deja sus marcas. De vivir entre algodones, apoyado, querido y cuidado por un grupo familiar a convivir con desconocidos, uniformado y encerrado de lunes a viernes en un entorno hostil y normativo; hay todo un cambio cualitativo que provoca un brutal

destete, muchas veces traumático. Y Luis no fue una excepción. En menos de un año de experiencia como novato, el alegre y jovial niño que era se convirtió sin saberlo en un áspero y desconfiado joven que solo reía para sus adentros.

Al mismo tiempo que Luis ingresaba al Liceo Naval, el gobierno de Illia comisionó a nuestro padre y a un maquinista naval de la Flota para viajar a España con la finalidad de inspeccionar y controlar la construcción de tres buques-tanque destinados a la empresa. Proveyendo la mano de obra para la construcción de esos buques, España saldaba así los restos de una vieja deuda que el gobierno de Franco había contratado en 1947 con Perón por la venta de miles de toneladas de alimentos para su población aislada por las triunfantes fuerzas de la Segunda Guerra Mundial. Juan y Mario pasarían casi tres años en España.

A fines de 1964 Luis pidió la baja en el Liceo Naval y yo abandoné la carrera de ingeniería, lo que nos liberó para poder acompañar a mamá a reunarnos con papá en España y quedarnos allí casi un año. Aprovechamos para pasear un poco –estuvimos solos en París casi una semana- y realizamos un largo periplo en familia que culminó en Trieste, la ciudad natal de papá. Al regresar a la Argentina, Luis rindió “libre” las equivalencias que le permitieron aprobar su segundo año y retomar sus estudios secundarios en la Escuela de Enseñanza Media N° 1 de Ensenada. Durante las vacaciones entre su 4º y 5º año, fue seleccionado para realizar un viaje de intercambio estudiantil con estadounidenses, donde pudo compartir la cotidianidad de un típico hogar del medio-oeste norteamericano. Concurrió a la escuela local, aprendió inglés y según él, a bailar. Aparte de lo anecdótico, los períodos transcurridos en EEUU y en Europa fueron importantes en la vida de Luis. Pudo ver otras realidades, otras gentes y otras costumbres tanto en España, donde vivió el asfixiante clima impuesto por un franquismo vengativo, opresor y ultramontano; como en EEUU donde vio bien de cerca la realidad de una sociedad de consumo individualista, pacata y competitiva que vivía tirando manteca al techo. Más tarde

descubrió, además, que ellos eran ricos gracias a que nosotros, como tantos otros pueblos del tercer mundo, contribuíamos a su riqueza.

La acotada independencia que vivenció Luis hasta que Mario y Renata volvieron de España en septiembre de 1967, lo impulsó a reflexionar respecto a su futuro y lo hizo dudar mucho cuando llegó el momento de definir el rumbo a seguir. En marzo de 1968, por sugerencia de un amigo mío –que como él había aprobado libre el 2º año del secundario– se inscribió en la Licenciatura en Física de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de La Plata. Dos meses más tarde, se decidió por la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades de la misma universidad. ¿Por qué ese cambio? ¿Qué estaba buscando? Posiblemente había algo más profundo que un mero problema vocacional. Casualmente en París, para las mismas fechas, miles de estudiantes y obreros estaban pateando el avispero mientras buscaban otras alternativas a su inserción en una sociedad autoritaria que los ahogaba. Luis empezó a tomar consciencia de que el mundo debía cambiar.

A poco de empezar el año 1969, Mario comenzó a quejarse de insistentes dolores de espalda. Alguien que nunca falta diagnosticó la presencia de “picos de loro” en la región dorsal. Para calmar el inconfortable y creciente dolor ensayó calmantes, antiinflamatorios, masajes y hasta baños termales con resultados mediocres. Un reputado especialista, el Dr. Castellanos, fue consultado más tarde y ante las evidencias radiográficas de la existencia de un cáncer, sugirió extirpar parte del pulmón derecho, confiando que eso pararía el desarrollo tumoral. Mario se estremeció, pero no lo dejó entrever. Castellanos era el mismo médico que había operado a su padre trece años antes por el mismo diagnóstico. Sabía, como en el caso de Luigi, que el abuso del tabaco estaba tras esa tragedia y que el desenlace era fatal e ineluctable. Después del postoperatorio siguieron aplicaciones de rayos en un sanatorio platense y todos mejoramos de ánimo. Pero la esperanza de una mejoría duró poco y pronto aparecieron metástasis óseas. Al mes estaba internado otra vez, haciendo una quimioterapia

pia experimental con un joven oncólogo de Ensenada, el Dr. Oscar Casas, con quien yo tenía un cierto grado de confianza. Comía poco, no mejoraba y el dolor en la espalda continuaba. Empezaron a inyectarle fuertes calmantes, que lo sumían en un estado de somnolencia constante e impedían la comunicación. Mamá se pasaba horas tejiendo al pie de la cama y tratando de descifrar todo signo que indicase mejoría o retroceso en su salud. Luis y yo evitábamos pensar lo que nos esperaba.

Una tarde, estando a su lado, me indicó que me acercara y me dijo algo de lo que sólo entendí dos palabras: “dolor” y “revólver”. Obviamente no daba más y quería matarse. Me hice el sorprendido y le mentí diciéndole que se lo veía mejor, que no tenía necesidad de eso y que hablaríamos con el médico para ver si se podía hacer algo para aliviar el dolor. Y me fui a verlo a Casas.

— Oscar, mi padre sufre mucho y no mejora. Cada día está peor. ¿No hay alguna forma de abreviar su sufrimiento? — Él sabía a qué me refería.

— No, Carlos. Soy médico y ferviente católico. En ambos casos mi obligación es acompañarlo con la fe y con la ciencia. Desgraciadamente, no puedo “abreviar” su vida...

— ¡Pero eso es cruel, Oscar! ¿Qué se puede hacer, para que al menos no sufra?

— La metástasis en los huesos es muy dolorosa, Carlos— hizo una pausa desviando la vista — Hay una técnica quirúrgica experimental que podríamos intentar, si ustedes están de acuerdo, por supuesto.

— ¿Y cuál es esa técnica, Oscar? — pregunté ansioso y atemorizado.

— Consiste en hacer la ablación de una parte de la masa encefálica donde está situado el Centro del dolor. De esa forma quedará insensible y podrá transitar lo que le falta sin sufrir... — Claro y lapidario.

Con la anuencia de Mario, que a esas alturas aceptaba todo lo que podría servir para aliviar su sufrimiento, convinimos en correr el riesgo. Algunos días después lo operaron, pero pasado el post operatorio, el dolor y la desesperanza continuaron. Un tarde de finales de

septiembre, mientras Renata salía a tomar un poco de aire, papá se incorporó un poco en la cama y me pidió una pitada del cigarrillo que tenía encendido. En su mirada comprendí que era un pedido extremo y consentí, no sin culpa. Luego de una breve bocanada de humo, levantó lo ojos e hizo señas para que me acercara.

— Cuidala a tu madre y ayudalo a tu hermano. Vendan el auto si es necesario— dijo con voz apagada, como concluyendo algo que había elaborado hacía algún tiempo. Y volteó la cara hacia la ventana cuya persiana baja filtraba los últimos rayos solares de la tarde dejando la pieza en la penumbra, como en la última visita que le había hecho al *nonno* Luis, años atrás.

Rato más tarde Luis y Mamá volvieron, pero sin ánimo de nada. Nos miramos todos sin saber que decir. Renata se puso a tejer en un costado y Luis y yo nos quedamos esperando no-sé-qué. De pronto, Mario empezó a respirar en forma muy extraña y nos asustamos. Creo que le pedí a Luis buscar al Dr. Casas, quien entró al poco rato con una linterna en la mano. Por lo bajo le pidió a Luis que lleve a Renata fuera de la pieza. Mario tenía los ojos entornados y respiraba con un raro ronquido. Oscar le tomó el pulso y lo auscultó.

— Se está yendo.

— ¿Nos oye?

— No. Pueden despedirse de él.

Le toqué la mejilla con cariño, pero no me animé a decir nada. Luis y yo estábamos paralizados. Nuestro papá se moría. Su respiración se hizo más lenta hasta que paró del todo. Casas le levantó un párpado y lo alumbró con la linterna, pero su iris no reaccionó. Le cerró los ojos y nos miró con tristeza. Él también había perdido una batalla. Mario se había ido para siempre, dejándonos sin su presencia callada, su consejo medido, su ejemplo de templanza. Renata quedó inconsolable. Luis y yo, huérfanos.

LUIS Y SILVIA

La Plata, 1969

La muerte de papá fue el fin de la familia como tal. Cada uno de nosotros trató de salvarse y afrontó su propia supervivencia como pudo. Vendimos el flamante 404 y compramos un Citroën 2CV, más adaptado a nuestro presupuesto y a nuestras necesidades. Mamá entró en una solitaria viudez muy cargada de recuerdos, Luis buscó un destino, un trabajo, otras vidas. Yo, por las mismas razones terminé yéndome al Sur, a lo que venga. El país también se seguía buscando.

Al poco tiempo de morir papá, Luis, que había abandonado la Facultad hacía rato, comenzó a trabajar como peón de albañil para un pequeño constructor local. Empleo duro, inestable y sin perspectivas, pero que le permitía forjarse una salida propia, bien encuadrada y sin compromisos. Una forma dura de encarar sus ambiciones, que iría a repetirse a lo largo de los años. Renata penaba en los rincones al verlo regresar por las tardes sucio, cansado, con las manos laceradas por el roce con herramientas y materiales bastos y agresivos, pero contento y sereno. Meses más tarde, cambió de trabajo por un taller metalúrgico, donde tenía la tarea simple y monótona de alimentar y vaciar máquinas que estampaban llaves de paté, cospeles y clavos. Nada complicado, pero agotador. Hacía el turno nocturno y a la madrugada, en su camino de regreso a casa, se cruzaba a los sufridos obreros de la Base Naval y de YPF que salían rumbo al yugo. Sentía entonces la sensación de pertenecer al grupo de los laburantes a pie, de los que construyen desde abajo, los que son la base concreta de la sociedad. ¿Sería ese su lugar?

Otro cambio irrumpió en la vida de Luis: la Patria lo conminó a cumplir con el Servicio Militar, obligatorio por esos años. Creado en 1901 por la Ley Riccheri con la intención de consolidar un ejército de reserva, homogeneizar la sociedad y alfabetizar e integrar los hijos de los inmigrantes, el Servicio Militar *-la colimba-* era, a principios de los años setenta, un anacronismo social y una pérdida de tiempo para aquellos que iniciaban los estudios superiores. Como la disponibilidad de jóvenes superaba las necesidades de las Fuerzas Armadas en soldados conscriptos, la incorporación se hacía por sorteo y daba pie a toda clase de artilugios para poder “zafar”. Esta vez, la suerte y el daltonismo no favorecieron a Luis y terminó destinado a prestar servicio en las dependencias que la Aeronáutica Militar tenía en el Aeropuerto de Ezeiza, puerta de entrada principal del tráfico aéreo argentino. Resignado pero con buena onda, Luis pasó a ser parte de una agrupación que tenía como responsabilidad la custodia armada de las instalaciones aeroportuarias y se tomó con filosofía el período previo de instrucción y condicionamiento a la vida militar. No fue tan simple como creía. Durante una formación en el playón de la Compañía, el cabo principal a cargo lo señaló a Luis -que con sus 1,85 metros se destacaba del resto- y le pidió que se acercara. El objetivo era simular ante la tropa el protocolo de tratamiento con los superiores y formalidades por el estilo.

— ¡Soldado, venga para acá! — Ordenó fuerte y agresivamente el suboficial, con la intención de dejar bien sentado que él era la máxima autoridad presente. Luis, que se la veía venir al recordar su paso por el Liceo Naval, salió a la carrera de la fila y se plantó en correcta posición de “firmes” frente al suboficial.

— ¡Presente, *señor!*

— ¡Muy mal soldado! — Retrucó el “zumbo” — ¡Yo no soy *señor*, el Señor está en el Cielo! ¿Queda claro soldado?

— ¡Si, *mi* cabo principal! — Respondió nervioso Luis, pensando que la acertaba.

—¡Yo tampoco soy *suyo*! ¡Pertenezco a la Fuerza Aérea Argentina, bípedo reclutón! — saltó exasperado el cabo principal, provocando la risa de la tropa.

—¡Si cabo principal! — Acertó Luis. Pero como la tropa de reclutas tomó la cosa a la chacota, se ganaron una buena sobada de “saltos de rana” y “cuerpos a tierra” que hizo historia. El suboficial consideró que la lección había sido aprendida.

El país, por su parte, se deslizaba lento pero seguro a una polarización social y política, pese a los enroques institucionales de una “Revolución Argentina” que hacía agua por todos lados y que creía avanzar por el solo hecho de cambiar el timonel. A mediados de 1970, Montoneros, una guerrilla urbana peronista, irrumpió en el paisaje político argentino secuestrando y asesinando al general Eugenio Aramburu, ex presidente golpista que había desplazado a Perón del poder en 1955. Un mes más tarde, salió a la palestra el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), facción militar del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que pretendía “iniciar una guerra revolucionaria obrera y socialista, tomar el poder e instaurar un territorio liberado” en el norte del país. El reemplazo del “generalísimo” Juan Carlos Onganía por Roberto Marcelo Levingston, un apático burócrata militar de bajo perfil, no ayudó a apaciguar los remolinos de un Mayo Francés que llegaron a La Plata agitando las aguas de una sociedad que toleraba cada vez menos la tutela de las FFAA. Levingston duró poco y fue reemplazado por Alejandro Agustín Lanusse, un general antiperonista con veleidades caudillistas, que tenía tras de sí un Ejército que sólo buscaba la forma de volver a los cuarteles sin perder muchas plumas. La mesa estaba puesta para un complejo fin de ciclo.

Mi hermano Luis volvió a la vida civil en marzo de 1972 y decidió tomar el toro por las astas. Se reinscribió en Humanidades y empezó a buscar un trabajo que lo independice del sostén de Renata. Por contactos con amigos de papá, entró a trabajar como empleado de planta en el Almacén del Taller Naval de la Flota de YPF. A poco de incorporarse, le dieron como tarea ordenar por fechas una montaña de

tarjetas de cartón conteniendo los datos de los ítems ingresados en el Almacén desde algunos años atrás.

— Mirá pibe, es muy fácil — Le dijo el responsable del Almacén — Cada año se reconoce por el color de la tarjeta; así que agarrás un montoncito por vez y las separás como si fuesen barajas. ¿Viste? — Y se fue.

Para desgracia de Luis, el color de las tarjetas eran sutiles tonalidades que variaban –supo después— entre el amarillo-crema y el beige claro, colores imposibles de diferenciar por un daltónico como él. La maldita deficiencia volvía a cruzarse en su camino. Decidido a no claudicar, empezó por transcribir prolijamente el año de emisión en el ángulo superior derecho de cada tarjeta, utilizando luego ese dato para agruparlas. Llevaba su tiempo, pero le permitía avanzar con seguridad. Cuando el jefe reapareció para ver cómo iba el trabajo, concluyó, lapidario:

—Mirá que sos lento, pibe. Tendrías que haber terminado hace rato.

Luis lo miró con indulgencia y siguió con su trabajo. Explicarle a semejante zapallo las sutilezas de su discromatopsia congénita era misión imposible.

Su reinscripción en la Facultad de Humanidades le permitió retomar el contacto con un ambiente universitario donde hervían ideas, propuestas ideológicas y alternativas militantes. La espada de la dictadura había perdido su filo de tanto uso y la Universidad renacía poco a poco del oscurantismo y la represión. Luis, como muchos de sus colegas, buscaba una oportunidad que le permitiese ponerse en contacto con alguna opción concordante con sus expectativas y objetivos. Quería trabajar para su clase, para su gente, para aquellos que penaban bajo las botas de un sistema injusto y explotador. Había de todo para elegir: desde los fascistas derechosos de Tacuara y la Guardia Restauradora Nacionalista hasta las posiciones más combativas del foquismo guevarista, pasando por los radicales electoralistas de Franja Morada, el Peronismo en sus diversas versiones y los eternos revisionistas del siempre acomodadizo Partido Comunista Argentino. Finalmente, junto con algunos compañeros de claustro terminó por contactarse con el

Partido Comunista Marxista-Leninista Argentino (PCML-A), fundado en 1968 por algunos expulsados del PCA por Codevilla, el hombre de Moscú. Contrariamente a las corrientes trotskistas y foquistas, el PCML-A proponía la lucha popular y prolongada enfatizando en el apoyo y la consolidación del trabajo político en sindicatos y organizaciones de la sociedad civil. Se estimaban diez años para lograrlo. Estaban más cerca de Pekín que de Moscú o de la Habana.

Después de algunas reuniones y meses de reeducación política al trabajar como operario en un taller mecánico del Partido que servía como pantalla, pero que además reparaba vehículos para propios y extraños; pasó de aliado a militante de base. Allí conoció a Silvia, arquitecta y veterano cuadro que actuaba en Prensa y Propaganda del PCML-A. Fue un flechazo. Tenían en común ancestros italianos que habían sobrevivido a guerras, fascismos, opresiones y vicisitudes del exilio, pero sobre todo, tenían la firme convicción que el trabajo militante podía contribuir a crear una sociedad más justa y más libre. Empezaron a salir y, pese a la compartimentación de seguridad que imponía el Partido, fueron creando su propio espacio de felicidad. Meses más tarde Luis recibió una formación militar y pasó a integrar los Grupos de Seguridad del Partido, quienes se ocupaban fundamentalmente de la protección de las acciones proselitistas, así como de la búsqueda de recursos económicos, la mayoría de las veces por medios que podrían calificarse de “expropiatorios”. Luis ascendió a teniente y tuvo más tarde la responsabilidad de un pelotón de militantes.

Paralelamente, nuevas elecciones llevan al poder al dentista Héctor J. Cámpora, un dúctil y servicial hombre de paja del exiliado Perón, quien por una disposición de la Ley electoral no pudo presentarse como candidato. Dos meses más tarde, el obediente servidor declinó el poder para que nuevas elecciones permitieran entronizar una vez más al viejo caudillo, quizás más interesado en recuperar su grado militar y los salarios acumulados en 18 años de exilio que en retomar el gobierno de un país en pleno caos político. El 12 de octubre de 1973, Perón volvió al gobierno acompañado por su tercera mujer,

quien asumió la vicepresidencia. Apenas nombrado, Perón hizo un giro a la derecha -concordante con la Orden Reservada del Consejo Superior Peronista que él mismo dirigía, emitida once días antes- y declaró “el estado de guerra interna contra el marxismo”, incluyendo en la contienda todas las agrupaciones de la izquierda revolucionaria, así como las facciones internas de su propio Partido con tendencias izquierdistas, tales la Juventud Peronista, Montoneros y el Peronismo de Base. La mayoría de esas agrupaciones -con la notable excepción del Partido Comunista Argentino- pasaron a la clandestinidad, mientras que el resto del espectro político argentino, carente de propuestas superadoras, cayó en la desidia y en un seguidismo oportunista. El viejo General, cansado, enfermo y decadente murió nueve meses más tarde, dejando el poder en manos de su viuda y de un oscuro personaje: José López Rega. Este último era un ex cabo de la Policía Federal convertido en Rasputín presidencial y fundador de una tenebrosa banda de asesinos, la Alianza Anticomunista Argentina, que constituyó el germen de un terrorismo de Estado que comenzó a operar más tarde bajo el gobierno “constitucional”.

Luis y Silvia, que militaban bajo los alias de “Mingo” y “Gringa” o “Tana”, se llevaban muy bien entre ellos. Haciendo caso omiso al viejo precepto de separar lo personal de lo político, entablaron una relación que los llevó a compartir todo. En abril de 1975 decidieron sellar el pacto y se casaron en una peculiar ceremonia, donde la compartimentación impuso que los testigos presentes debían hacer oídos sordos cuando el juez nombrase a los casamenteros. Algo debió haber sospechado el funcionario cuando se desataron toses y ruidos extraños durante los momentos cruciales del acto. Con el paso de los años, resulta algo rara la decisión de unirse formalmente, pero la justificaron por la condición de semiclandestinidad en la que se encontraban, los llevaba a dar un marco coherente y “normal” a la relación de pareja. Días después se instalaron en un barrio obrero de la proletaria Ensenada y comenzaron su vida en común. Mamá, que había decidido vender La Merced 600 y mudarse a La Plata, contribuyó con muebles,

vajilla y algunas herramientas heredadas de Gigio. Luis, que ya era militante rentado, puso a disposición del Partido una camioneta Ford F-100 que había comprado con la parte que le correspondió de la venta de la casa paterna, mientras que Silvia siguió trabajando en el ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires como lo venía haciendo desde 1969. Poco tiempo después de casados, Silvia le anunció a Luis que iba a ser papá. Agradable sorpresa, pero que pronto sembró dudas y cuestionamientos en la pareja. Para Silvia, que tenía 33 años -ocho más que Luis- era posiblemente la última oportunidad de ser madre. Para Luis, era una disyuntiva que podría llegar a poner en peligro su condición de militante.

El tercer gobierno peronista, que encabezó la inexperta Isabelita, flanqueada por el *factotum* López Rega, estaba jaqueado por todos lados, empezando por su propio partido, donde disputaban protagonismo varias facciones enfrentadas. Desde anclajes ideológicos contrapuestos, Montoneros y la guerrilla rural del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), presionaban desde la clandestinidad con golpes de mano y atentados. Por otro lado, los sindicatos clasistas impulsaban acciones reivindicativas huelga tras huelga, mientras que el resto del espectro político argentino tiraba de la frazada para ver si en el forcejeo lograban ganar espacios de poder. El gobierno respondía con proscripciones, represión policial y dejando que la AAA ejecute a mansalva a todo exponente progresista tachado de subversivo. En enero de 1975, la presidente firma un decreto que ordenó a las FFAA “actuar militarmente a los efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos” que actuaban en Tucumán. Decretos parecidos en forma y contenido fueron editados más tarde con objetivos similares para ser aplicados en todo el territorio nacional. El terrorismo de Estado había comenzado.

El PCML-A, donde militaban “Mingo” y “la Gringa” y que contaba con cerca de 400 miembros entre militantes y adherentes, no escapó al acoso represivo. La caída de algunos miembros del Comité Central marcó el fin de la semiclandestinidad del Partido y la necesidad de

rever objetivos y estructuras para hacer frente a la represión. “Mingo” y “La Gringa” -que avanzaba en su embarazo- debieron abandonar la casa de Ensenada antes que esta sea allanada y saqueada por fuerzas de la policía bonaerense y buscaron abrigo fuera de la estructura partidaria hasta que la situación se aclarase. Con esa premisa, llegaron casi con lo puesto a Neuquén, donde yo tenía un pequeño departamento que podía acogerlos. Nos acomodamos rápido y bien. Silvia, experimentada profesional, consiguió trabajo en el estudio de un arquitecto local, Luis se volvió a Buenos Aires por problemas de seguridad y yo seguí trabajando para una empresa inglesa de consultoría en grandes obras civiles. Algunos meses después, Silvia dejó Neuquén para instalarse en Laprida, una localidad del centro de la Provincia de Buenos Aires en donde tenía familiares. Es allí donde nació el 3 de enero de 1976, una nena que inscribieron con el nombre de Sofía. Luis, que había asumido más responsabilidades al interior del Partido, seguía en Buenos Aires y no pudo participar del evento. Después del parto, Silvia y Sofía se mudaron a un departamento en el barrio de Palermo donde mi hermano pudo, finalmente, conocer a su hija. El Partido seguía bajo presión, faltaba gente y- esencialmente- dinero para poder disponer de una infraestructura de casas seguras, vehículos y depósitos que permitiesen seguir con el trabajo militante y mantener el aparato partidario. La conducción del PCML-A confiaba -quizá demasiado- en que podía soportar el cimbronazo represor.

Unos meses después, el 24 de marzo, se produjo el anunciado Golpe de Estado. Una junta militar, presidida por un acartonado general de Infantería, destituyó todos los gobiernos electos, cerró el Congreso, cooptó el Poder Judicial y ocupó toda la administración pública con el declarado objetivo de implementar un proceso de “Reorganización Nacional”, que en realidad consistió en la aplicación de un plan sistemático y sangriento de terrorismo de Estado. “Grupos de tareas” formados por el personal militar y de seguridad con el apoyo de algunos civiles se dedicaron a rastrillar el país, secuestrando, torturando, asesinando y haciendo “desaparecer” miles de “delincuentes terroris-

tas” o sospechosos de serlo. Las FFAA hicieron la sucia tarea para la que fueron instruidas por el gobierno derrocado, para neutralizar y/o aniquilar el “accionar” de los elementos subversivos. En realidad, fue una venganza pura y simple dejada en manos de infames perros de la guerra que irían a asolar el país durante los siguientes siete años.

La tormenta represiva alcanzó a todas las organizaciones y partidos sospechados de ser marxistas, leninistas, comunistas, trotskistas, socialistas, anarquistas o simplemente libertarios. El PCML-A no fue la excepción y pronto se encontró en situación defensiva e, imbuido quizás de una soberbia triunfalista, no pudo evitar el derrape hacia el militarismo. A partir de allí, la derrota era cuestión de tiempo. Pese a eso, siguió trabajando con sindicatos, adoptó una posición frentista buscando convergencias programáticas y hasta llegó a publicar cuatro números de un periódico –*El Comunista*– con un tiraje medio de 200 ejemplares. El país se polarizó duramente. Muchos argentinos, adherentes y simpatizantes de organizaciones progresistas o simplemente gente bien informada, conscientes del riesgo que significaba encontrarse involuntariamente en el lugar errado o que su nombre apareciera en alguna agenda sospechosa a ojos de los inquisidores de turno, prefirieron irse del país. Yo fui uno de ellos. Un año después del Golpe, aprovechando un contacto profesional, conseguí trabajo en São Paulo, la capital económica del Brasil.

Las relaciones entre Luis y Silvia se hicieron difíciles, no solo por cuestiones operacionales y de seguridad, sino también por razones personales. Un fuego interior comenzó a empujarlos en direcciones opuestas: ella hacia lo íntimo y personal, asumiendo cada vez más su rol de madre; y él hacia la militancia, profundizando un compromiso asumido con sus ideales, sus compañeros y el Partido. Ambos comenzaron a transitar por vías diferentes. Las visitas al departamento de Palermo eran forzosamente breves, esporádicas y arriesgadas. Una tarde de otoño, Luis apareció como siempre, de improviso y tomando mil precauciones.

— ¿Cómo estás? ¿Cómo está Sofía? — Preguntó ansioso apenas llegado, dándole un beso a ambas y recibiendo a Sofía para acunarla torpemente, como primerizo que era.

— Bien. Pero te necesita, como yo — Respondió ella con un aire de tristeza, mientras se arrepentía de haberlo dicho. Luis acusó el golpe.

— Sí, claro. Pero vos bien sabés que por el momento nuestra separación es necesaria. La situación es crítica y cada vez que nos vemos todos corremos mucho riesgo.

Ambos bajaron la vista y no supieron qué decir. Sofía empezó a hacer vagidos agitando los brazos, signo que indicaba que tenía hambre. Silvia la recibió de Luis y en una rápida maniobra empezó a darle el pecho. Luis estaba emocionado. Era la primera vez que veía a su mujer amamantando a su hija.

— Te estás ablandando, Luis— observó ella sin levantar la vista. “Si, me estoy ablandando”, pensó Luis, y eso no era bueno para él, para ellas, para el Partido, ni para lo que vendría. Silvia, veterana militante, también lo sabía. Un pesado silencio se instaló.

— Ayer estuvo aquí alguien del Comité Central...— retomó lentamente Silvia —Me informó que la situación se está deteriorando y me aconsejó que nosotras y otras dos compañeras embarazadas tenemos que salir lo antes posible de la Capital. Están buscando una casa más segura en el interior de la Provincia para alojarnos temporalmente. Hay mucha gente que conoce donde estamos, vos incluido.

Luis no dijo nada. Pese a la presencia de Sofía, prendió un cigarrillo y echó una prolongada bocanada de humo. Se la veía venir.

— ¿Eso significa que no podremos vernos por un tiempo? — fulminó inquieto.

— Quizás por mucho tiempo... Nadie sabe cuándo esto termina, ni si termina. Creo que lo mejor es separarnos...

Luis se puso tenso. “¿Separarse? ¿Para siempre?”, pensó.

—¿No hay alternativa?

— No veo otra ... Mi prioridad es Sofía.

—Separémonos pues. Tal vez la vida nos vuelva a reunir. Vos sabés que las quiero mucho.

—Nosotras también te queremos mucho. Y no te olvidaremos jamás.

Luis se levantó lentamente, besó a Sofía en la frente y con otro lento y profundo beso se despidió de Silvia. No se volverían a ver nunca más.

Poco tiempo después, desgracia entre desgracias, cayeron el Comité Central, varias Regionales y más de cien militantes del PCML-A en una redada que olía a traición. El Partido quedó decapitado, diezmado y desorganizado. Luis estaba entre los que habían logrado “zafar” de la encerrona y con otros compañeros empezaron a juntar los pedazos de lo que quedaba. Se organizaron y siguieron adelante, priorizando la seguridad de los militantes y la continuidad de una lucha de final incierto.

En diciembre del 77, en un viaje que hice a Argentina para cobrar un juicio ganado a un antiguo empleador, aproveché que mamá nos servía de posta y combiné un encuentro con Luis. Quedamos en ver nos en un restorán porteño donde mi hermano me esperó puntual, vestido como visitador médico. Pese a que ambos lo necesitábamos, no nos abrazamos. Se lo veía serio. Después de brindar con un López Selección y hacer el pedido, le pregunté por él, por Silvia, Sofía y la situación en general. Fue sincero pero escueto, sin entrar en detalles. Sí, habían sido golpeados muy fuerte, pero estaban capeando el temporal y con buenas perspectivas. Silvia y Sofía también estaban bien. Intervine contándole que en Brasil estaba apareciendo gente muy desorientada que daban cuenta de una situación desesperada. Se sabía de muchas operaciones de cerco y aniquilamiento, cárceles clandestinas, torturas infames y de desaparecidos por doquier. La situación estaba muy jodida.

— Me parecería prudente que, al menos, Silvia y Sofía se vengan a Brasil conmigo— concluí.

— No creo que sea necesario. Estamos trabajando bien y en seguridad. Silvia y Sofía están bien guardadas por el Partido. No te preocupes.

Le creí. Seguimos conversando de generalidades y no volví a insistir. Nos despedimos más tarde en la calle, donde sí nos abrazamos y prometimos volver a vernos pronto. Antes de separarnos, me recomendó no pasar la noche en el departamento de mamá.

—Sospechamos que el edificio está bajo vigilancia. Quién te dice que me están esperando? — agregó con una sonrisa. Y nos separamos.

Me quedé inquieto por la última frase. Si el departamento de Renata estaba bajo sospecha, su teléfono podía estar intervenido y nuestras comunicaciones bajo escucha. Un frío me corrió por la espalda. Esa noche dormí, por las dudas, en casa de un viejo amigo. Dos días después dejé un Buenos Aires tenebroso e inseguro que volvería a pisar 14 años más tarde.

La represión se acentuó y pronto el PCML-A empezó a recibir golpes aún más duros. Una a una caían las casas seguras, las “operaciones” abortaban por falta de seguridad y las emboscadas eran difíciles de detectar. Se tenía la certeza, cada vez más, de que algunos militantes de base -y quizás también cuadros- se habían “quebrado” y colaboraban con la represión. Era hora de “desensillar hasta que aclare”, hacer un paso al costado, mimetizarse en otro contexto y resguardar lo poco que quedaba. El castillo de cartas empezaba a derrumbarse. Luis optó entonces por mudarse a Neuquén, donde viejas amistades más podrían ayudarlo a insertarse y esperar tiempos mejores. Consiguió un trabajo en una carnicería de Plottier, en las afueras de la ciudad y empezó a mostrar un perfil muy bajo. Pocas salidas, pocos amigos y ojos bien abiertos.

La tranquilidad duró poco. De forma casual, Luis se enteró que algunas personas que lo ayudaron a instalarse en la zona, entre ellas un periodista bien conocido y un fotógrafo profesional al que me unía una gran amistad, habían sido detenidas por las fuerzas de seguridad debido a una supuesta complicidad con su persona. No había

dudas de que alguien lo había delatado. Dos horas más tarde estaba sentado, sin equipaje, en un colectivo local de la Empresa KoKo que, parando en todos los pueblos del Alto Valle, lo llevó hasta Villa Regina. De allí y usando siempre transportes locales para sortear posibles controles policiales, llegó a Buenos Aires. Tenía que saber qué pasaba, quién lo había vendido, y escapar rumbo a un país vecino. Pero, ¿A adónde ir? Uruguay, Chile, Bolivia y Paraguay vivían situaciones similares a la Argentina y coordinaban sus represiones bajo el negro paraguas del Plan Cóndor, una estructura de cooperación represiva creada, financiada y apoyada por Washington. Brasil, cuya dictadura había empezado en 1964 y estaba en proceso de democratización, parecía la opción más favorable. En São Paulo, además, había mucha gente, algunos contactos –entre los cuales me encontraba yo– así como mejores oportunidades de sobrevivencia y mimetismo. Extremando las precauciones, trató de encontrar antiguos compañeros para actualizarse sobre la situación. Allí se enteró del secuestro y desaparición de Silvia y Sofía, así como de otros militantes y cuadros del Partido. Por razones de seguridad no contactó a mamá ni a ningún otro pariente o amigo de la familia. Encontró a un ex-compañero ligado al Frente Militar apodado “el alemán”, casado, con un hijo, que se encontraba en la legalidad y lo convenció para que lo acompañara a salir del país. Éste no quería abandonar su mujer, su trabajo y su casa, pero Luis lo convenció del riesgo real que corría, por lo que finalmente accedió a partir. Si pasaban sin problema, otros militantes y sus familias irían a encontrarlos.

Hicieron el viaje en tramos locales, como indicaba la prudencia. Contaron con la ventaja de que el inicio del viaje coincidía con la apertura del XI Campeonato Mundial de Fútbol. Todo el mundo, gendarmes y policías incluidos sólo tenían ojos y oídos para los partidos que se realizaban en Buenos Aires desde el 1º al 23 de junio. Viajaron tensos, pero confiados que los controles policiales serían elementales. Y así fue.

Después de 1300 kilómetros de traqueteo llegaron una mañana de otoño a Puerto Iguazú, ciudad fronteriza con Foz de Iguazú. El paso a Brasil se hacía a partir de un precario embarcadero situado al final de una leve bajada con un tinglado que cumplía con los roles de aduana y puesto de control de documentación en simultáneo. Decidieron intentar el paso por separado a fin de evitar la caída de ambos en un eventual control. Luis se preparó cuidadosamente para mimetizarse como turista, compró una valija barata pero llamativa –un turista sin valija es sospechoso- se acicaló convenientemente y preparó una historia coherente con los datos de su falso documento, emitido a nombre Martín Nabor Zalazar, nacido en Orán, Salta. A media mañana, empezó a descender la cuesta rumbo al embarcadero, mientras “el alemán” controlaba los acontecimientos desde la vidriera de un bar cercano. A poco de salir alcanzó a una muchacha rubia que penaba arrastrando una enorme valija. Con una sonrisa se ofreció a ayudarla y bajaron la cuesta mientras hablaban en un chapurreado inglés, aparentando ser viejos amigos. Ella se presentó como una turista alemana que viajaba sola por el mundo y él como un comerciante de ocasión. Luis pensaba para sus adentros: *si salta algún problema, me abrazo a la rubia y no la suelto hasta que aparezca el cónsul alemán*. Llegaron a la casilla de control, donde se encontraron con un solitario gendarme más interesado en escuchar con la oreja pegada al receptor de radio el último partido de la Selección Nacional que en cumplir su deber de funcionario. Selló las tarjetas de salida sin mirar siquiera los documentos presentados, los devolvió y señaló la barcaza que esperaba para cruzar el río que los separaba de Brasil. El trayecto duró unos veinte minutos y le permitió a Luis anticipar que en la ribera opuesta había muy poca vigilancia. Descendieron riendo y, una vez que los aduaneros brasileños les franquearon el paso hacia tierra adentro, se separaron con un simple saludo y partieron cada uno por su lado. A Luis le quedó la duda si la rubia era una verdadera turista o una ex-integrante de la banda Baader-Meinhof en fuga que aprovechaba el encuentro con un apuesto argentino para cubrir su salida de

Argentina. En la compleja irrealidad que se vivía, todo era posible. Pasado el sofocón, Luis pegó un gran respiro y se quedó esperando que su compañero de viaje pase la frontera, fingiendo interés en la miríada de falsas chafalonías que ofrecían los kioscos ribereños. “El alemán” no se hizo esperar y contó divertido que el gendarme, absorto en el resultado de una jugada del equipo argentino, casi le sella la mano con la que le presentaba la tarjeta de salida. Rieron aliviados y después de degustar distendidos una Brahma *stúpidamente gelada*, afrontaron los 1000 kilómetros que todavía debían recorrer para llegar a São Paulo, su destino final, gritando a voz de cuello “¡Argentina!, ¡Argentina!”, que venía de ganar el Mundial de Fútbol.

Luis acababa de dar los primeros pasos de un interminable exilio.

LUIS Y CARLOS

San Pablo, 1978

Era una tarde de junio de 1978 cuando recibí un llamado de Luis en el estudio paulista donde trabajaba. Él estaba muy contento de haber llegado a buen puerto y yo de saberlo cerca y en seguridad después de tantos meses de angustiante silencio. Le pasé mi dirección y combinamos inmediatamente un encuentro frente mi departamento de Pinheiros, una hora más tarde. Llegó puntual y nos dimos un enorme abrazo de aquellos. Venía con un compañero que me presentó como “el alemán”, supongo por lo rubio y serio. Traían poco equipaje y se los veía cansados. Le conté que Sofía había “aparecido” y que estaba a salvo con mamá en La Plata. Una providencial precaución de Silvia, que había escrito el teléfono de Renata en el reverso de la bomba-cha de goma de Sofía, le permitió al personal del Tribunal de Menores donde ésta había ingresado como “menor abandonada”, contactarla y otorgarle la custodia después de una fortuita identificación. Un milagro. Luis se tranquilizó y con las discreciones del caso hablamos largo y tendido sobre sus proyectos y sobre la situación en San Pablo. La idea que traían era tratar de reagrupar fuerzas, reorganizarse y seguir militando desde afuera. Nada más, pero nada menos. ¿Bajar los brazos y abandonar la lucha? Jamás. Nos acostamos muy tarde, con la garganta seca. Al día siguiente, llamé a mamá para contarle que Luis había zafado del desastre y que se encontraba refugiado en Londres. No quisimos decirle la verdad para evitar que “oídos” indiscretos lo localizaran en San Pablo y todos corriéramos riesgos innecesarios.

El Brasil de aquellos años estaba tratando de superar los coletazos de la terrible represión y persecución que sufrieron las fuerzas de izquierda en 1964 como consecuencia del Golpe de Estado que había derrocado al último gobierno constitucional. Goulart, el último presidente, como muchos de sus seguidores del *Partido Trabalhista Brasileiro-PTB*, estaba muy corrido a la izquierda, tanto para la élite brasileña como para el Departamento de Estado norteamericano, que alentó y sostuvo el Golpe. A la llegada de Luis, la mano de hierro que había asolado al Brasil durante tantos años había empezado a aflojar, pero conservaba un aceitado servicio de informaciones que le permitía el control de toda expresión político-social y una obtusa censura de medios, organismos y publicaciones. En San Pablo, por ejemplo, toda locación habitacional debía ser registrada por el propietario o por el *zelador* (portero) de servicio en una ficha cuyo contenido aterrizaba normalmente en el temido DOPS, esto es el *Departamento de Ordem Política e Social*, una dependencia oficial más afín a la Gestapo nazi que a la Cáritas pontificia. Por lo demás, San Pablo era una ciudad grande, populosa, donde era fácil subsistir y pasar desapercibido. Pese a la sempiterna rivalidad que teníamos respecto del fútbol y del liderazgo sudamericano, los brasileños fueron muy empáticos con aquellos que llegaban mirando para atrás y con el alma en la mano. Nos trataron simplemente como hermanos y nos hicieron un lugar para compartir alegrías y desgracias. Personalmente, estaba desde hacía más de un año viviendo en San Pablo y tenía una situación relativamente cómoda, aunque mi residencia tardaba en resolverse pese a la intervención de *despachantes* y de gestiones oficiosas. El destino me había permitido también conocer a Malú, una rionegrina a la que frecuentaba regularmente y con la que iría, más tarde, a compartir el futuro y dos hijos: Corina y Nicolás.

El cotidiano de Luis, quien por cuestiones de seguridad era para todos nosotros Martín, un viejo conocido mío, pasaba por aprender el portugués, reunir todos los compañeros que hubieran pasado la frontera y prepararse para seguir adelante. Su primera salida fue,

obviamente, para comprar cigarrillos, insumo fundamental de todo exiliado. Sabiendo que todos nosotros fumábamos Hollywood, un tabaco rubio y económico, decidió comprarlos y encaró para la calle. Su primera sorpresa fue constatar que en Brasil no había comercios específicos para la venta de tabaco, como los Estancos españoles o los *Sali, Tabacchi e Valori Bollati* italianos, ni como los minúsculos poli-rubros –llamados también kioscos en Argentina, Uruguay o Paraguay. Los cigarrillos se vendían normalmente en *lanchonetes*, esto es, en panaderías y negocios de venta de comida. Y en el primer lugar que encontró, decidió probar su ductilidad lingüística plantándose frente al mostrador donde se exhibían *charutos*, cigarrillos, golosinas y billetes de lotería. Cuando se aproximó un empleado para atenderlo, pidió como al descuido:

—Hollywood, por favor.

El empleado lo miró con cara de quien no entiende bien el pedido y le preguntó a su vez,

—¿*O que você quer?*

—Ho-lly-wood— repitió lentamente Luis, algo nervioso y tratando de pronunciar con el mejor inglés que tenía.

El empleado pareció entender y muy solícito le alcanzó una tableta de chocolate. Luis sonrió –no le quedaba otra- pero hizo señas con la cabeza para indicar que eso no era lo que buscaba y empezó a imitar que fumaba, señalando con insistencia la estantería donde estaban los cigarrillos. El empleado, que comprendió entonces que estaba frente a un extranjero que quería cigarrillos, empezó a recorrer con el dedo las pilas de paquetes que estaban detrás de él hasta que, llegado a los Hollywood, Luis le confirmó asintiendo con la cabeza.

—¿*Oliudi!* ¿*O que você quer é Oliudi!* — y le alcanzó sonriente el ansiado paquete.

Luis suspiró aliviado, se las arregló para ver el precio marcado, pagó y se fue sin contar el vuelto. Llegó furioso al departamento.

— Decime Carlos — me encaró, mostrándome el paquete de Hollywood — ¿Me podés decir como mierda se pronuncia esto en portugués?

— *Oliudi*. En correcto portugués "Hollywood" se pronuncia *oliudi*.

Le expliqué, como ya me lo habían hecho saber antes a mí, que la letra "LL" no existe en portugués, como tampoco las letras "Y" y "W", las cuales han sido abolidas y reemplazadas fonéticamente por "I" y por "U" o por "V". Por otro lado, los nombres terminados en consonantes como "D" o "G" se pronuncian agregando una "I" al final. Por ejemplo: Ford, se pronuncia *Fordi*; Ping-Pong, *Pingi-Pongi*. De allí que Hollywood se pronuncia *Oliudi*. La "H" al principio de una palabra, era siempre muda, como en español. Luis me miró serio y se quedó pensando.

— ¿Entonces, en portugués, al Gran Timonel habría que llamarlo *Mao Tsé Tungí*? ¡Nuestro guía ideológico es *Tungi*, te das cuenta! Nos van a tomar para la chacota... Más tarde, cuando supo que para los habitantes del Gigante Dormido una Libreta de Ahorro era una *Cadermeta de Pupança* y que a la mesa de luz la llamaban *criado mudo*, su desconcierto llegó al paroxismo.

"El alemán", que se había acomodado en una pieza de servicio en el departamento de Malú, pudo hacer venir a su mujer y su hijo desde Buenos Aires, dejó el Partido y se fue a Río de Janeiro a probar suerte. Luis se quedó conmigo en el departamento de Pinheiros y luego se mudó a lo de Malú cuando "el alemán" y su familia dejaron libre la pieza. Gracias a contactos con la comunidad de "turistas", Luis pudo conseguir al poco tiempo un trabajo en una fábrica de accesorios para calzado, propiedad de un argentino que no hacía preguntas ni ponía muchos reparos con los documentos. El trabajo en *Botões Arte Moderna* le trajo reminiscencias de sus primeras armas como operario en Ensenada: la misma rutina, el mismo ruido y, sobre todo, los mismos esclavos de la máquina al servicio de un capitalismo periférico y rapaz. La única diferencia era que aquellos compañeros eran blancos que fumaban Particulares y estos eran negros que fumaban *Oliudi*.

Sin embargo, la lucha era la misma y el compromiso con todos ellos, indeclinable.

Pronto aparecieron algunos de sus compañeros que también habían podido salir del país y en conjunto decidieron poner en marcha un plan de evacuación para aquellos que todavía estaban dispersos en Argentina y Brasil. Luis, como uno de los exiliados más antiguos del Partido, asumió la responsabilidad de la operación y poco a poco lograron reunir a una decena de compañeros junto con sus respectivas familias. La idea era presentarse paulatinamente a la delegación regional del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) pidiendo protección y asilo en algún país europeo. En aquellos años estaba a cargo de dicha delegación el diplomático francés Guy Prim, quien ya había tenido ocasión de romper lanzas en Buenos Aires con la dictadura argentina y que contaba con el incalculable apoyo de Monseñor Paulo Evaristo Arns, arzobispo de San Pablo. Sin ellos, Brasil hubiera sido una ratonera fatal para muchos.

Malú, que trabajaba para una empresa de promoción de un método de lectura veloz, le pidió un día a Martín que cuide de Corina mientras ella iba a dar un curso en una escuela al otro lado de la ciudad. Le dejó un par de biberones preparados y una pila de pañales por si había necesidad de cambiar a la pequeña y partió prometiendo volver al principio de la tarde. Luis, previendo una mañana tranquila, llevó a Corina a pasear a un parque cercano y volviendo compró el diario con la idea de anoticiarse y de paso, adentrarse en la lengua de Camoões. Subió al departamento, se hizo un buen café y se apoltronó en un sillón para leer con detenimiento la Folha de São Paulo, el único diario más o menos potable que circulaba en San Pablo por aquellos años. A poco de empezar se le heló la sangre. Su fotografía, impresa a dos columnas campeaba en medio de la página acompañada por una inquietante leyenda que incluía, además de su verdadero nombre y algunas señas particulares, la leyenda "Terrorista argentino prófugo" ¡Qué *cagada!* pensó. Las malas noticias corrían rápido. Sin pensarlo dos veces, hizo su macuto, llenó un bolso con las mamaderas y los

pañales y escribió una nota a Malú informándole que dejaba a la beba en casa de amigos comunes. Salió saludando al *zelador* mirando por las dudas para otro lado y se fue caminando hasta la casa donde dejó a Corina. Allí resumió lo sucedido y siguiendo los consejos y contactos del dueño de casa –un ex-periodista amigo- se fue a refugiar a una congregación de franciscanos “progres” de Campinas, una ciudad a 100 km de San Pablo. A partir de ese momento –fines de agosto de 1978- se hizo impostergable la necesidad de acelerar las presentaciones ante la ACNUR para garantizar su seguridad y la del resto de sus compañeros en Brasil y poder asilarse en otro país. Los trámites fueron expeditivos y en poco tiempo el grupo de militantes reunidos –unos diez- y sus respectivas familias contaron con el resguardo del ACNUR y el apoyo económico del Arzobispado paulista. Juntando los magros subsidios de supervivencia que les arrimaba Justicia y Paz, el grupo decidió concentrarse en la zona de Río de Janeiro y terminaron por alquilar una amplia casa sobre la playa de Maricá, una ciudad al norte de Niterói. Para soslayar suspicacias y articular una historia plausible, se presentaron como una *troupe* teatral argentina que estaba de vacaciones ensayando una nueva obra. Fueron bien acogidos por los lugareños. Una vez que los visitamos Malú y yo, los encontramos en plena tarea de darle una mano de cal al frente de la casa ante la mirada de reconocimiento de la dueña, una simpática viejita que les había alquilado el caserón por una bicoca.

De cualquier manera, faltaba Sofía. Imaginamos entonces una arriesgada maniobra: invitar a Renata a venir con ella a Brasil para festejar el fin de año. Sabíamos que mamá debía pedirle una autorización de viaje a la Jueza del Tribunal de Menores, pero confiamos en su natural habilidad para sortear el escollo. Como al pasar, le pedimos que traiga algo de abrigo pues las noches paulistas eran frescas y no queríamos que Sofía se resfríe. Le resultó raro, pero después comprendió el porqué. Así pues, Renata, Sofía y una vieja amiga de la familia, Felisa, llegaron una tarde de fines de diciembre de 1978 sin sospechar del emotivo encuentro que tendría con su hijo ausente y

de la desgarradora noticia de tener que dejarle a Sofía en sus brazos. Luis las esperaba emocionado con lágrimas de dolor y de alegría.

Una semana más tarde, el ACNUR otorgó el status de refugiados a Luis y a Sofía, comunicándoles al mismo tiempo que el Estado brasileño consideraba a Luis persona *non grata* por haber entrado al país con documentación falsa y ordenaba su expulsión perentoria. Mientras tanto, la delegación del ACNUR avanzaba en la búsqueda de un país de asilo para todo el grupo. La primera opción era España, por razones de idioma. La segunda, Italia, por razones de ascendencia parental y la tercera Suecia, pues como les dejó entender la secretaria de Prim, era el país más abierto a los refugiados y “seguro que aceptaba”. Paradojalmente, España planteaba una “objeción geográfica” para no acoger aquellos que escapaban de las dictaduras sudamericanas –Chile exceptuado- prefiriendo abrirle los brazos a las víctimas del “comunismo” de Europa del Este, lo que dejaba al descubierto que la objeción planteada era más ideológica que geográfica. En lo que tocaba Italia, las buenas relaciones que ésta tenía con el gobierno del General Videla gracias a la tenebrosa logia Propaganda Due de Lucio Gelli, dejaba de lado toda ilusión de Luis y de varios de sus compañeros de volver a la tierra de sus ancestros. Finalmente, Suecia aceptó sin reparos a todo el grupo y la *troupe* de Maricá se preparó para partir en los primeros días del año entrante.

Para conmemorar el encuentro-despedida, nos reunimos todos en la playa de Copacabana la noche del 31 de diciembre al 1° de enero, momento en que se realiza el homenaje a Iemanjá, la diosa del mar. Durante esa noche, miles de mujeres vestidas de blanco depositan en la orilla ofrendas florales solicitando a la Diosa que sus hijos y maridos pescadores regresen sanos y salvos después de la pesca. La ceremonia se complementa con cientos de pequeños círculos de fervientes rodeando a algunas ancianas que bailan y rezan fumando *charutos*, invocan la majestad de Iemanjá y bendicen quienes se acercan a tocar el ruedo de sus vestidos o a suplicarles que intercedan en favor de un ser querido. Allí estábamos todos, tratando de disfrutar un ambiente

de alegría y esperanza cuando de repente, impulsada quizás por un repentino fervor místico, Renata tomó a Sofía en sus brazos y se la acercó a una de estas ancianas que recitaba plegarias envuelta en una nube de humo. La anciana posó su mano sobre la cabeza de Sofía y sin decir nada la envolvió con una espesa bocanada de humo. Luis y yo, que asistíamos a la escena a unos metros de distancia, nos miramos cómplices esperando que esa sincrética *benção* sea más efectiva que un abrazo del Papa.

A medida que se acercaba medianoche, un frenesí empezó a recorrer la muchedumbre, que ya empezaba a estar pasada de tabaco, alcohol y otras “hierbas”. Algo se aproximaba. Sonadas las 12 se desató un festival de fuegos artificiales que, partiendo de las terrazas de los edificios que bordeaban a la playa, cubrían el cielo de estrellas y cascadas de luz al ruido de petardos y bombas. Todos estábamos maravillados con el espectáculo. De pronto, se oyó gritar a Sofía:

—¡No! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No!

Nos quedamos mudos. Luis la alzó con cariño, abrazó a Renata y ambos salieron llorando rumbo a la avenida Atlántica, mientras que el resto levantábamos campamento con el corazón en la boca. ¿Por qué Sofía invocó a Silvia? ¿Qué recuerdo terrible la había invadido? Todo eran conjeturas y supuestos. Lo más probable, pensamos luego, era que el secuestro de Silvia no fue sin violencia como le había asegurado la jueza del Tribunal de Menores a Renata. Debe haber habido tiros, sin duda.

Una semana más tarde, el 8 de enero del flamante 1979 despedíamos en el Galeão a Luis, Sofía y los restos de un PCML-A agonizante, vencido pero irreductible, que embarcaba en un avión de la SAS rumbo a Suecia. Todos estaban aliviados pero a la vez tristes de dejar atrás una Sudamérica sumergida en el dolor y sin saber si algún día volverían a su tierra y a su cielo. Llevaban poco equipaje y un *Laissez-Passer* de las Naciones Unidas que les permitiría viajar, entrar y permanecer en todos los países signatarios de la Convención, con excepción de la

Argentina, por razones obvias. Algunos lloraban, otros estaban serios y pensativos. Al menos, pensaban, habían recuperado su identidad.

Malú, Corina y yo nos volvimos a San Pablo. Mamá y Felisa a la Argentina. Llegada a La Plata, Renata pidió una audiencia con la Jueza del Tribunal de Menores que la había autorizado a viajar con Sofía a Brasil.

—¿Y qué tal, cómo le fue en sus vacaciones con Sofía en Brasil? — la encaró la Jueza del vamos.

—¿Sabe Doctora? Cuando llegué a San Pablo, me sorprendió la presencia de Luis, el padre de Sofía. Me pidió que le dejara a la nena en sus manos, pues, según me dijo, tenía todo arreglado para seguir viaje a un país europeo... ¿Qué más podía haber hecho, Doctora?

Tras un interminable segundo, la voz de la Jueza resonó con un dejo de cinismo contenido,

—¡Pero qué bien Señora; qué mejor para la pequeña que reencontrarse con su padre! No se preocupe, hizo bien— Y dio por terminada la audiencia.

Renata volvió a la Plata y se quedó sola, impotente, añorando la presencia de Sofía y de todos nosotros, sin saber cuándo ni dónde volvería a vernos. El pasaje de Luis y Sofía por San Pablo marcó también mi destino, el de Malú y el de Corina. La unión de los tres se había consolidado, pero quedaban muchas cuestiones pendientes. El nacimiento de Corina y un puesto de docente en la Universidade Federal de São Carlos, posibilitaron que Malú obtuviese su residencia permanente en Brasil. Pero el suscripto, cuyos pedidos de residencia habían caído en la nada, estaba obligado a viajar regularmente a la frontera paraguaya para renovar una visa de turista, única posibilidad para continuar viviendo cerca de sus dos amores. Pero el paso de Luis por Brasil, su abortada clandestinidad y su necesidad de refugiarse, me habían puesto contra las cuerdas. Su apellido era también el mío y nadie podía garantizarme que eso no nos traería serios problemas de seguridad. Había comenzado una alocada contraofensiva de Montoneros contra el régimen argentino y el Cono Sur hervía de golpes

bajos donde muchos “simpatizantes” y “colaboradores” de movimientos libertarios (desde dentro y fuera del país) corrían muchos riesgos. Ante tal eventualidad, me pareció prudente seguir los pasos de Luis y poco después de su partida, me presenté a Prim para pedir protección y un país de exilio. Malú no lo supo hasta que, en octubre de 1979, una carta del ACNUR me informaba que Canadá me aceptaba como inmigrante con el patrocinio de la mismísima reina Elizabeth II. Había un sólo problema: Malú se acababa de enterar que estaba embarazada y la noticia le cayó como un balde de agua fría.

—Ahora que tenemos residencia, trabajo y otro hijo en camino, vos te querés ir a Canadá. ¿Estás loco? ¿Nos abandonás?

—Jamás. Cuando llegue, haré inmediatamente gestiones para que vos y Corina viajen. Son mi familia ¿No?

—¿Y si no marcha? Otro parto sola no me lo banco ...

—Yo no las abandono. Si no pueden viajar, vuelvo.

Malú se quedó más tranquila y empezamos a planificar una nueva vida. Ni yo ni ella sospechábamos que mi vuelta a Brasil iba a ser imposible de concretar. Cuando me presenté en la DOPS para sellar mi visa de salida, un fiero policía que llevaba el zoológico apellido de Aranha Peixe, me estampó en el pasaporte un sello rojo con la mención *Visto de saída definitivo* con un rictus de sorna. Dicho de otra forma: te vas, pero no volvés más, pibe.

Finalmente, todo salió bien y en junio de 1980, Malú y Corina aterrizaron en Montreal gracias a la solidaridad de muchos. Quince días más tarde, nacía Nicolás. Cuarenta y dos años después, todavía vivimos en Quebec.

LUIS Y SOFÍA

Alvesta, 1979

Después de una escala en Copenhague, el vuelo que llevaba a Luis y a Sofía al exilio aterrizó en Väckjö, una pequeña ciudad a 400 km al sur de Estocolmo. Noche cerrada, 27°C bajo cero y nieve. Mucha nieve. Eran cerca de cincuenta refugiados, en su mayoría argentinos, aunque también había uruguayos que, como ellos, habían pasado por Brasil buscando seguridad y asilo. Escapaban de la dictadura cívico-militar del presidente títere Aparicio Méndez, un jurista de ideología fascista que tuvo triste fama por haber proscrito la participación política de más de 15.000 uruguayos durante 15 años. Sudamérica era riesgosa para todos aquellos que querían un mundo más humano y justo.

Apenas desembarcados, subieron a los exiliados-refugiados a un ómnibus donde los esperaba una funcionaria sueca, con más pinta de aeromoza que de funcionaria, quien a poco de arrancar empuñó un micrófono y en un correcto español, pero de indefinible origen, los saludó:

—Bienvenidos a Suecia. En una hora aproximadamente llegaremos a Alvesta, la localidad donde está el campamento para refugiados de las Naciones Unidas que los hospedarán. Tras un refrigerio, se procederá a entregarles los respectivos espacios de alojamiento. Mañana por la mañana los llevaremos a comprar el vestuario indispensable para sobrellevar la temporada invernal. Si tienen preguntas estamos a disposición. De nuevo, bienvenidos a Suecia.

Viendo el gélido desfile de pinos nevados, Luis se hacía mil conjeturas mientras su mirada iba desde sus desvencijados mocasines a Sofía y de allí a los inquietos rostros de sus compañeros. Todo era *terra*

incognita. De pronto, el ómnibus tomó un camino lateral bordeado de pinos y abedules helados y llegó a un conglomerado con aire de *resort* invernal que tenía forma de herradura, con muchas cabañas dispuestas radialmente en torno a una plazoleta central. Cuatro edificios que, según la funcionaria/azafata, eran la administración, la enfermería, un salón de usos múltiples y un comedor comunitario completaban el campamento. Cuando Luis, envuelto en una frazada y con Sofía en brazos, cruzó el umbral de la cabaña que se le había asignado, descubrió un decorado de serie televisiva norteamericana amueblado por IKEA. Un salón, un baño y dos dormitorios equipados con todo lo necesario, desde sábanas, mantas y toallas hasta elementos de higiene. Para Sofía, un cepillo de dientes infantil y dentífrico correspondiente; para Luis, hasta material para afeitarse. Todo estaba previsto, limpio y ordenado. Ambos se bañaron con lentitud y se acostaron. Hacía mucho tiempo que Luis no dormía en una verdadera cama.

Los días subsiguientes fueron para equiparse, hacer controles médicos y tratar de hacer pie en ese extraño país. No había alambrados ni muros que los separaban del resto de la comunidad, pero el hecho de estar alejados, sin medios de comunicación con el exterior, constreñidos a cohabitar en un medio cerrado, autosuficiente y reglamentado donde todo tenía su lugar y su tiempo; le daba a Luis la sensación de estar participando en un experimento psicosocial a gran escala, donde el campamento era un gran laboratorio y ellos, los cobayos. La distribución panóptica de las cabañas no era, a su entender, fortuita. ¿Habría quizás un *Big Brother* espiando? La duda duró poco y rápidamente el *welfare* sueco lo tranquilizó proveyendo todo lo necesario para poder integrarse al nuevo país: libertad absoluta de movimientos, cursos de idioma, asistencia médica total, créditos para eventuales estudios universitarios y demás. Cuando los cursos de adaptación terminaron, les propusieron dispersarse en el sur del país, ayudándolos a encontrar casa, trabajo, guarderías para los niños con maestras hispanoparlantes y escuelas para los que estaban en edad. Luis y Sofía terminaron compartiendo con otra familia del contingente un espa-

cioso departamento en Norsburg, condado de Estocolmo, donde Luis consiguió trabajo como empleado de limpieza en un hospital local. Isabel, Eduardo y su hija Verónica, sus co-locatarios, aportaron un marco familiar que los acompañó durante toda su estancia en Suecia. Sofía tuvo una figura femenina en Isabel y una hermanita postiza en Verónica.

Suecia los sorprendió. Venidos de una Sudamérica caótica y subdesarrollada, gobernada por tiranos de baja estofa, electos o golpistas, se encontraron con un país ordenado, próspero y socialmente equitativo que los interpeló profundamente. Una monarquía parlamentaria con un rey que reinaba pero que no gobernaba y que respetaba escrupulosamente la gestión del Estado en manos de un parlamento electo que funcionaba. Y funcionaba bien. ¿Sería éste el modelo a seguir y no el chino? Más de uno lo pensó.

Una vez instalados, una parte del grupo de exiliados del PCML-A reanudaron la militancia. Otros anunciaron su intención de abandonar las filas de la revolución, integrarse a la sociedad sueca y eventualmente, volver a la Argentina cuando las circunstancias lo permitiesen. El alemán, su mujer y su hijo fueron de esos. Los que decidieron continuar la lucha, se abocaron a reunir datos sobre los cientos de compañeros desaparecidos o prisioneros de la dictadura argentina y denunciar sus casos ante la Naciones Unidas, el Parlamento Europeo y otras organizaciones de defensa de los Derechos Humanos. Luis asumió la conducción de los restos del PCML-A y se abocó alma y vida a la militancia, dejando en segundo plano sus relaciones familiares. Como padre, estaba ausente. Su trabajo en el hospital, las interminables reuniones con los compañeros o las gestiones ante grupos de ayuda y apoyo no le dejaban mucho tiempo para estar con Sofía. En 1980, cuando las Madres de Plaza de Mayo recibieron un premio en Suecia por su compromiso con los detenidos-desaparecidos en Argentina, Luis abrazó su causa y estableció con ellas una fértil relación que se prolongaría por muchos años.

Al cabo de un tiempo, las dificultades lingüísticas, climáticas y culturales se hicieron difíciles de superar. El idioma, pese a los cursos y los esfuerzos hechos, estaba a años luz de ser dominado como lengua de comunicación y sólo les era útil para hacer compras, leer instrucciones y recibir consignas. Si querían viajar, tenían que chapurrear algo de inglés, si no, no. Soñaban con playas llenas de mosquitos o con ver un partido de fútbol desde un tablón de la hinchada local. Les faltaba todo aquello que no podía darles una cultura tan estructurada y descarnada como la sueca, que los acogía y los ayudaba, pero que no los integraba y con la cual era casi imposible comunicarse. Recibían ansiosos la visitas de aquellos que traían discos, casetes con música o mensajes, yerba y dulce de leche de la lejana patria. Casi a fines del 81, Renata juntó algunos pesos, vendió algunas joyas y fue a visitarlos. Se pasó tres semanas haciendo milanesas, raviolos y cuanta comida podía aplacar tanta morriña. Volvió a La Plata con nostalgias insatisfechas a masticar su soledad.

Finalmente, después de casi tres años de tratar de hacer pie en Suecia, los sobrevivientes del PCML-A decidieron buscar otros aires, otras latitudes más afines con su cultura, sus costumbres y, sobre todo, más cálidas, tanto en lo humano como en lo climático. Fue así que un grupo de irreductibles, tenaz pero poco numeroso, se fue mudando paulatinamente a un viejo castillo en las afueras de Milán conocido como la Rocca Brivio. Construido alrededor del 1200 como baluarte defensivo de la frontera sur del ducado de Milán y reconstruido en estilo barroco seis siglos más tarde, terminó siendo la residencia de los marqueses Brivio-Sforza, señores del lugar. Su última heredera, la marquesa Concetta Brivio, donó a su muerte el predio a la congregación religiosa de los Siervos de María bajo dos condiciones: oficiar diariamente una misa en su memoria y promover tareas de "solidaridad y asistencia social" en la comunidad circundante. Una permanencia de clérigos y una Asociación Cultural velaron por ambas. Gracias a las relaciones que los sobrevivientes del PCML-A habían establecido con los representantes de Milán de la Liga por los Derechos del Hombre

–ex Tribunal Russell– el grupo de exilados consiguió instalarse permanentemente en la Rocca para continuar su exilio. Un nuevo panorama de posibilidades se abría delante de ellos.

La desgastada dictadura argentina, después de haber aplastado todo intento subversivo, empezó a elucubrar sobre la posibilidad de perpetuarse en el poder. Había logrado, según ella, que la selección nacional se consagrara campeón mundial de fútbol, pero necesitaban concretar alguna otra gesta que los entronice como garantes *ad vita aeternum* de la felicidad del pueblo y de los más grandes intereses de la Patria. Como triunfantes soldados que se consideraban, no tuvieron mejor idea que recuperar *manu militari* a las Islas Malvinas, ocupadas por Gran Bretaña desde 1833 bajo el nombre de Falklands, y reivindicadas como propias por la Argentina. Pretendían que un triunfo de esa índole les permitiera barrer bajo la alfombra las barbaridades cometidas y encumbrar las Fuerzas Armadas en el bronce de la historia. El alto mando argentino contaba con que Gran Bretaña iba a reaccionar como lo había hecho durante la crisis del Canal de Suez en 1956: tirarían algunos cañonazos, negociarían y se volverían luego a Inglaterra con el rabo entre las piernas. Pero resulta que Margaret Thatcher, primer ministro británico de la época, no era como su par Anthony Eden y la mojada de oreja que un general sudaca le hizo a su Graciosa Majestad, le vino al pelo para desatar una feroz respuesta que le permitiría redorar la imagen del Imperio y aumentar su propia popularidad. El conflicto, que terminó con la derrota argentina en junio de 1982, posibilitó finalmente la reelección de la Dama de Hierro y aceleró la caída de la Junta de Comandantes, que empezó a buscar alguna forma elegante de volver a los cuarteles sin perder el poder de tutelaje. Su final como gobierno estaba sellado. La sociedad argentina les estaba dando un *visto de saída definitivo*.

Gracias a un subsidio del Gobierno del Quebec, Malú, que cursaba su *PhD* en la Universidad Laval, contaba con presentar un *paper* en el Congreso de la Organización Mundial para la Educación Preescolar (OMEP) que tendría lugar en Ginebra en junio de 1983. Buena oportu-

tunidad, pensamos, para hacernos una escapada conjunta a Europa y visitar a Luis y Sofía en Milán. Viajamos solos a París –Corina y Nicolás se quedaron con amigos en Quebec- alquilamos un auto y nos fuimos cantando bajito para Ginebra, donde yo aproveché para consultar y comprar documentación necesaria para mis estudios de maestría en Arquitectura. Terminado el Congreso, convenimos con Malú en telefonar a Luis para que se nos uniera en Suiza y poder rumbear juntos a Milán. Desde un teléfono público, llamé a la Rocca y apenas respondieron, me anuncié,

—Buenas tardes. Necesitaría hablar con el señor *Martín Nabor Zalazar*...

Un pesado silencio se instaló del otro lado de la línea. Pasaron algunos segundos hasta que se escuchó la voz de Luis, visiblemente cauta:

—¿Quién habla?

—¡Carlos, tu hermano!

Se lo sintió más relajado, pero me hizo saber más tarde que mi broma no había caído muy bien. Los exiliados de la Rocca todavía dormían con un ojo abierto por temores bien fundados. Combinamos para encontrarnos días más tarde y fue un gusto abrazarlo a las orillas del lago Lemán, a falta de poder hacerlo en Punta Lara, a orillas del Plata.

Los aguerridos sobrevivientes del PCML-A se habían instalado en lo que otrora había sido el alojamiento del personal de servicio de la Rocca, contiguo a la cocina ducal y que tenía un acceso independiente desde el *cortile* del castillo. No pagaban alquiler, pero colaboraban con la Asociación Cultural de la Rocca Brivio prestando servicios de mantenimiento y en algunos de los eventos culturales que organizaba la misma. Desde que llegaron, el grupo hacía muchas reuniones de reflexión y por supuesto, de autocrítica y estudio. Luis, por su parte, continuaba con su apoyo desde Europa a las Madres de Plaza de Mayo. Vivían en comunidad compartiendo ingresos, gastos y responsabilidades que administraban de común acuerdo. Cada uno aportaba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades.

Socializaban todo, incluyendo comidas, salidas y “vicios chicos” como el mate y los cigarrillos. Dos cosas nos llamaron la atención: lo exiguo del espacio habitable disponible y una división de tareas algo teñida de conservadurismo patriarcal. Tres dormitorios, una cocina-comedor y dos baños para seis adultos y cuatro chicos era poco espacio y generaba no pocos conflictos y roces domésticos. Los hombres trataban de rentabilizar penosamente una carpintería mecánica que habían instalado en las antiguas caballerizas de la Rocca, mientras que las mujeres se encargaban de la cocina, así como del cuidado y acompañamiento de los niños. La limpieza y las compras las compartían entre todos. Algo así como un *kibbutz* en plena Lombardía.

Nuestra llegada implicó que Luis y Sofía nos dieran la pieza que compartían y fueron a dormir a lo de una vecina, Nicoletta, una joven estudiante de Rimini que habitaba sola en otra ala del castillo. Pasamos tres días con ellos entre mates, cigarrillos y vino local, poniéndonos al día después de casi dos años de separación. Aprovechamos también para tomarnos unas pequeñas vacaciones con Luis y Sofía haciendo camping a orillas del Tirreno. Ellos las necesitaban y nosotros también. Hablamos muy poco de futuros propios y ajenos.

Un aire de esperanza entró a soplar sobre la Rocca a mediados de 1983. Los militares argentinos habían decidido ahuecar el ala y en diciembre de ese mismo año convocaron nuevas elecciones, esta vez sin proscripciones, que llevaron al poder a Raúl Alfonsín, un abogado Radical cuyo gobierno inició un juicio público a las Juntas de Comandantes que habían asolado el país en los últimos años. Pero su gestión estuvo sembrada de conflictos: las Fuerzas militares disconformes hicieron varias asonadas, sufrió más de 4000 huelgas sectoriales y 13 generales alentadas por un sindicalismo adverso y tuvo que confrontar hasta la toma de un cuartel –La Tablada– por fuerzas emparentadas con el ERP, la guerrilla urbana del PRT. Las malas cosechas y una hiperinflación galopante precipitaron finalmente una crisis que degeneró en desmanes y saqueos, obligando al Ejecutivo a ceder

el poder anticipadamente al peronista Carlos S. Menem, ganador de las elecciones presidenciales de 1989.

Poco después del regreso de la democracia, se hace presente en la Rocca Brivio un ex dirigente del PCML-A, amnistiado y liberado a instancias del nuevo gobierno. Para los resistentes era la visita más esperada, el corolario de todos los esfuerzos y reflexiones que habían tenido durante los últimos años. Se abrazaron y se reconocieron después de tantas ausencias, de tantos desencuentros y de tantas pérdidas. Después de los pases de novedades, pasaron al nudo del problema: el futuro del Partido. Luis, como líder del grupo, hizo el resumen de las reflexiones y autocríticas que habían realizado en los años de exilio y las expectativas que tenían respecto del Partido. El antiguo cuadro respondió taxativo:

—El PCML-A no existe más y las posibilidades de hacerlo renacer son prácticamente nulas. Nuestra estructura partidaria es inexistente, nuestros escasos militantes restantes se encuentran desperdigados por el mundo y nuestras ideas y posiciones ideológicas están siendo cuestionadas. Por otro lado, Argentina está en un callejón político y económico sin salida y lo peor, es que la masa y buena parte de sus dirigentes está despolitizada. Hay un exitismo imperante que parece adormecer un pueblo que ya no quiere despertar ni asumirse...

Todos se miraron en silencio. ¿Qué les aconsejaba él, un cuadro de tantos años de militancia, que había pasado por los tenebrosos sótanos de la represión y que sufrió años de cárcel?

—Creo que cada uno de nosotros tiene que tomar el camino que sus propias reflexiones consideren más justo...— concluyó evasivo.

Una fría lápida se abatió sobre el grupo de sobrevivientes. Lo que había sido la esperanza de un nuevo bautismo, se transformó en un triste funeral. A partir de allí el destino los separaba, quizá para siempre, y el PCML-A entraba al cofre de los recuerdos. Luis se levantó y se fue a fumar al *cortile*. Sentía que estaba otra vez frente a un abismal dilema. Por un lado, se liberaba de una gran responsabilidad que lo había convocado durante ocho años, pero al mismo tiempo, sentía

que la situación le franqueaba la oportunidad para continuar peleando en otro frente por los ideales de justicia y emancipación que lo animaban. ¿Abandonar la lucha? Jamás. Las Madres de Plaza de Mayo serían su nuevo espacio de militancia.

Días después, todos hacían proyectos de partida y de reinstalación. La mayoría volvió a la Argentina, a retomar sus cotidianos como sea. Luis, prefirió quedarse en la Rocca junto con Sofía y continuar la lucha. Uno sólo, vaya a saber por qué, decidió volver a Suecia, mientras que su mujer y sus hijas regresaron a La Plata. Poco a poco el *cortile* empezó a despoblarse dejando a Luis y a Sofía solos. Pero esa soledad duró poco. Trabajó con Nicoletta, la solícita vecina de la Rocca, una relación que se fue consolidando con los meses y el duro militante, que había confinado el amor a favor de la actividad política, abrió su corazón y se unieron en pareja. Él comenzó como changador haciendo mudanzas, Nicoletta dactilografiaba textos para terceros mientras cursaba Psicología en la Universidad de Padua y Sofía tenía una nueva figura materna. La pareja creció y se afianzó con el nacimiento de Agnese en 1985 y de Lucía en 1987. Dos meses después del nacimiento de Lucía, dejaron la Rocca Brivio y se mudaron a un pequeño apartamento de San Giuliano Milanese.

Luis continuó trabajando para las Madres de Plaza de Mayo, difundiendo sus reivindicaciones y contactando a otros grupos para conseguir apoyo político y económico para la Asociación. Fundó y presidió la Solidaridad Italiana con la Madres de Plaza de Mayo (SIMA) y realizó representaciones en su nombre, así como varios congresos anuales, algunos de ellos se llevaron a cabo años más tarde en la Rocca Brivio con la presencia de Hebe María Pastor de Bonafini, cofundadora de la AMPM y presidente de la misma. Junto a un grupo similar francés (SOLMA) publicaron un boletín informativo, realizaron contactos y consiguieron más subsidios y donaciones para las Madres. Tal como había sucedido en Brasil y en Suecia, el trabajo militante ocupaba la mayor parte de su tiempo y no le permitía una presencia activa en la vida familiar. Sus

ausencias empezaron a erosionar su relación con Nicoletta y sus hijas. Militancia y familia continuaban siendo excluyentes.

El Gobierno de Carlos Saúl Menem plantó definitivamente la bandera del neoliberalismo en la Argentina. Durante su mandato, privatizó las principales empresas del Estado y redujo fuertemente muchos servicios y programas sociales. La energía, las telecomunicaciones, los transportes, el agua potable y hasta el régimen público de pensiones y jubilaciones pasaron a manos privadas o mixtas. Convocó una Convención Constituyente -donde el Justicialismo tuvo mayoría- con el objetivo explícito de “modernizar” la Constitución, pero que en realidad buscaba su reelección presidencial. Desparrramó dinero a troche y moche, haciendo que el país caiga en un desenfrenado consumo y logrando, de paso, enriquecerse vergonzosamente. Perdonó a los militares que había condenado el gobierno anterior e intentó cooptar la protesta de los sobrevivientes y familiares de los encarcelados, torturados y desaparecidos, ofreciendo mucho dinero a guisa de reparaciones y para que éstos renunciaran a toda demanda criminal contra el Estado. De más está decir que Luis, como una minoría de incondicionales -como las Madres de Plaza de Mayo en aquellos años- no aceptaron lo que fue considerado como un soborno y siguieron reclamando por la aparición con vida de las víctimas y por el castigo de los victimarios.

La familia se mudó más tarde a otro departamento de San Giuliano, más moderno, más espacioso y mejor situado, donde poco tiempo después nació otra hija, Matilde. Luis consiguió un puesto permanente como encargado de mantenimiento en el Villaggio della Madre e del Fanciullo, una ONG situada en el norte de Milán dedicada a acompañar madres solteras, mientras que Nicoletta se recibió de psicóloga y ganó un concurso para ingresar al Sistema Público de Salud. Sofía, que ya había alcanzado la mayoría de edad, partió a estudiar a la Universidad de Padua. Agnese y Lucía terminaron la escuela elemental y empezaron sus estudios secundarios. Al mismo tiempo, Luis empezó a hacer gestiones para obtener la ciudadanía europea y

disfrutar así de los beneficios que ésta conllevaba, principalmente el acceso al régimen sanitario y previsional italiano. Rocco, un tío-abuelo nuestro casado con Lari que vivía en Trieste, lo ayudó a sortear el burocrático trámite y un dictamen favorable del gobierno italiano llegó tiempo después.

Luis tenía una causa, una familia y un pasaporte europeo. Pero su cabeza estaba en Argentina. Corría el año 1995.

LUIS Y SARA

San Giuliano Milanese, 1995

Volver al terruño es para todo exiliado un deseo permanente e inalienable y Luis no estuvo exento. Lo había invadido un halo de nostalgia y Argentina lo interpelaba constantemente. Se había descubierto como artista/artesano y el poco tiempo libre que tenía lo dedicaba a trabajar la madera y a construir esculturas con desechos de metal cromados. Todo resto de accesorios de cocina, electricidad y mecánica que caía en sus manos terminaba formando parte de esculturas antropomórficas, artefactos de iluminación, aves, guerreros fantásticos o insólitas máquinas voladoras. Pero todo eso era un pasatiempo, no un destino. Su destino, bien lo sabía, estaba en Argentina y no en Italia, cuya realidad sociopolítica no le interesaba. Esa ambigua sensación de “estar y no estar” lo agobiaba e interfería permanentemente en su relación familiar. Quizá esa fue la causa de un paulatino distanciamiento entre él y Nicoletta que se fue acentuando con el tiempo.

Al filo del fin del siglo XX, asumió en Argentina Fernando de la Rúa, un abogado bonaerense de viejo cuño Radical. Liderando un gobierno de coalición de Radicales y el FREPASO, una confederación de partidos de centroizquierda, intentó reorientar el país desde una perspectiva monetarista y reduciendo el gasto público. Gobierno débil e incapaz de gobernar que, para capear una crisis económica iniciada en 1998, se vio obligado a depender cada vez más del endeudamiento externo, lo que terminó ahogando la economía del país. A mitad del mandato, en diciembre de 2001, un estallido social generalizado -al cual el peronismo no fue ajeno- sumado a denuncias de negocia-

dos organizadas desde lo más alto del poder, obligó al presidente a renunciar. Siguió un interregno de tres presidentes que terminó con la asunción de Eduardo Duhalde, presidente del Senado, quien fue mandatado para gobernar hasta el fin del período presidencial. A partir de allí, toda la clase política comenzó a tomar posiciones y a velar armas esperando las próximas elecciones.

Coincidiendo con la asunción del gobierno Radical-FREPASO, la Asociación de Madres Plaza de Mayo había decidido ampliar su abanico referencial creando la Biblioteca Popular Julio Huasi, el Café Literario Osvaldo Bayer, una radio para difundir las actividades de la Asociación y fundamentalmente una Universidad Popular, la UPMPM, destinada a la “formación política y ética de las nuevas generaciones sobre la base de la defensa de los Derechos Humanos y de la formación del pensamiento crítico”. Un interesante proyecto, con el que Luis se comprometió totalmente.

A principios de 2001, nos encontramos en Salvador de Bahía, Brasil. Malú estaba pasando un año sabático en universidades del Nordeste brasileño y Luis, de paso a Buenos Aires, nos visitó y aprovechó el encuentro para hacernos partícipes de una propuesta recibida poco tiempo antes. La recién creada Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo estaba tratando de poner en marcha una Editorial y necesitaba a alguien confiable y de experiencia para hacerse cargo. Hebe, en una escueta charla que habían tenido, lo había convocado sin preámbulos:

—Vení, que te necesitamos.

Luis confesó que la propuesta de Hebe lo confrontaba con un pesado dilema. Por un lado, era la oportunidad de continuar su compromiso asumido con las Madres y con la lucha por una sociedad más justa, volver a su tierra y salir de esa situación de permanecer en San Giuliano con la cabeza en Buenos Aires. Pero que al mismo tiempo implicaba una ruptura, quizá para siempre con Nicoletta y un alejamiento muy difícil de ser aceptado por sus hijas. Era consciente además de su responsabilidad y que su aporte económico era necesario para

ayudar en los gastos y las obligaciones del grupo familiar que Nicoletta no alcanzaba a cubrir. Después de algunas dolorosas reflexiones decidió aceptar. Trabajaría seis meses en Milán como empleado de una empresa de logística, se pagaría el pasaje de ida y vuelta a Buenos Aires y dejaría lo ahorrado en manos de Nicoletta para los gastos de la casa. Los seis meses restantes los pasaría al servicio de la AMPM, quien lo ayudaría con el alojamiento y con un estipendio mínimo para gastos de sustento. Luis se integraba a las Madres como militante y no como empleado. Para él, era muy claro. Para su familia no y para nosotros, tampoco. Y así se lo hicimos saber, pero Luis, fiel a sí mismo, no cambió de idea. Bajó la cabeza y aceleró. *Alea jacta est.*

A fines del 2002, Luis aterrizó finalmente en Buenos Aires para integrarse a una UPMPM en pleno desarrollo. Se puso al servicio de las Madres, tanto para acompañarlas en la marcha semanal alrededor de la Pirámide de Mayo como para ayudar en la organización y coordinación de otros eventos importantes como lo fue la realización del 1º Congreso Internacional de Salud Mental y Derechos Humanos que se llevó a cabo en noviembre del 2002. Ocuparse de la Editorial de la Madres, razón primera por la cual fue convocado, pasó a otras manos por razones que nunca fueron bien esclarecidas. Él era un militante y no elegía su puesto de combate. El poco tiempo libre que tenía lo dedicaba a escribir largas cartas a sus hijas, tratando siempre de explicar y justificar su decisión de ausentarse parte del año para sumarse a un proyecto político que lo convocaba. Lo angustiaba la incompreensión de sus hijas, quienes respondían con evasivas o directamente no lo hacían. Las reflexiones epistolares de Luis no cambiaban los sentimientos de ellas, quienes decían entender su decisión, pero no la aceptaban. Las respuestas que recibió, principalmente de Sofía, fueron lapidarias: “vos te fuiste y, más allá de todo, preferiste estar lejos de nosotras”. Todo ese proceso provocó con el tiempo que la relación entre Luis y sus hijas se fuese degradando, pese a los esfuerzos de ambas partes. Sofía trató de contemporizar y viajó a Buenos Aires en búsqueda de las huellas de Silvia, tuvo largas charlas con Renata

y sus abuelos maternos y hasta contactó algunos de los hijos de los desaparecidos durante la dictadura. Agnese y Lucía lo acompañaron en una visita a Buenos Aires que aparentemente tampoco les sirvió para entender el pasado político argentino ni el presente militante de su padre. La Argentina era para ellas un país distante y desconocido, del cual no compartían ni su cultura ni su historia y que era ajeno a sus intereses y perspectivas futuras.

Luego de las elecciones plebiscitarias donde el electorado argentino se vio obligado a optar entre dos candidatos del riñón peronista, asume el poder Néstor Kirchner, un *outsider* venido del lejano Sur que mostró ser un hábil y pragmático político. Apenas llegado a la Casa Rosada, decapitó y sustituyó la cúpula militar e impulsó la reapertura de los procesos judiciales contra los crímenes de la dictadura del Proceso. Su gobierno se destacó por garantizar la libertad de opinión, aumentar los subsidios sociales, apoyar las reivindicaciones de los movimientos populares y no reprimir sus eventuales protestas. En lo económico-social, mejoró la distribución de la renta nacional, re-estatizó o convirtió en mixtas algunas empresas privatizadas por el menemismo y repuso bajo control estatal el sistema de jubilaciones. Las Madres de Plaza de Mayo fueron recibidas por primera vez en la Casa Rosada, donde en una publicitada ceremonia, el flamante mandatario se declaró "hijo" de ellas e impulsó una alianza que reconoció y satisfizo gran parte de sus demandas.

En diciembre del 2004, coincidiendo con una vuelta de Luis a Italia, Renata pidió celebrar su cumpleaños en San Giuliano junto con toda la familia. Nosotros fuimos desde Quebec y el 30 de diciembre nos reunimos todos alrededor de una mesa para festejar sus 80 años. Pese a las buenas ondas que todos poníamos, el ambiente era tenso. La familia, de hecho, ya no existía: Luis era un huésped más, Nicoletta había comenzado una relación con un compañero de trabajo, Sofía, Agnese y Lucía tenían su propia vida y Matilde, que comenzaba la escuela secundaria, vivía encerrada en sí misma. Apagadas las velitas, todos nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto, sa-

biendo lo difícil que iba a ser. De hecho, fue la primera y última vez que estuvimos todos juntos.

Luis inició un año más tarde una relación con Sara, antigua colaboradora de SIMA -el grupo de apoyo a las Madres que Luis había fundado en Milán- quien con mucha paciencia aportó un poco de calma y de comprensión a un Luis que se debatía por recuperar su destino. Malú y yo empezamos a pensar en volver temporalmente a la Argentina y decidimos comprar y renovar un departamento en el porteño barrio de Palermo. Renata, que empezaba a tener algunos achaques propios de su edad, estaba contenta ante la posibilidad de tenernos a todos más cerca, nietos incluidos. En su cabeza, sus hijos volvían, al menos temporalmente. Pero la alegría del reencuentro duró poco, pues un cáncer que había sido detectado y tratado unos años antes volvió a hacerse presente y nos puso a todos sobre ascuas. La oncóloga tratante recomendó entonces iniciar una radioterapia en un reconocido instituto de La Plata que, vaya coincidencia, pertenecía al Dr. Oscar Casas, el mismo que había tratado a papá 37 años antes por igual diagnóstico. Cuando fuimos por primera vez al Instituto para iniciar las irradiaciones, aproveché para saludarlo y charlar un rato en privado con él sobre historias comunes y obviamente, el cáncer de Renata. Oscar me contó que había hecho cursos en Canadá, que su Instituto tenía los últimos adelantos en la materia y que esperaba que el tratamiento que se iniciaba daría buenos resultados. Al volver al departamento le conté a mamá lo hablado con Casas. Ella quedó esperanzada y yo...escéptico.

Poco a poco, Luis y yo empezamos alternar nuestras visitas a Buenos Aires para que ella estuviese siempre acompañada al menos por uno de nosotros. Contratamos una señora para que la ayudara en las tareas domésticas y le sirviera de compañía, pero eso no mejoró su carácter, que se hizo de más en más agrio y pesimista. Durante el invierno austral del 2007, decidí quedarme un poco más en Buenos Aires mientras que Luis volvía a Italia, como estaba previsto. Contraté una chica algo más hábil que la señora que la cuidaba hasta entonces

y a instancias de Renata, que me aseguraba que estaba mejor, regresé a Quebec el 14 de octubre. Unos días después, el 27, una llamada de una vieja amiga de la familia me anunció que mamá había fallecido. Se me heló el corazón. Viajé urgente, pero llegué tarde para su sepelio y me incliné impotente ante la cruz de una sepultura recién hecha, acongojado por haberla dejado morir sola. Luis, en la distancia, vivió lo mismo. Volví al departamento de La Plata con la cabeza dando vueltas, donde me esperaba la muchacha que había compartido las últimas horas de mi madre. Me contó que el día antes de fallecer, Renata se sintió mal y pidió una ambulancia para ir a consultar su oncóloga, quien al verla llegar la internó inmediatamente. Presentaba un cuadro de deshidratación avanzado y que estaba semi-inconsciente. Me confesó que al no saber qué hacer, prefirió quedarse parte de la noche junto ella. Paró su relato y me preguntó intrigada:

—¿Quién es Sofía?

—Mi sobrina. La hija de mi hermano Luis, que vive en Italia ¿Por qué?

—Había pasado una hora desde que la internaron cuando su madre se despertó de golpe, algo aturdida— retomó la muchacha —me miró y sonrió contenta.

—¡Sofía! ¡Qué lindo que viniste! Tenía tantas ganas de verte...

—Y se volvió a dormir con una sonrisa. Me quedé un rato más y regresé al departamento. A la mañana siguiente me llamaron para decirme que su mamá había fallecido.

Me quedé de una pieza. Renata había pensado que Sofía, su querida Nani, había llegado a tiempo para acompañarla en su partida. No había muerto sola, entonces. Pero eso no borró mi culpa ni la de Luis.

Dos meses después de la partida de Renata, asumió Cristina Fernández de Kirchner, mujer del mandatario saliente y candidata electa por el Frente para la Victoria, la agrupación que dirigían. La nueva presidente continuó con la tarea de reorientar la Argentina desde una perspectiva “nacional y popular”. Durante su gobierno se aumentaron los fondos para Educación, Ciencia y Tecnología y se expropió el

51% del capital accionario de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) que había sido vendida por el gobierno de Menem. La relación del gobierno con la Asociación Madres de Plaza de Mayo se intensificó, estableciendo entre ambos una connivencia no exenta de intereses comunes. Para algunos, Luis entre ellos, las Madres perdieron su independencia política. Él, que por razones poco claras estaba siendo relegado a simples tareas de mantenimiento, comenzó a cuestionar ciertas posiciones de Hebe, pero sus reflexiones y señalamientos no tuvieron eco. Hebe era una jefa cuyas decisiones y opiniones nadie podía criticar ni poner en tela de juicio.

Después del fallecimiento de Renata, Luis compró una pequeña casa en el barrio capitalino de Villa Urquiza gracias a la mitad del departamento que le correspondía por herencia y a un aporte de Sara. De allí en adelante, no dependió de las Madres para alojarse durante sus estadías en Buenos Aires ni de Nicoletta para vivir en Italia, donde volvía todos los años. Sara le había hecho un hueco en un departamento que alquilaba en el barrio del Naviglio milanés y nunca más volvió a vivir en San Giuliano.

En Buenos Aires, la relación con Hebe se hizo crítica. Sobre todo cuando “Sueños compartidos”, un programa de construcción de viviendas populares creado por la AMPM y apadrinado por el gobierno nacional comenzó a ser sospechado de ser el centro de una estafa millonaria. Luis asistió al cuestionamiento ético a Hebe de Bonafini y con ella, a la AMPM y toda su obra. Un jueves, durante una de las tradicionales marchas de la Madres en Plaza de Mayo, se acercó a ellas un grupo de trabajadores provenientes de unos de los obradores donde se construían casas del proyecto Sueños Compartidos. Venían a protestar por la falta de pago de jornales adeudados desde hacía dos meses. Fue un enfrentamiento surrealista y dramático donde fuerzas policiales de seguridad, temiendo desbordes, rodearon a las Madres presentes para protegerlas de posibles agresiones. Hebe, viéndose interpelada por los manifestantes, les gritó enfurecida,

—¿Quiénes son ustedes, quién los manda? ¡Provocadores!

Uno de los obreros se adelantó y le respondió con amargura,
—¡La necesidad Madre, nos manda la necesidad!

Luis, ante la lapidaria frase del obrero, dio media vuelta y se fue. Era demasiado. Las Madres ya no eran una opción moral y política ni una bandera de libertad y compromiso con los oprimidos. Nunca más iría a acompañar una marcha de las Madres. Días más tarde, recibió una comunicación de la Asociación donde se lo mutaba a las instalaciones del ECUNHI –Espacio Cultural Nuestros Hijos, que funcionaba en la ex ESMA- para asumir tareas de vigilancia y seguridad. La noticia le cayó como un balde de agua fría. Las Madres –Hebe, en realidad- no solo lo apartaban físicamente de la Sede, sino que además, lo mandaban a prestar servicios como agente de seguridad. Intolerable y degradante. ¡Luis, trabajando de vigilante! No podía creer semejante afrenta. Y como no se presentó a tomar su puesto, lo despidieron, ahorrándole el oprobio de tener que renunciar a una causa en la cual él había depositado tantas esperanzas.

Luis cayó en una dura depresión y su cotidiano se convirtió en un infierno. Solo y aislado, fumaba y rumiaba una salida que no aparecía. La experiencia con las Madres lo había demolido moralmente y le había dejado un gusto amargo. Le dolía el doblez de Hebe y la orfandad del resto de las Madres, a las que la vejez había dejado ya sin capacidad de reacción. No veía más futuro para ellas, como tampoco para Argentina, inmersa, según él, en un sopor político estéril. Se sentía engañado, pero no derrotado. Su sueño seguía entero.

Finalmente, decidió ofrecer en alquiler el PH de Villa Urquiza y partió a encontrarse con Sara en Ripa di Porta Ticinese. Al año siguiente se mudaron a Reggio Emilia, distante unos 150 km de Milán, donde Sara comenzó a trabajar para un ente regional de transporte público. Luis recomenzó a hacer sus esculturas con rezagos metálicos y alcanzó una cierta notoriedad en el ambiente artístico local. Alentado por Sara, retomó también el trabajo de escritura que había comenzado en Buenos Aires y desarrolló una buena pluma para la novela y la ficción.

Como con todos los proyectos con los que se comprometió, lo hizo con alma y vida.

Quedaba por recomponer la relación con sus hijas, especialmente con Sofía, quien se había casado con un afable napolitano y vivía en Milán. Agnese y Lucía volaban con sus propias alas y Matilde terminaba su secundario. El trato con todas era cordial pero distante. Hubo reuniones, festejaron su 60º cumpleaños y los nacimientos de Amanda y Adele, los retoños de Sofía, pero sin restablecer una relación estrecha. Dos años más tarde, Agnese y Lucía también formaron pareja y Cecilia, hija de Agnese, se incorporó a la familia. Pero la piedra en el zapato continuaba. Luis me comentó en privado que sentía cierta resistencia en sus hijas para compartir a sus nietas con él y con Sara. Tenía la impresión que ellas lo castigaban sin razón aparente.

En mayo de 2016, Luis y Sara decidieron casarse, formalizando así una relación que llevaba más de diez años. Emotiva ceremonia y festejo a los cuales asistimos todos, con excepción de Nicoletta. Bien que Sara había pasado a ser la mujer de Luis, quedó claro que ella no iba a ser nunca la abuela de sus nietas. Sofía consideraba a Agnese, Lucía y Matilde como sus hermanas y Nicoletta era la madre de todas ellas; por ende, era también la abuela de sus hijas.

La relación de Luis con sus hijas entró en un fatal equívoco. Ellas, esperando que él asumiera su rol de padre y de abuelo, haciéndose presente para compartir no solo alegrías, novedades, yernos y nietos, sino también penas, problemas y consultas en una relación afectiva adulta. Él, esperando que ellas reconocieran su trayectoria militante, acepten las decisiones que tomó en su momento y lo consideraran en su justo valor ético, además de exteriorizar un cierto cariño con Sara, su actual compañera. Ninguno dio el primer paso y un manto de cenizas comenzó a cubrir todo.

Dos años más tarde, Luis viajó a Buenos Aires, vendió la casa de Villa Urquiza y liquidó muebles, libros y herramientas. Cuando embarcó por última vez en el vuelo que lo llevaría de regreso, no miró para atrás.

Volvió a Italia, definitivamente.

A MODO DE EPÍLOGO

Buenos Aires, 2020

Exiliarse es partir dejando atrás la tierra que nos vio nacer, su gente, su lengua y su historia; para encontrar refugio y esperanza en otra tierra, otra gente, otra lengua y otra historia. Irse y abandonar todo, que de eso se trata, es una decisión personal e íntima que se toma muy a pesar nuestro y en circunstancias dramáticas. Siempre es un desgarrar fatal, irreversible. Nadie se exilia por amor a la aventura, para mejorar su condición económica y social, sus ingresos o disfrutar de climas más clementes. El destierro no es turismo. Se exilia cuando no hay más remedio, cuando no hay salida ni futuro y el no hacerlo implica bajar la cabeza y aceptar lo inaceptable. Se parte para escapar de la humillación, del castigo y a veces, de la muerte.

El exilio obliga a adaptarse a otra tierra e impone inventarse una nueva vida en seguridad y libertad. “El desarraigo conduce a una revisión de sí mismo”, decía Cortázar. Y mis exiliados parientes, como yo mismo, mi mujer, mi hija y tantos otros, tuvimos que aprender otras lenguas e inventarnos otros oficios para sobrevivir en tierras y en momentos no siempre favorables. Gigio, tonelero competente, usó sus artes para convertirse primero en un carpintero de obra, y un afilador de sierras después. Luigi, tranviario especializado, se reconvirtió, según parece, en técnico en armamento naval. Luis, terminó siendo un prolífero escritor y un sorprendente escultor sin abandonar su militancia política, además de ser un sutil cocinero. Otros muchos que debieron expatriarse tuvieron que cambiar de vida, darse otras opciones y abrir nuevos caminos. Todos se adaptaron, se recrearon, intentaron

integrarse y algunos hasta adoptaron las ciudadanías de sus países de exilio, pero guardando siempre un ojo puesto en esa patria que quedó atrás. Cuando se parte al exilio, la realidad que se abandona queda fija en la memoria, esperando un eventual retorno para volver a fluir. Al cabo del tiempo, la vida se reorganiza. Trabajo, escuela para los hijos, vida social, encuentros con la diáspora nativa y muchas veces, militancia política; nos encauzan en un cotidiano que se instala poco a poco. Luego aparece la nostalgia, ese sordo sentimiento de pena por el desarraigo que carcome muchas veces la necesidad de integrarse y de formar parte de otro mundo. Esa morriña majadera por volver a nuestra gente y a nuestro cielo, como decía Benedetti, interpela permanentemente a quienes viven en el exilio. Una música, una imagen, una frase -traducida o no- que recuerde al mundo que se dejó, es una invitación a no olvidar las razones del exilio y a la sempiterna necesidad de volver.

Volver es un tema complejo. Después de algunos pocos años de exilio -sobre todo desde países limítrofes- parece relativamente fácil, como apretar otra vez el botón de pausa y continuar con el programa que estábamos viviendo antes de nuestra partida. Y a veces funciona. Pero volver después de mucho tiempo y desde lejanas latitudes es más difícil y a veces, imposible. Ya no se trata de escaparle a una situación insostenible, ni de hacerlo porque nuestra seguridad esté en peligro. Se trata de retornar a un antiguo cotidiano, volver a lugares donde ya hemos vivido, reencontrar viejos amigos y, a veces, viejos enemigos. Es, en definitiva, abandonar un mundo que terminó por pertenecernos, donde han nacido hijos -o nietos-, se ha cambiado de profesión, de trabajo, se han creado amistades nuevas y se han acumulado libros, trastos y demás objetos cotidianos. Ese abandono también es doloroso y cruel, algo así como un re-exilio. ¿Abandonar todo y desandar lo vivido, volviendo al país que nos vio partir? Gran dilema. El problema es que quien pretende volver debe reapropiarse de un país que ya no es el mismo, que dejó allá lejos y hace tiempo y que tiene otras preocupaciones y urgencias, otras costumbres y, a

veces, hasta otras formas de comunicarse. Ambos, el país-patria y el exiliado, han cambiado y la ausencia de esa simbiosis transforma al re-exiliado otra vez en extranjero. Volver del exilio mucho tiempo después de haber partido es un desafío difícil, imperfecto, arriesgado. Es como pretender pegar un jarrón chino hecho pedazos en un momento de locura y esperar que no se note. Pero no es imposible. Muchos vuelven, la mayoría como turistas y otros intentando quedarse, ofreciendo al país natal las experiencias adquiridas y retomando el hilo de Ariadna que habían dejado caer cuando se fueron. Otros, como los militantes puros y duros, vuelven siempre. Sus exilios son siempre provisorios, circunstanciales y tácticos. A lo sumo es un “desensillar hasta que aclare”, una pausa regeneradora, un mero cambio de frente. El militante deja todo cuando se exilia, menos su compromiso con la causa que es la razón de su partida. Se pueden abandonar la patria y a veces la propia familia, pero las ideas, no.

Muchas veces se retorna cuando aquello que nos ha empujado al exilio ha desaparecido, cuando algunas guerras –propias o ajenas- se terminan, cuando las condiciones materiales cambian radicalmente o cuando nuestro futuro en el país de refugio se ve bloqueado. Pero no siempre. Gigio, ni siquiera lo pensó y se fue con rencor para nunca más volver. Luigi se impuso como mandato olvidar para siempre su Trieste natal y convertir su casa en un hogar argentino. Ambos llevaron al exilio sus familias, sus conocimientos, algunas fotos y muchos recuerdos. Luis, por su parte, salió con lo puesto y con la firme intención de volver para seguir peleando “cuando las condiciones lo permitan”. Pero cuando las condiciones lo permitieron, su *alma mater* política no existía más y la Argentina que dejó había cambiado. Encontró en Las Madres de Plaza de Mayo una nueva causa por la que pelear y regresó a Buenos Aires, otra vez con lo puesto, dejando atrás casa y familia. Todo retorno implica también un abandono. Pero el destino le fue esquivo y sus ideales, irrealizables.

Malú y yo intentamos también volver del exilio. Lo hicimos también a medias, dejando en nuestra tierra adoptiva hijos, nietos, casa y

todo el resto. Nos recibieron con trabajo, amistad, buenos recuerdos y terminamos armando otras casas y otras vidas. Pero tampoco resultó. Multiplicamos por dos muebles, ropa, cacerolas y utensilios, pero siempre había algo que no estaba donde tenía que estar o que estaba de más. Imposible de saber si íbamos o veníamos. Siempre estábamos de visita, jamás en casa, alejados de hijos y nietos. Toda partida implica una pérdida y todo retorno, también.

Recuerdo una vez, en uno de esos furtivos regresos a Buenos Aires después de veinticinco años de ausencia, Malú y yo tuvimos que tomar un taxi para ir a la casa de unos amigos que nos habían invitado a celebrar el retorno. El conductor, por pícara cortesía, me pregunta por donde quiero ir a la dirección pedida. Tratando de no mostrar la hila-cha, le doy un recorrido bien simple agregando que estaba abierto a sus sugerencias de profesional del transporte. No hicimos más que 50 metros y el taxista mirándome por el retrovisor, me pregunta,

—¿Hace mucho que no viene por acá, jefe? — Me quedé de una pieza. Malú, tratando de atajar el voleo, le dijo sin muchos detalles que éramos porteños y que hacía más de diez años que vivíamos afuera. Como a mí me parecía que no había cometido ninguna *gaffe* al darle la dirección, pregunté:

—¿Cómo supo que hace tiempo que estamos afuera?

—Cuando los vi, pensé que eran turistas. Están vestidos diferente, con ropa que no es de acá, hacían señas parados en la vereda –los porteños bajan generalmente a la calle para parar un taxi. Cuando me dio la dirección, fue muy cortés –raro últimamente- y me habló en español, pero con un acento indefinible. Y cuando me sugirió un camino, no tuve dudas que hacía tiempo que no estaban por acá: la calle por la que usted quería ir es contramano desde hace muchos años... ¿Vio?

Obvio. Ya no éramos del país que nos vio nacer. Tampoco lo éramos de la tierra donde criamos nuestros hijos, avanzamos profesionalmente y rehicimos nuevos sueños. Estábamos al descubierto en una tierra de nadie, indefinible, y sin poder recular. Éramos de nin-

guna parte. Años después, Malú y yo regresamos finalmente al exilio canadiense, allí donde estaban nuestros hijos, nuestros nietos, nuestros trastos y nuestras deudas. Volvimos también a medias, indecisos, dejando un lugar donde regresar para abreviar nostalgias. Hábiles viajeros sin destino fijo, con patrias siempre provisorias, nuestras vidas transformadas, finalmente, en un permanente viaje de ida y vuelta a ninguna parte.

Meros pasos al azar sobre un muelle cualquiera.

ALGUNOS PASOS EN EL EXILIO

Yo...
Dos valijas
y algunos pasos al azar
en un muelle cualquiera.

He dejado mil puertos
y mil otros me esperan.
No... todavía no es el fin del periplo.
Mi ruta. Las viñas están todavía colmadas
y las ánforas están todavía sedientas
y temo que no despierten mis noches
todas de tristeza y silencio.
Pues, como nos lo dice la vida,
eso es vida:
una mano que se agita sobre un muelle
cualquiera.

Y detrás de todas las noches de esta tierra,
pese a su irritante quietud de aburrimiento
y pese a la herida, a su carne
de rencores y de odios,
me queda siempre
un techo
y un amor.

Baïand Al-Haidari

Irak

Traducción libre al español de la versión francesa
del original árabe realizada por M'hammed Mellouki, escritor y amigo
marroquí.

Luisés es el resultado de una reflexión personal sobre el exilio, esa imperiosa necesidad de partir dejando todo atrás “cuando no hay más remedio, cuando no hay salida ni futuro y el no hacerlo implica bajar la cabeza y aceptar lo inaceptable.”

A partir de las vivencias de sus dos abuelos Gigio y Luigi así como las de Luis, su hermano; el autor buscó contextualizar los exilios y comparar esas experiencias con las propias y las de su familia. Encontró las mismas dudas y los mismos dramas: adaptarse, regresar, conservar su cultura, sobrevivir.

Los exilios provocan cambios no solo en aquel que se exilia, sino también en aquellos que lo acompañan y en los que quedan a la espera de un incierto regreso. El exiliado debe transitar otro mundo, otra realidad, como el Jardín del Exilio del Museo Judío de Berlín: un laberinto de columnas de hormigón donde no hay indicaciones ni senderos marcados, que obliga al visitante/exiliado a bajar la vista y a avanzar azarosamente sobre un tosco pavimento inclinado, lleno de escollos, buscando una salida que al fin sea liberadora.

Carlos Borri es diseñador industrial diplomado en 1974 por la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de La Plata y Maître en Architecture de la Universidad Laval (Canadá). Radicado en Quebec desde hace más de 40 años, se desempeñó como profesional en varias empresas e instituciones del sector privado de Brasil y Canadá. Fue profesor invitado en la Universidad Nacional de Buenos Aires (FADU/UBA) en la Universidade do Estado da Bahia (UNEB) y como consultor técnico en la COPPETEC de la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). Entre 2008 y 2018 fue profesor titular regular concursado en las carreras de Diseño Industrial y Diseño de Interiores y Mobiliario de la Sede Alto Valle de la Universidad Nacional de Río Negro (UNRN).

Sus trabajos profesionales y sus publicaciones están relacionadas con el diseño de productos y su usabilidad, la gestión de proyectos, la ergonomía aplicada y la concepción de puestos de trabajo.

Luisés. Crónicas de exilios es su primera incursión en el campo literario.

